

CHIPASSE TA TATARA

EL RENACER DE UN PUEBLO



COMUNIDAD INDÍGENA DIAGUITA
CHIPASSE TA TATARA



Jorge Cruz Campillay

CHIPASSE TA TATARA

EL RENACER DE UN PUEBLO



COMUNIDAD INDÍGENA DIAGUITA
CHIPASSE TA TATARA

Jorge Cruz Campillay



Jorge Cruz Campillay



Obras publicadas del mismo autor

2004	“La loica bajo el pimiento”	Novela
2006	“El pequeño pastor”	Novela
2008	“Un faro de esperanza”	Novela
2010	“Bajo el sol de Canutillo”	Novela
2012	“La sombra del sauce”	Novela
2013	“Las pintadas del Huasco”	Catastro del Arte Rupestre en el Valle del Huasco
2015	“Biodiversidad de la Provincia del Huasco”	Coautor, Capítulo I



CRUZ. JORGE

Chipasse Ta Tatara

El renacer de un pueblo

Quillota, Editorial “El Observador”, 2022

206 páginas, 21 cms x 15 cms

ISBN - 978-956-8918-07-1

Historia de Chile, Antropología, Diaguitas.

Dirección editorial:

Roberto Silva Bijit

Diseño portada e interior:

Pamela Pérez Rojas

Fotografía:

Jorge Jaime Cruz Campillay

(Todas las fotos publicadas en este libro pertenecen al autor)

Corrección:

María Soledad Valdés Riffo

Impresión por orden de:

Empresa Periodística “El Observador” Ltda.

La Concepción 277, Quillota, Chile

Jorge Jaime Cruz Campillay

Registro de Propiedad Intelectual N° 2021-A-8234

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo, por escrito del autor.

Primera edición marzo de 2022 - 300 ejemplares



ÍNDICE

CAPÍTULO I

Tras el paso de la historia 9

CAPÍTULO II

Sumario del Huasco indígena 13

CAPÍTULO III

Rostro del pueblo diaguita 41

CAPÍTULO IV

Invasión al territorio de los “antiguos” 87

CAPÍTULO V

Éxodo de Huasco Alto 127

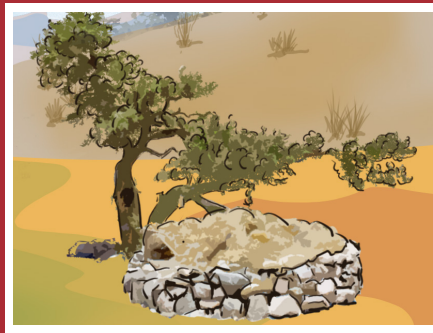
CAPÍTULO VI

La larga noche histórica 165





Capítulo I



Tras el paso
de la historia

Capítulo I

Tras el paso de la historia

Esta pequeña obra pretende rescatar la historia de la Comunidad Diaguita Chipasse Ta Tatará, que en el idioma de esa nación indígena correspondería decir “hijos de Tatará”, antiguo asentamiento humano establecido originalmente en el lecho de la quebrada homónima, al sur del río Huasco. Hoy, su población también ocupa la planicie oriental.

Con respecto a la palabra Tatará, el historiador y político de finales del siglo XIX, Joaquín Santa Cruz, relaciona su origen con “tatar”, que en habla originaria se traduciría como blanco; en la protohistoria, la encontramos referida al nombre propio de la esposa de Marican, cacique principal del valle a la llegada de los europeos; asimismo, figura en la obra que lleva por título el mismo nombre del mencionado cacique, drama histórico en verso escrito por Luis Joaquín Morales, publicado en 1912. Según ésta, corresponde a un caserío formado desde tiempos pretéritos por un grupo de indígenas diaguita, gente olvidada, negada y borrada del acontecer histórico, primeramente por el proceso invasor europeo, por la colonización que vino a continuación y, obviamente, por el Estado chileno durante los años de vida republicana.

En la identidad de los pobladores, nos encontramos con siglos de desarrollo cultural y autoreconocimiento como pueblo originario que, hasta la invasión europea, poblaba y deambulaba libremente por las serranías del valle del Huasco, lugares en donde frecuentemente encontramos testimonios de esos antepasados que, parecieran decirnos así, nunca han dejado de existir.

Para acercarnos y recuperar su historia perdida en la brumosa memoria y entender las vicisitudes de los primeros hombres asentados en este singular paño de terreno, es



necesario ir a la fuente misma, a sus habitantes, descendientes de aquellos. Con la perspectiva del tiempo transcurrido, hoy es otra promoción, con una cultura diferente, porque ya no es posible hallar un rincón en nuestra tierra donde se conserve invariable la vida indígena, que no sean los que reconocemos como propios de los chilenos; sin embargo, en sus rutinarios desplazamientos serranos, utilizan los mismos senderos de trashumancia y pisos ecológicos de la raza vieja, extraordinario legado cultural transmitido desde los primeros tiempos por los ancianos patriarcas en el seno familiar.

Con el propósito de darle al trabajo cierta directriz que nos permita contribuir a valorar un pasado vivo, fue necesario proceder independientemente de opiniones ajenas al valle y presentar el tema según nuestro concepto personal. Además, hemos tratado de bosquejar un texto que permita una lectura amena para aquellos que no conocen esta tierra. Puede que contenga errores pero, a lo menos, tiene el mérito de intentar poner en concierto la tradición de un grupo humano que hunde sus raíces en el remoto pasado.

De igual modo, me complace manifestar que nuestro objetivo no es realizar un pulido estudio sobre esta zona y su gente en particular, sino exponer información dormida en la tradición oral sin entrar en los dominios de la arqueología o de la antropología, porque siempre existen datos transmitidos a través de una serie más o menos dilatada de siglos en el seno de la población rural, esperando el momento para que un escrito los saque a la luz del conocimiento público. Sin embargo, también podría ser útil a los cultores de aquellas ciencias si consideran válidas ciertas características enunciadas, propias de los diaguitas del Huasco.

Por otra parte, al entregar el trabajo a la publicidad, debemos justificarnos, porque la redacción ha sido más laboriosa de lo que pudiera creerse; digo esto, no por simple vanidad del autor, sino para manifestar lo nada que hasta ahora se ha escrito sobre la materia. No debemos olvidar que está en la naturaleza de las hipótesis que se forman sobre los

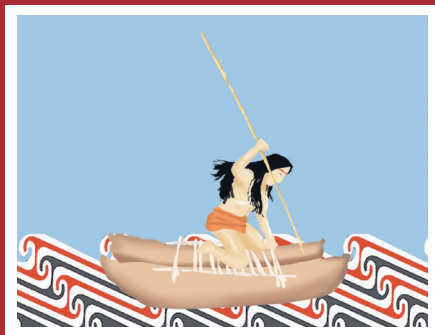


problemas de los orígenes de los pueblos, el ser tan difícil de refutar como de demostrar.

Pero hay algo más. A pesar de existir un registro documental insuficiente de la zona de Huasco Alto, cuna del pueblo diaguita y lugar de origen de los primeros pobladores de Chipasse Ta Tatara, reflejo de la crónica falta de investigación formal, no se amilanan los sentimientos y los impulsos de los corazones de muchos lugareños curiosos, incansables de la historia local o la pasión de algunos románticos por conservar y difundir su pasado, tan antiguo como reciente, que no todos advertimos.



Capítulo III



Sumario del Huasco indígena

Capítulo II

Sumario del Huasco indígena

Apenas comenzamos el capítulo, nos surgió un gran problema: el nombre propio Tatara. Como pensamos que lo tenemos medianamente resuelto continuamos, pero enseguida nos enfrentamos a otro quizá mayor, la denominación verbal de la provincia, Huasco, un nombre que ha inducido siempre a opiniones encontradas sobre su origen.

Los investigadores que se han preocupado del tema con dubitativas explicaciones, lo han asociado a los idiomas quechua y araucano (Luis Joaquín Morales y Diego Barros Arana), repitiéndose con el tiempo y por el peso de la costumbre en cosa cierta. Sin embargo, la tradición oral no lo contempla como algo válido. Asimismo, el historiador mencionado en el capítulo anterior, en su obra *Los indígenas del norte de Chile*, publicado en 1913, atendiendo el trabajo del etnógrafo y lingüista argentino Samuel Lafone Quevedo en 1898, que toma en consideración voces indígenas de Catamarca, presumible lugar de origen de los diaguitas occidentales o de este lado de Los Andes, lo atribuye directamente a su léxico. Más aún, la existencia de una laguna y un salar con el mismo nombre al interior de Iquique, en lengua natural Iqueyque, vendría a fortalecer esta tesis, fundamentada principalmente por la presencia de este pueblo en la zona antes de la incursión inca y la gran dispersión comercial y social que tuvieron en toda el área andina.

Sin embargo, mucho camino aún queda por recorrer y se mantiene en la incertidumbre la etimología de la palabra, pero estas modestas observaciones pueden ser útiles a los que estudian el caso, ya sea para confirmarlo o desbaratar una u otra hipótesis.

Debemos precisar que, en tiempos actuales, Huasco es en



propiedad el nombre del curso de agua que baña en sentido latitudinal el ámbito bajo del valle homónimo, conformado por las comunas de Vallenar y Freirina, hasta desembocar en el océano Pacífico, al lado norte del puerto de su título y capital de esa otra comuna, entre La Playa Grande y Punta Blanca. Pese a no cruzar la totalidad del territorio, los habitantes de estos tramos de recorrido lo han impuesto como referente geográfico y el que da identidad al valle y a la provincia. Por ello, cuando decimos “Valle del Huasco”, se quiere decir “Valle del río Huasco”. Y si hablamos de “Provincia de Huasco”, en realidad estamos resumiendo la frase “Provincia del río Huasco”. Asimismo, si nos referimos a Puerto Huasco, aludimos en el fondo a la frase “Puerto del valle del río Huasco”.

En calidad de río principal, tiene como afluente al río El Tránsito, singular cauce antiguamente conocido por “Río de los Indios” que, a la vez, lo forman otros tributarios menores provenientes de las más altas cumbres, cuyos trazos son franjas estrechas que descienden desde la cordillera y guarnecidas en sus costados con soberbias murallas naturales. Ellos son: Chollay, Conay, Cazadero y Valeriano, sin dejar de mencionar los singulares ríos “Laguna Grande” y “Laguna Chica”, que tienen tal denominación porque en una parte del curso de cada uno existen sendas lagunas, una más extensa que la otra. La primera se encuentra a 3.473 metros de altura y a 4.000 metros la segunda. Aguas abajo, para dar nacimiento al río Huasco propiamente tal, en un lugar llamado “Las Juntas”, se une con el río “El Carmen”, antiguamente conocido como “Río de Ramos” o “De los Españoles”.

Para darle sentido al texto y lineamiento en el tiempo, debemos cubrir un tema bastante espinoso como es la ocupación humana en la provincia. Con ese fin, no está de más mencionar que el poblamiento americano corre envuelto en la misma oscuridad y ha estado en el centro del debate desde el momento mismo en que el europeo de finales del siglo XV pisó el continente. Para explicarlo se han desarrollado



variados modelos y teorías, aunque todavía subsisten muchas interrogantes. Sin embargo, el mundo que los invasores llamaron “nuevo” era tan viejo como el de donde venían y el hombre que lo habitaba tan antiguo como ellos mismos, al proceder, presumiblemente, del tronco asiático que pudo ser común.

Pero el trabajo presente está limitado únicamente a este pedazo de terreno. Instemos a los especialistas a que sigan investigando en aquel otro plano de conocimiento y ojalá puedan, en definitiva, entregarnos un escrito capaz de llegar al lector medio. Cuestión interesante que, de ser resuelta, daría base a los esclarecimientos que tanto se buscan sobre la génesis de las razas americanas.

La extensa franja de tierra en donde está emplazado el paño de terreno que nos convoca esta vez, lo que es hoy nuestro Chile, cinta que festona la falda occidental de la nevada cordillera de Los Andes, en términos geológicos es relativamente nueva y a escala global, uno de los últimos lugares en ser ocupados por el hombre.

Siguiendo este razonamiento, a comienzos del período que los geólogos denominan Cuaternario, todavía no existían habitantes, a pesar de que en Europa y, sobre todo, en Asia y en África aparecían pobladores más o menos dispersos. El territorio adyacente a la costa actual estaba ocupado por el Océano Pacífico y penetraba, entonces, hasta el mismo pie de Los Andes. Solo cuando las aguas desocuparon la costa y los valles, han podido llegar los primitivos habitantes venidos de lugares más altos sobre el nivel del mar.

Antes de aquel maravilloso momento, cuando el planeta sufría los efectos de la última glaciación que provocó importantes cambios climáticos, en el Valle del Huasco existía un régimen de lluvia más intenso que el actual, las tierras altas poseían un mayor cúmulo de nieves eternas, el centro era más denso en cubierta vegetativa y las zonas de quebrada más verdes, similares quizá al bosque valdiviano actual, lo cual favoreció la concentración de fauna de gran alzada.



En estas condiciones ambientales, rebaños de mastodontes, palaeolamas, caballos americanos, ciervos de los pantanos y milodones, recorrían estos parajes. Testimonio de aquella fauna pleistocénica es el guano fósil (coprolito), correspondiente a un herbívoro encontrado en un alero rocoso, ubicado en una estrecha garganta de elevados farellones llamada “Las Vizcachas”, sitio conocido como “El Salto”, a veintidós kilómetros al sureste de esta localidad, cuyo nombre se debe a que se produce, en el curso medio de la quebrada, una hermosa caída de agua en tiempos lluviosos.

Frente a múltiples hipótesis que hacen de América un continente de poblamiento secundario, podemos conjeturar la probabilidad de que, en el décimo milenio antes de Cristo o tal vez en fecha aún más temprana, una avanzada de cazadores nómades haya iniciado la colonización del territorio. Los investigadores Bennett y Bird postulan que penetraron a Sudamérica a través del istmo de Panamá, por el tapón de Darién, a pesar de no descartar totalmente la factibilidad de su ingreso por vía marítima, utilizando como puntos intermedios las islas del Caribe. Una vez que llegaron a lo que hoy conocemos como Colombia se dividieron: unos fueron por la ruta fácil, perdiéndose para siempre en la magia verde de la Amazonía; otros ascendieron supuestamente por los valles formados por los ríos Magdalena y Cauca a la sierra, alcanzando el altiplano central, donde fueron estableciendo asentamientos en las mesetas altas y frías. Una vez adaptados a la puna, se desplazaron al sur por la cordillera, para luego descender hacia los territorios conocidos, en la actualidad, como desierto chileno y pampa argentina; otros no se alejaron jamás de la costa y así llegaron, es probable, hasta el extremo austral.

Los rastros migratorios de estos hombres se encuentran en diversos territorios de América y, por supuesto, en los extremos norte y sur del país. Pero en realidad poco puede afirmarse todavía; conformémonos por ahora con saber que eran nómadas, habían alcanzado el estado homo sapiens-



sapiens u hombre anatómicamente moderno y descendían de los primeros inmigrantes que llegaron al continente americano.

Obviamente, se trataba de individuos que habían pasado por una variedad de experiencias adaptativas que les permitieron estar preparados para ocupar con éxito casi cualquier tipo de ambiente. Ha influido en esta opinión tan generalizada, la costumbre de mirar en el mapa aquel brazo de mar localizado entre el extremo oriental de Asia y el extremo noroccidental de América llamado Estrecho de Bering, por donde tanto tiempo se ha creído que pasaron al vasto continente las razas asiáticas, en ese entonces “puente terrestre”, a veces denominado simplemente Beringia, que apareció debido al descenso del nivel de los océanos, cuando las grandes masas de hielo del último período glacial estaban en su máximo desarrollo.

La América misma, desde las llanuras de Alaska, pasando por las selvas centroamericanas y los territorios áridos altoandinos, constituyó una escuela de adaptaciones. Se puede decir, también, sea en términos de tradición cultural o de memoria genética, que quienes colonizaron esta zona tenían mucho respaldo cognitivo para afrontar la aventura y, sin lugar a dudas, la caza y la recolección marcaban el rumbo de su marcha.

De la misma manera, deben haber cambiado bastante sus características étnicas, a consecuencia de los posibles contactos y mezclas con otros grupos llegados igualmente al continente, antes o después, logrando adecuar su idiosincrasia a una nueva forma de vida en este suelo. Este territorio les ofreció zonas discretas, amplias o reducidas, para la instalación permanente de grupos humanos dispersos y móviles, conforme a la cuenca del río mismo, las aguadas enclavadas en las serranías que acotan el valle y otras, espacios tan generosos, más o menos hostiles, que solo admiten ocupaciones temporarias o transitorias, como son las lagunas altoandinas y los humedales o vegas cordilleranas.



Por otra parte, la idea sostenida por muchos investigadores sobre los primeros pobladores:

“...primitivos, con una tecnología extremadamente simple y que disponían de estrategias alimentarias elementales...”.

Corresponde a una imagen absolutamente improbable. Debemos pensar que eran poseedores de un conjunto amplio de conocimientos, incluyendo variantes tecnológicas, diferentes formas de trabajar distintos tipos de rocas, habilidades para utilizar materias primas alternativas como hueso o madera y la capacidad para explotar una gran diversidad de recursos alimentarios.

Entonces, no pudieron ser simples ni toscos. Ante todo, requirieron de una eficiente organización social, con sistemas de comunicación a larga distancia que les permitieran coordinar sus movimientos. Esto debe entenderse como redes de circulación de la información por contacto directo. Hay que pensar en el requisito de disponer de refuerzos de gente al explorar caminos alternativos o en necesidades concretas, tales como conocer los lugares donde había recursos disponibles.

Lo que estamos enfatizando es que una de las mayores necesidades de un grupo explorador es mantener algún tipo de unión con su población de origen. Sin un sistema de comunicación eficiente, un grupo de avanzada no tiene posibilidades de efectuar un aporte significativo a la geografía cultural del núcleo del cual se está desprendiendo.

Fue así como en esta tierra, deshabitada de otro grupo humano, los que pasarían a ser desde ese momento nuestro tronco parental, portadores de carga genética, información ancestral y conciencia, ponen fin a su aventurera excursión. A partir de entonces, el macizo andino, costa, quebradas interfluviales, tributarias y la cuenca misma, acunan en su

regazo a este “primer hombre”, cuya ocupación dio origen a la cultura huasquina, que de forma independiente se desarrolló y prolongó hasta el siglo XVI de nuestra era, centuria que puede considerarse fin de la antigua y principio de la nueva y cristiana era en el Valle del Huasco. Otros clanes o grupos similares seguirían viaje al sur.

Sin duda, los grupos que poblaron el valle y los que fueron desarrollándose posteriormente al afincamiento, no eran de naturaleza étnica uniforme, ni tampoco cultural. Deben haber llegado grupos con características muy diferentes en el transcurso de las migraciones milenarias: algunos de la costa del Pacífico y del norte, otros de las regiones altiplánicas andinas y transpacíficas, unos últimos del noroeste argentino y de las llanuras pampeanas.

Es natural asumir que todo ha de tener un comienzo. En cuanto a lo que nos compete, las tesis difusionistas postulan la existencia de algunos focos desde donde habrían comenzado, a manera de dones, las últimas migraciones hacia nuestro territorio; estos serían las regiones de la selva amazónica y de las del Gran Chaco platense, cuando aún no había límites políticos o fronteras separando países.

Los términos de este trabajo no me permiten abarcar más el tema, dado que por su antigüedad los especialistas no pueden precisar los tipos físicos y lenguas de los nómades caminantes. Para nuestras pretensiones, bastará anotar que, aparentemente, solo estos últimos lograron permanecer como grupo y distinguirse a través de culturas superiores al de la piedra dentada que les precedió (cultura Huentelauquén). Obviamente, los que presenciaron el alejamiento de los hielos hasta los actuales límites polares, la extinción de los bosques y el detrimento de la fauna gigante, desaparecieron por asimilación o por dilución, sin dejar huellas evidentes en el territorio y en nosotros pero, sin duda, ayudando a formarnos en alguna medida.

Esta gente, como cualquier sociedad humana, vive un proceso único y continuo y es un magnífico ejemplo de



continuidad e interrelación natural, no solo por el hecho de crear rutas, sino también por el valor de reconocerlas, recorrerlas, prolongarlas y diversificarlas en el tiempo.

A pesar de que el valle mismo, quebradas tributarias y alledaños están surcadas por altas montañas, los hombres tuvieron los elementos requeridos para conformar un fácil y equilibrado sustento familiar. Aquí, los ardores del sol y los fríos invernales son moderados; las estaciones se suceden con singular regularidad, de manera que los frutos naturales, que son abundantes, nacen, crecen y maduran al influjo ordenado de estas. Jamás al hombre que puebla esta tierra le ha sido menester emigrar tras el alimento que ésta le ofrece con prodigalidad, porque como ser racional, no prefiere la necesidad a la satisfacción, ni los tormentos que impone el hambre a la vida satisfecha.

Si bien es cierto que hay períodos de lluvia muy escasa y hasta años sin un solo aguacero, nunca deja de nevar lo suficiente como para llenar las más altas hondonadas cordilleranas. Se comprende, así, que la gravitación y la presión de las nieves obligan a una gran masa de agua a buscar las grietas de las montañas para establecer corrientes subterráneas permanentes entre la cordillera y el mar. En su recorrido, se hacen presentes donde el subsuelo les permite surgir en calidad de aguada o depósitos de agua libre para saludables baños: unas calientes, otras frías, unas gruesas y otras destiladas por las entrañas de la tierra.

Las primeras familias probablemente fueron pequeñas y poco a poco aumentaron en densidad poblacional; de igual manera desarrollaron su capacidad tecnológica y producción agrícola, pero siempre se mantenía cada grupo parental separado de otro. Con el tiempo y la alianza de variados clanes familiares por algún trabajo específico, la distancia se hizo cada vez más cercana hasta conformar pequeñas tolderías.

Su sistema social estaba probablemente organizado en pequeñas bandas unidas por lazos familiares o clanes, subsistiendo principalmente de la cacería de aquellos



grandes animales adaptados al clima frío reinante. No se puede decir de ellos mucho más, solamente a imaginarnos que venían siguiendo un líder, explorando y así habrían llegado en oleadas sucesivas en el transcurso de los milenios, constituyendo comunidades a lo largo de todo el espacio entre la cordillera y el mar. Junto con la apropiación del territorio y domesticación de los recursos naturales, adquirieron conciencia de pertenencia, desarrollando sociedades con una cultura tanto material como espiritual más organizadas.

Imposibilitados de poder mostrar ese todo tan complejo, los investigadores guiados por un afán exclusivamente didáctico se han tomado la libertad de dividir en exceso, llamando Paleoindio o de los hombres tempranos a este estadio cultural; sin embargo, hasta hoy, no existen evidencias estratigráficas en el Huasco que nos permitan aceptar dicho período, debido quizá a su misma topografía. Zona peculiar por la fuerte pendiente del valle y sus numerosas quebradas, o porque las específicas características requieren para su detección una investigación dirigida, no solo a nivel de superficie como las ocasionales realizadas hasta hoy.

Al llegar el Holoceno, la última y actual época del período cuaternario, comienza un proceso de calentamiento global con cambios enormes de clima en diferentes regiones de la tierra, debido al avance y retroceso de los hielos polares hasta cerca de los trópicos. Se derriten los glaciares, aumenta el nivel del mar, la lluvia poco a poco cedería en intensidad y gradualmente cambia la apariencia del paisaje, se destruyen muchas especies vegetales y animales y se detiene la evolución de otras. Ante estos grandes eventos climáticos, la megafauna se desplazó hacia el territorio austral y, producto de una suma de factores, al llegar el octavo milenio antes de nuestra era, se extingue.

A los grupos humanos que permanecieron en esta zona, la naturaleza misma les condicionó su actividad, trasladándose primeramente de un punto a otro por la costa hasta establecerse en espacios que el hombre aún ocupa y explota: Bahía Salada,



Total, Aguada Los Burros, Carrizal, La Herradura, Caleta Angosta, Baratillo, Los Toyos, Huasco, Bahía Chapaco, Playa Brava, Punta de Lobos, Punta Alcalde, Peña Blanca, Caleta Chañaral, lugares donde entusiastas coleccionistas locales y ocasionales veraneantes han encontrado importante cantidad de piezas arqueológicas de todo tipo.

En estos dominios, la nueva sociedad experimentó un largo proceso hacia la conquista de los recursos del mar, definida según Agustín Llagostera (1989) en tres etapas: primero, acceso a los recursos intermareales; segundo, acceso a las profundidades a través del anzuelo; y tercero, acceso mar adentro, a través de balsas de cuero de lobo marino infladas.

Entre las incertezas que acusa el tema, este puede ser el hombre de los conchales que habitaba las caletas abrigadas de la costa para guardar sus embarcaciones, en donde había agua dulce para beber y al que se ha conocido bajo el nombre de “chango”.

Del origen o etimología de este término, quedamos en la más completa ignorancia, mas parece ser de uso histórico. En la “Revista de la Sociedad Científica de Chile” de 1902, el historiador Alejandro Cañas Pinochet sostiene que es una palabra quechua, pero no da ninguna cita, ni razón que apoye esta aseveración, ni intenta explicar su significado. Por otro lado, el doctor en filosofía y políglota Rodolfo Lenz (1863-1938), en el “Anexo de los Anales de la Universidad de Chile”, declara no conocer su origen y que en el idioma quechua no pudo encontrar ninguna palabra adecuada como raíz de la que proceda o derive.

Por tenerlo muy presente, la primera mención del término “chango” que hemos podido halla referida a esta zona, la encontramos en la obra *Descripción Histórico-Geográfica del Reino de Chile*, escrita por Vicente Carvallo y Goyeneche en el año 1788. Décadas más tarde, don José Pérez García, en su *Historia de Chile*, terminada en 1810, también emplea el vocablo. En este sentido, únicamente podemos observar que, tal como se emplea generalmente, no nos parece más que un



término genérico dado a todo indígena dedicado a la pesca o bien indio de la costa.

No es extraño que encontremos tan poca información de esta gente, en general, de todo lo referente al Valle del Huasco. Sin lugar a dudas, por el simple motivo de ser un territorio casi desconocido en los tiempos de la Colonia, el vecino valle de Copayapu tenía la mayor figuración al ser considerado “puerta” de entrada al reino. De igual manera, la ciudad de La Serena en el valle de Coquimbo, según Pedro de Valdivia, “...es la mitad del camino”.

Con respecto a la balsa de cuero de lobo marino inflada, superficie flotante de una capacidad para dos personas, pero en la cual excepcionalmente podían navegar hasta cuatro, era de una estructura en extremo original e ingeniosa, fácil de manejar, liviana para transportar y de data prehispánica. Sin lugar a dudas, surge producto de la observación del comportamiento del medio ambiente, en este caso de los lobos marinos, que una vez muertos flotaban en la superficie, y el ingenio humano.

Se componía de dos piernas formadas por dos odres cada una de cueros de lobo “de un pelo” (*Otaria jubata* Forst), perfectamente cosidos con espigas de quisco, que no les permite entrar una gota de agua e hinchados de aire a fuerza de pulmones, dispuestos formando un ángulo agudo bastante levantado hacia proa, mucho más separado en popa y unidos encima por medio de un encatrado ligero de maderos, formando una plataforma.

Los bogadores van sobre ella de rodillas, o bien sentados sobre sus talones; con frente a la proa, impulsan la embarcación por medio de un remo corto de pala por ambos extremos.

Para introducir el aire usaban unas tripas que estaban unidas al odre por una de sus puntas, a proa; en el extremo había un hueso corto y hueco a modo de boquilla, que se aplicaba a la boca para inflar independientemente cada



pierna.

Por su comportamiento ligero y elástico resistían de muy buena forma el oleaje y la resaca, lo que les permitía maniobrar en la costa peñascosa poblada de mariscos y en los islotes sin rada de atraque, donde los botes de madera no pueden maniobrar o recalar sin exponerse a romperse.

Eran pintadas con una pasta compuesta de arcilla color ocre y aceite de los mismos mamíferos sacrificados, con la finalidad de impermeabilizarlas y protegerlas contra los ataques de peces o animales marinos grandes, que las destruirían si no lo hicieran así.

Todos los autores que se han ocupado del tema afirman que los odres, al momento de fabricarlos, eran inflados a fuerza de pulmones. Aquello parece no ser cierto; los bolsones previamente remojados en agua dulce eran rellenos con arena o totora, que venía a servir como de molde y los dejaban secar para luego vaciar el contenido. Es indudable que tiene que ser así, pues nos parece poco probable que pudieran ser llenados como dicen, porque el mismo peso de los cueros haría salir el aire al no poseer algún recurso semejante a una válvula de retención moderna. Por ello, los cueros no perdían su forma y el interior tenía una presión más o menos igual a la atmosférica; bastaba una insuflación moderada para mantenerlos convenientemente inflados.

En el primer tercio del siglo XX, fueron pocas las personas que tuvieron la suerte de ver navegar esta singular embarcación por el litoral, entre ellos el arqueólogo Junius Bird, desde isla Guacolda a Huasco. En el siglo anterior, Federico Philippi, hijo del afamado naturalista Rodolfo Amando Philippi, también vio una balsa surcar el mar cerca del puerto de Huasco y la señala como escasa. Dicha apreciación parece ser bastante acertada, ya que en las denominadas “Memorias de Marina”, información de tipo censal sobre diversos aspectos de la naciente Armada y Marina Mercante Nacional, entre las anotaciones del movimiento portuario aparece un número bajo de balsas matriculadas en dicho puerto, clasificadas en

calidad de pescadoras o para la pesca. Entre los años 1860 y 1862 se registran simplemente como “algunas”; en 1863 se registraron 2 balsas; en 1865, 3 balsas; en 1866, 5 balsas; en 1867, 2 balsas, y en 1888, último año de registro, 2 balsas.

En 1940, el agricultor Guillermo Millie, dueño del fundo Centinela, entusiasta investigador y coleccionista de huevos de aves de la zona, fotografió una balsa navegando frente a la caleta Chañaral con dos tripulantes. En su “cuaderno de observaciones” dejó anotado:

“It was used later for anchoring the boat well away from rocks and would also be used in case of emergency as a life boat”.

“Solía usarse para el anclaje del bote, bien lejos de las rocas y también podría haber sido utilizado en caso de emergencia como un salvavidas”

Años más tarde (1955), Millie suministró amplia información al arqueólogo Jorge Iribarren sobre estos navegantes, estimados en aquella época a nivel académico totalmente inexistentes en Chile desde hacía bastantes años.

En su recorrido por la mencionada caleta, conformada por tres viviendas fabricadas con maderas que han varado en la orilla de la playa, Iribarren encontró únicamente vestigios de este interesante medio de navegación. La razón, a esa fecha ya se utilizaban embarcaciones de madera para las faenas de pesca; no obstante, recabó interesantes antecedentes referidos a las actividades marítimas prestadas anteriormente y lo más relevante, conoció a Roberto Álvarez, un pescador que decía saber construir las. Años más tarde (1965), junto a Hans Niemeyer materializó el deseo de que aquel lugareño fabricara una. Terminada la balsa ese mismo año, se exhibió en el Museo Arqueológico de La Serena. De hecho, a mediados de la década del setenta, fabricó para el museo de Vallenar una réplica a escala reducida, con gran detalle y precisión.





*Balsa de cuero de lobo marino inflada
(Museo Provincial del Huasco, Vallenar).*

A comienzos del siglo XX, este tipo de embarcación aún prestaba servicio en la movilidad de grupos costeros, específicamente en la caleta. A partir de las enseñanzas de Juan Aguirre, un viejo pescador de Cruz Grande, era llevada a remolque a la Isla Chañaral, también conocida localmente como isla Gaviotas y distante seis kilómetros de la costa, por pescadores del lugar, en particular Luis Aguirre, hijo del viejo pescador anteriormente mencionado, y los hermanos Nicolás e Hilario Vergara (Nicolás Vergara era padre de Roberto Álvarez, el lugareño que construyó la balsa para Iribarren).

Una vez fondeado el bote de madera, se le utilizaba para transportar a la isla artículos de cocina, agua dulce, ropa de cama, alimentos e implementos de pesca, residiendo en este lugar por unos quince a veinte días, dedicados a extraer y secar moluscos y pescados.

La razón para usar la balsa cubriendo el tramo entre el bote y la isla, por supuesto, se debía a sus ya mencionadas características, mejor desplazamiento para sortear los sitios rocosos de las orillas y la facilidad al atracar. Sin embargo, navegando en ella era difícil alcanzar la isla, porque un fuerte viento sur o norte se la llevaba mar afuera, debido a que su impulsor correspondía a un remo pequeño y por desplazarse sobre la superficie del agua como un balón de fútbol. Por lo tanto, estos navegantes debían tener gran conocimiento de las

condiciones meteorológicas predominantes en la zona, para pronosticar los momentos de oleaje suave e inexistencia de vientos, con el fin de navegar sin problemas.

Continuando con el patrón de movilidad, la tradición cuenta que las generaciones más antiguas hacían largos viajes en ellas y se arrojaban a las más encrespadas olas del mar, sin miedo ninguno ni temor a borrascas, confiados simplemente en el viento, casi por instinto, por conocimientos heredados a través de generaciones, basados en el aspecto de las olas, de las nubes y de la posición de las estrellas. En el caso de la pesca del congrio, para evitar la pernoctación en el mar, los pescadores calaban los espineles al anochecer, dormían en tierra y los levantaban a la mañana siguiente.

En los años históricos, la función principal se mantuvo relacionada con las actividades pesqueras; también se agrega el transporte de mercaderías y pasajeros, cubriendo tramos cortos y navegando a no más de un centenar de metros de la orilla, alejándose un poco si la costa era muy rocosa. Un viaje en balsa a la Isla Chañaral, probablemente debió demorar entre cuatro y cinco horas. Este mismo tramo se cubre en bote a remo en unas dos horas y hoy se realiza en una chalupa a motor en cuarenta minutos.

Debemos destacar que las balsas de cueros inflados, al parecer, no se encuentran en otras partes de América. Pero donde tenemos balsas idénticas a las nuestras es en el interior de China, hechas de cueros inflados de yaks. Fue el etnógrafo y explorador sueco Erland Nordenskiöld, en 1931, el primero que lo dio a conocer. Sin lugar a dudas, un caso notable de enigmática convergencia.

Este singular medio de navegación también ha servido para toda clase de especulaciones, incluyendo los contactos transoceánicos, como si existiera un extraño designio, en el sentido de que todo nuestro complejo desarrollo sociocultural debió ser estimulado por exóticos viajeros llegados por el Pacífico. Pero no debemos olvidar que esta zona tuvo un tiempo de varios miles de años, suficiente para definir un proceso particular de



progreso, que implicó la elaboración de respuestas adaptivas de suma originalidad y eficiencia.

Continuando con esta historia que tratamos de bosquejar, al paso de los años, décadas, siglos y milenios, y a medida que su población se multiplicaba por la vida más tranquila, incursionaron hacia el Oriente. Es el momento en que debieron readaptar sus métodos de caza y cambiar sus presas por animales de menor tamaño: guanacos, vicuñas, zorros, chinchillas y aves. De igual manera, comienzan a dedicar parte de su tiempo a la recolección de frutos y semillas silvestres, obteniendo un fuerte complemento en su dieta alimenticia y un conocimiento acabado del potencial vegetal, lo cual abrió las expectativas para la futura actividad agrícola.

En este nuevo estadio de desarrollo conocido como Arcaico, entre los años 8000 y 300 a. C., los hombres tuvieron una movilidad acorde a las condiciones favorables brindadas por la zona, al contar con gran cantidad de quebradas que comunican el interior con el litoral y, a la vez, conectadas entre sí.

Esta característica, propia del Valle del Huasco, cobra la mayor importancia, ya que muchas de ellas disponen de recursos hidrológicos durante todo el año, lo que constituiría un factor decisivo para el asentamiento y desplazamiento de grupos humanos. Toda esta bondad natural es producida por la particular orientación del valle, el cual se interna hacia la cordillera, posibilitando que el mar modere las temperaturas del interior, brindando quebradas ricas en pasturas naturales.

Entonces, costa, valle, quebradas y cordillera dejan abierta la puerta para que estos hombres se adapten a la trashumancia, aprovechando el ciclo estacional favorable o quizá imitando la sabia movilidad de las manadas de camélidos, que desde esta época formarían parte significativa en su desarrollo como sociedad. En cautiverio, los guanacos eran utilizados como animales de carga, lo que facilitó significativamente la cantidad de objetos que podían ser trasladados a larga distancia, particularmente en el caso de materiales de gran volumen y poco peso. Entonces, las montañas y quebradas en la alta

cordillera fueron conocidas y formaron parte de su hábitat y, así, no tardaron mucho tiempo en cruzar el macizo andino.

Durante la estación invernal, época poco propicia para vivir en la alta cordillera, la costa les ofrecía una variedad de recursos que, secados o ahumados, podían almacenar, proporcionando una estabilidad económica no comparable con la explotación de otros ambientes. Fabrican morteros, primitivos instrumentos de molienda, logrando hacer las primeras harinas de semillas, principalmente del árbol algarrobo.

A esta unidad cultural desarrollada en la costa de todo el norte semiárido, los especialistas la conocen como cultura Huentelauquén y los sitios más representativos en el Huasco, por el hallazgo fortuito de restos atribuibles a su factura, serían: Baratillo, Puerto Guacolda, quebrada Taisani, Totoral y Canto del Agua. Sin embargo, no hay mayores investigaciones al respecto.

Hacia el término del último milenio antes de Cristo, con una incipiente agricultura, este pueblo logró amplio dominio de los ecosistemas locales; igualmente, la producción de cerámica les permitió cocinar, almacenar agua y alimentos. Además, se reconocen dos tipos de grupos humanos, los que viven en las zonas altas del valle y los que ocupan las zonas costeras. Estos grupos costeros y montañeses se han mantenido a lo largo del tiempo, llegando incluso a extenderse hasta la época actual.

Estudios recientes aseguran que, en aquel tiempo, hubo una oscilación climática cálida y seca llamada “optimum climático”, época que coincide cuando los ahora montañeses, al explorar las cumbres andinas, descubren los pequeños pastizales de altura conocidos por los lugareños de nuestra época como vegas cordilleranas, lugares utilizados aún en la actualidad por pastores para alimentar sus rebaños de bovinos y caprinos en los meses cálidos (veranadas).

A pesar de que la cordillera de Los Andes constituye un sistema montañoso con abundancia de precipitaciones niveas, también tiene períodos de escasez de nieve, cuando quedan



descubiertos corredores naturales llamados portezuelos, que permitieron a gente del Huasco y sus contemporáneos situados en la misma latitud atrás de Los Andes, grupos guaraníes del Chaco que se habían establecido alrededor del año 2500 a. C. en el noroeste argentino, conocieran con precisión meridiana las dificultades, las jornadas de viaje y las paradas obligadas en cada trayecto de sus desplazamientos, lugares donde el agua y las pasturas no faltan nunca en la época estival y junto a ello adquirieron el conocimiento de las propiedades terapéuticas de un sinnúmero de hierbas y frutos que utilizaron para la sanación de los enfermos.

Por sus singulares facultades curativas, los ibéricos las convirtieron rápidamente en recetas infalibles para el tratamiento de diversas enfermedades, que iban desde el habitual malestar estomacal hasta los dolores causados por el corazón y el “mal de ojo”. Por ello mismo, palqui, culén, paico y otras hierbas se enviaron a España destinadas a formar parte de la botica del rey. En los últimos tiempos, algunas plantas no son ya solo del uso exclusivo de la medicina doméstica, sino que también han caído en manos de la ciencia y muchas de ellas gozan de una fama universal bastante merecida.

A través del constante intercambio de productos y personas por el macizo andino, se originaron amplias redes de parentesco, facilitando aún más los desplazamientos y lazos de cooperación mutua entre ambas vertientes, desarrollándose de mejor manera por este lado las tradiciones agro-alfareras y minero-metalurgistas. Los hombres primigenios habían desaparecido durante este largo proceso de evolución cultural o estaban tan mezclados que habían perdido su identidad. Así, en los inicios del primer milenio de nuestra era, intensificaron el tráfico interregional, el pastoreo de camélidos y la trashumancia.

Esta última actividad la vemos manifestada no solo por el aumento y tal vez diversificación de lugares en la cuenca fluvial con contextos arqueológicos, sino también evidencias de tránsito por áreas interfluviales, como senderos, talleres líticos, campamentos y sitios con testimonios específicamente

asociados al asentamiento estacional en variados pisos ecológicos.

Insistimos, esta actividad no puede ser vista como sinónimo de primitivismo, sino como respuesta lógica a una necesidad económica y resultado natural de los patrones de movilidad normales a lo largo de muchas generaciones, variante de un proceso de prueba y error, en la que no hay una separación excesiva con respecto a los grupos de origen. En otros términos, estamos considerando una situación en la que los grupos humanos están dentro del radio de interacción que les permite ser ayudados si lo necesitan.

Fue en esta etapa cultural cuando los huasquinos dejan de depender exclusivamente de la caza y la recolección, su economía tiende a hacerse cada vez más dependiente de la producción de alimentos vegetales y de animales domesticados. Se acentuó la alta movilidad por diferentes sectores comarcanos ligados a la obtención de recursos estacionales, haciendo que los asentamientos fueran de uso temporal, pero seguramente recurrentes en el tiempo. Esta fascinante cultura se ha denominado “Cultura de El Molle”.

Los rasgos característicos, que a juicio personal corresponderían a la cultura más interesante de nuestra prehistoria, son: el surgimiento de aldeas, que han dejado junto a residuos y cenizas de hogueras como restos del más alto valor; recintos cuadrangulares de piedra, de muro bajo con bloques apircados, que pueden considerarse como las primeras obras de arquitectura en el valle; uso de regadío artificial; además de elementos culturales como cachimbas o pipas trabajadas en piedra y cerámica gris negra con decoración grabada (incisa). También emplearon collares, pequeños aros y brazaletes de cobre, de lo más sencillo, pero verdaderos trofeos del trabajo manual. Sin embargo, lo más peculiar fue el uso del tembetá o bezote de piedra, especie de botón o de collera con un cuello prolongado hacia atrás que se introducía en un agujero practicado en el labio inferior. Este tipo de adorno aún es utilizado por tribus amazónicas y chaqueñas.





Estructura habitacional Molle derruida en el sector de Aguadita.

No deja de serlo también la pared gruesa de su cráneo, uno de los temas más controvertidos en la Antropología Física de Chile que, desde 1894 con el Dr. Luis Vergara Flores hasta nuestros días, diversos investigadores se han referido a esta condición describiéndola, interpretándola y utilizándola a veces con criterios muy dispares. Pero los más doctos concuerdan con un carácter racial, hereditario y de dispersión mundial, como lo fue en pueblos prehistóricos de Europa y persiste aún hoy día entre algunas tribus de Australia, naturaleza que



Cachimba o pipa para fumar (Colección Museo de la Piedra, Vallenar).

puede abrir un ancho campo en los estudios de los orígenes del hombre americano, un verdadero eslabón que ata despojos antiquísimos de una raza ya desaparecida y que ha vivido quizá tanto como la prehistoria misma.

Los cuerpos de los muertos eran inhumados bajo suelo, cubiertos con grandes acumulaciones de piedras y tierra. Estas sepulturas son conocidas, en términos académicos, como “túmulos funerarios”. Aunque hoyados por buscadores de “entierros”, hoy todavía podemos dar cuenta de ellos por las referidas características, en esta zona en particular, sobre el cono de deyección de la quebrada que dio origen a esta obra, a los pies de la planta procesadora de alimento de la empresa Agrosuper, sobre ambas terrazas en la desembocadura de la quebrada El Negro, Punta del Viento, Los Chañares, llano Los Loros, bodeguilla, sobre una terraza marina formada por arenisca metamórfica en el sector Cabecera de Corrales en Punta Alcalde y en los terrenos agrícolas del autor de esta obra, a pocos kilómetros al oriente.

Desarrollaron un sistema dinámico de ocupación periódica de territorios, probablemente ceñidos a secuencias naturales



Parte aérea de una de las sepulturas Molle en Tatará.

y a existencia de recursos, utilizando zonas montañosas como centros focales que mantenían a relativa distancia ocupaciones satélites menores.

Estos hombres, como los actuales, no debieron ni pudieron ceñir su actividad cotidiana a la mera satisfacción de una subsistencia vital, por lo que su accionar debió cubrir otros aspectos prescindibles, pero de cualquier manera, necesarios y provechosos para el desarrollo como individuo. Por qué no pensar en la posibilidad de un condicionante psicológico, fruto de un hábito repetido por generaciones o el agrado de viajar de un lado a otro para disfrutar con determinados parajes que podían resultar placenteros por razones espirituales, entre ellas lo estético.

Desgraciadamente, las condiciones climáticas y el inexorable transcurso del tiempo no han permitido conservar los tejidos y la madera; sin embargo, otros vestigios de su presencia como campamentos, sepulturas y talleres líticos, los encontramos desde el macizo andino, los interfluvios, quebradas tributarias y en el valle mismo. Estos testimonios nos demuestran la gran capacidad de expansión y movilidad que tuvieron estos hombres. Además, quizá sin pretenderlo, dejaron estampados inmutables testimonios de su pensamiento en la superficie plana y limpia de las peñas o al conquistar el volumen visible total de ellas, como son las rocas culturizadas ubicadas a lo largo y ancho de lo que hoy conocemos como Provincia del Huasco y en esta zona en particular, sobre la meseta conocida como llano Las Mulas, La Fortuna, Punta del Viento, Los Chañares, El Escorial del Sauce, quebrada La Tenca, llano Los Loros, Nisñiles, Las Pintadas, en bloques planos mirando al mar en la ensenada Tongoy y en una roca de regular tamaño ubicada a la vera de un antiguo sendero de indudable tránsito indígena en el sector Aguadita (1).

1.- Ver "Las Pintadas del Huasco". Andros Impresores, primera edición octubre 2013. Catálogo fotográfico de arte rupestre presente en la Provincia del Huasco, del mismo autor de esta.

Pero sus artífices ya no están para contar su historia y el significado de su mensaje se diluyó en la memoria del tiempo. Solo las montañas conocen la verdad impresa en un tiempo primordial, cuando la población local fue establecida con entera ausencia de límites territoriales. Estas obras, el tiempo las ha redimido en toda la sensibilidad creativa de sus autores, respetándolas, en algunos lugares, casi con veneración y, ante esta maravillosa expresión de soberbia factura, conocida en el mundo académico como arte rupestre indígena, solo podemos callar, quizá por la incapacidad de comprender los símbolos de una cultura totalmente diferente a la nuestra. Arte bastante evolucionado, no realista ni naturalista en nuestros términos culturales, que estaría transmitiendo imágenes simbólicas, quizá referentes a conceptos muy elaborados, fruto de una larga tradición.

Pero el hecho de que sean impenetrables en su significado, no descarta que continuemos interesados en descubrirlas y fotografiarlas, con la remota esperanza de encontrar alguna vez una explicación satisfactoria a sus enigmas. Por otra parte, al conocer los numerosos lugares de emplazamientos de estas rocas culturizadas en la provincia, no solo las presentes en este acotado sector, creemos erróneo lo que reiteradamente aparece en artículos, revistas o algún trabajo investigativo relacionado al tema:

¡Grafismos ocultos y alejados del mundo cotidiano!

Nada más distante de la realidad. Estas construcciones gráficas estuvieron en convivencia directa con la morada habitual de sus creadores, necrópolis, lugares de desplazamiento y todas las parcelas de su vida. Además, es posible que algunas sean de la misma antigüedad que las del sudoeste de Francia, lugar usualmente considerado como “cuna” de la civilización occidental.

Es necesario esclarecer que el término “occidental” alude a la civilización que, teniendo su origen en Europa hace más o menos 500 años, se ha extendido por todos los continentes, naciones y pueblos, llevando una concepción de la naturaleza,





Grabados rupestres en quebrada Nisñiles.



Grabados rupestres en llano Las Mulas.

un paradigma del saber, una forma de vida y un pragmatismo que le han sido característicos.

La abundancia de agua, buena calidad de los terrenos y el benigno clima que caracteriza al valle, no obligó a estos hombres a formar grandes grupos para emprender pesadas construcciones agrícolas, motivo por el cual tampoco se hizo necesario que tuvieran una autoridad central. No había en aquel entonces, como no hubo después, sino clanes más o menos reducidos sujetos a la dominación parcial y lugareña de las cabezas de familia. Dicha razón explicaría por qué los sitios de asentamiento Molle son poco densos y sus cementerios se reducen a unas pocas sepulturas.

La idea de la propiedad privada era ajena a su cultura, el territorio era de todos y cada familia o clan tenía su ámbito. Si se producía algún desplazamiento, cada familia se instalaba donde prefería, siempre y cuando no molestara a sus vecinos, particular sistema de convivencia aún practicado por las familias de Chipasse Ta Tatara, como lo veremos a su tiempo.

En el transcurso del tiempo, la interrelación con pueblos de las llanuras pampeanas, otros de las regiones altiplánicas andinas y posiblemente algunos transpacíficos, permitió que los mollinos (o mollenses) generaran mayor riqueza cultural, quedando demostrada en su modo de vivir semi-aldeano; también podemos decir que la alfarería fue evolucionando con diferentes técnicas, creando productos cada vez más atractivos y mejor confeccionados.

Los objetos en circulación por las diversas tolдерías eran extremadamente variados y provenían de todas las zonas de lo que conocemos hoy como Provincia del Huasco. La costa oceánica aportaba pescado y marisco; el valle y sus quebradas tributarias maíz, zapallo, papas y frutos silvestres, como el algarrobo, la mollaca y el chañar, madera, fibras vegetales y caña; la serranía, además de cazadero, pieles de chinchilla y zorro; la cordillera sal, plantas medicinales, vicuñas, plumas y huevos de pato silvestre. Por mencionar solo algunos productos asociados a zonas ecológicas particulares, a ellos hay que agregar una multitud



de objetos elaborados con materias primas que se encuentran disponibles en todas las áreas, incluyendo rocas para la talla, artefactos de metal y madera, cerámica y textiles.

Es así como en esta gente se consolidó un complejo desarrollo, socialización y unificación de variadas culturas, con la aceptación de todos, sin excepción, organización donde fue importante la dignidad del hombre. Este proceso se mantuvo arraigado en cada uno de sus componentes durante el transcurso del tiempo, destacado de modo especial en la época colonial al brindar refugio a indígenas perseguidos por encomenderos de valles vecinos y nativos trasandinos que escapaban al sometimiento español. Asimismo, muy entrada la época republicana, acogieron a numerosas familias migradas desde la zona trasandina de Cuyo en busca de mejores condiciones de vida, otorgándoles, además, derechos a tierras.

La economía de esta nueva etapa tendió a la diversificación agrícola, haciendo mejor uso de la trashumancia ganadera asociada al intercambio de productos a grandes distancias, mediante caravanas de camélidos. Los individuos usan el tembetá molliño solamente como adorno y sus muertos son enterrados en otro tipo de sepultura, junto a camélidos. Prueba de ello es el cementerio indígena exhumado en 1886 en Peña Blanca, caleta situada a treinta kilómetros al sur del puerto de Huasco.



*Cántaro gris negro
con decoración
grabada (incisa),
cultura Molle
(Colección Museo de
la Piedra, Vallenar).*

En esta etapa cultural del antiguo mundo indígena, los investigadores, fundamentados en un estilo diferente de su alfarería, pensaron que se trataba de un componente poblacional distinto a la etapa anterior y siguiente, sin considerar que cualquier cultura, independiente de su antigüedad, produce una enorme variedad de artefactos, entre ellos algunos poco complejos o menos refinados. Pero aquello no parece ser tomado en cuenta por los especialistas, llevándolos a atribuir su factura a una cultura diferente.

En cambio, la tradición oral menciona que aquel momento fue simplemente una etapa de tránsito hacia la sociedad humana más avanzada en términos culturales y tecnológicos del Chile prehispanico, la cultura diaguita, alcanzando su mayor desarrollo entre los años 1200 de la era vulgar hasta la llegada de los europeos.

Si el origen Molle es todavía oscuro, mucho más es su destino final. Lo más probable es que fueran asimilados por los diaguitas, al mezclarse con ellos.



Capítulo III



Rostro del pueblo diaguita

Capítulo III

Rostro del pueblo diaguita

El gentilicio diaguita era conocido y aplicado a los habitantes de los valles transversales, definición tradicional que nos enseñaron cuando niños, mucho antes de la invasión europea, cuya voz parece ser una corrupción fonética provocada por los peninsulares de Tiakitas o mejor Tiyakitas. Tiya, en lengua vernácula, es morar, y Tiyana es trono, asiento. Así que Tiyakitas sería: *los que vivían asentados en el lugar*. Se designaban así para distinguirlos de otras tribus nómades que merodeaban el vasto territorio en donde moraban. Para los cuzqueños más tardíos de la época prehispánica, simplemente serranos, porque poblaban la serranía andina. En tiempos históricos, siglos XVI-XVII, continuó siendo utilizado por los españoles para designar a los habitantes del “cercano norte chileno”, diferenciándoles así de los indígenas que vivían en el valle central y bosques del sur. Sin embargo, la tradición oral tiene su propia versión, poco conocida, pero no por ello menos interesante, según la cual Tiakitas significaría (pero leído como thia, lejos, y kita, fugitivos), *los que llegaron de lejos*.

El concepto geográfico “cercano norte chileno”, mencionado en el párrafo anterior, podría ser conocido también como “antiguo norte de Chile”, por el simple hecho de que el antiguo Reino de Chile comenzaba en Copiapó. Esperamos terminar así con la impropia y discutible denominación de nuestro territorio como Norte Chico, injusto y peyorativo. Por comparación y oposición de conceptos, es lo más racional suponer que “lejano norte chileno” o “nuevo norte chileno” podría referirse a las regiones de Antofagasta y Tarapacá, por su más tardía incorporación a la vida nacional.

Volviendo a los diaguitas, al igual que los mollinos, nada



se sabe con seguridad sobre sus orígenes, ni certera es la época de su primera aparición en la zona. La tradición oral nunca lo ha contemplado por tener el carácter de un abismo infranqueable. Algunos tipos de alfarería adscritos a su cultura descubiertos en ciertas regiones de las provincias argentinas, parecen pertenecer a un período anterior a la civilización Tiahuanaco (600 a 900 d.C.), que abarcaba un área inmensa, la cual se dilató fuera de las regiones de su asiento original hasta el interior de lo que hoy conocemos como Ecuador, el Salar de Atacama y los territorios del noroeste argentino. En nuestro suelo, los restos más antiguos encontrados corresponden a la misma época.

Incluso más, no se ha podido determinar con suficiente certeza si se radicaron primero en Argentina, cruzando Los Andes después o si sucedió al revés. Destacados investigadores aseguran lo primero y demás autores lo siguen escrupulosamente pero, como lo expresamos anteriormente, los restos más antiguos parecen ser contemporáneos a uno y otro lado de la cordillera, aumentando todavía más el grado de incertidumbre.

Tomando para este trabajo como “más aceptado” el primer argumento, la penetración de los diaguitas por los boquetes cordilleranos desde el noroeste argentino, presumiblemente Catamarca, debió ocurrir antes o en el momento de producirse el fenómeno conocido como “anomalía climática medieval”, que implicó importantes cambios en el medio ambiente a nivel mundial. Debemos hacer presente que, en aquel momento, los vikingos se aprovecharon de la desaparición del hielo en el océano Ártico para colonizar Groenlandia y otras tierras periféricas del norte canadiense.

En este período, la cultura diaguita ya era desarrollada, aun cuando todavía algo primitiva, pero contemporánea a uno y otro lado de la cordillera. Tenemos, entonces, en el valle del Huasco un pueblo afín a la vasta nación de los diaguitas trasandinos, cuya cultura y desarrollo posterior han estado sujetos a una estilización local y diferente, influyéndose reci-

procamente.

No entra en el plan de este libro reproducir los pormenores de aquellos pueblos trasandinos. Las reminiscencias sucintas que se anotan obedecen al propósito de acentuar el hecho del acercamiento de las poblaciones por ambos lados de Los Andes, un ir y venir de gente que por todos los tiempos ha mantenido estrechos lazos de comunicación.

Sin duda, la característica geográfico-geológica del lugar influyó en su compromiso con esta tierra, aun en tiempos contemporáneos. Las catástrofes naturales como riadas, deslizamientos de cerro por licuación o bajadas de quebradas, determinaron una sensación de estoicismo sobre la conducta. Se saben expuestos a ser arrasados en cualquier momento del lugar elegido para vivir por las fuerzas de la naturaleza, pero cuando ello ocurre y un hogar es destruido por una avalancha de lodo y piedras, no se marchan del sitio siniestrado, no lo abandonan y reconstruyen la vivienda en el mismo punto.

Esta aceptación con alguna dosis de resignación aparece no solo en las adversidades naturales, sino también en las familiares y sociales. Suele ser una conformidad pasiva que les provoca seguir viviendo en peores condiciones que antes del desastre, pero simultáneamente tocados por un estoicismo ardiente, un no dejarse vencer por las adversidades, con una decisión heroica de seguir viviendo en aquel pedazo de terreno y no en otro.

Serán estos clanes familiares los que se verán enfrentados a los europeos al momento de la invasión y los protagonistas de una nueva etapa en sus anales, de resistencia e integración a la ocupación extranjera.

Sus manos modelaron una cerámica variada y delicada, de tal belleza, que no tiene comparación con otras hechas en el territorio de la república. En general, consiste en la repetición y combinación rítmica de unos pocos motivos básicos, como escalas, rombos, triángulos, grecas y volutas, formando campos, por lo común, rodeados de una línea gruesa y separados

*Fuente campanuliforme
(Colección Museo de la
Piedra, Vallenar).*



*Jarro zapato, utilitario diaguita para poner al fuego
(Colección Museo de la Piedra, Vallenar).*

unos de otros por espacios libres o pequeños temas intercalados, sirviéndose para sus dibujos de los colores negro, rojo y blanco. Por lo demás, tenían tal seguridad en su trabajo, que pintaron y dibujaron directamente sobre sus tiestos con sus pinceles y colores, fiándose solamente de su cálculo intuitivo para la compartición de los espacios.

Adicionalmente a la decoración imaginativa y geométrica, dan vida a formas antropomorfas y zoomorfas, creando un arte original y de profundo significado, como es el caso del “jarro pato”.

Este cacharro de greda, junto con alcanzar un alto nivel de sofisticación constructivo, resulta ser un reconocimiento alegórico a los primeros clanes diaguitas que incursionaron en esta tierra, simbolizado en esta ave acuática que nada con-



*Jarro Pato
(Museo
Provincial
del Huasco,
Vallenar).*

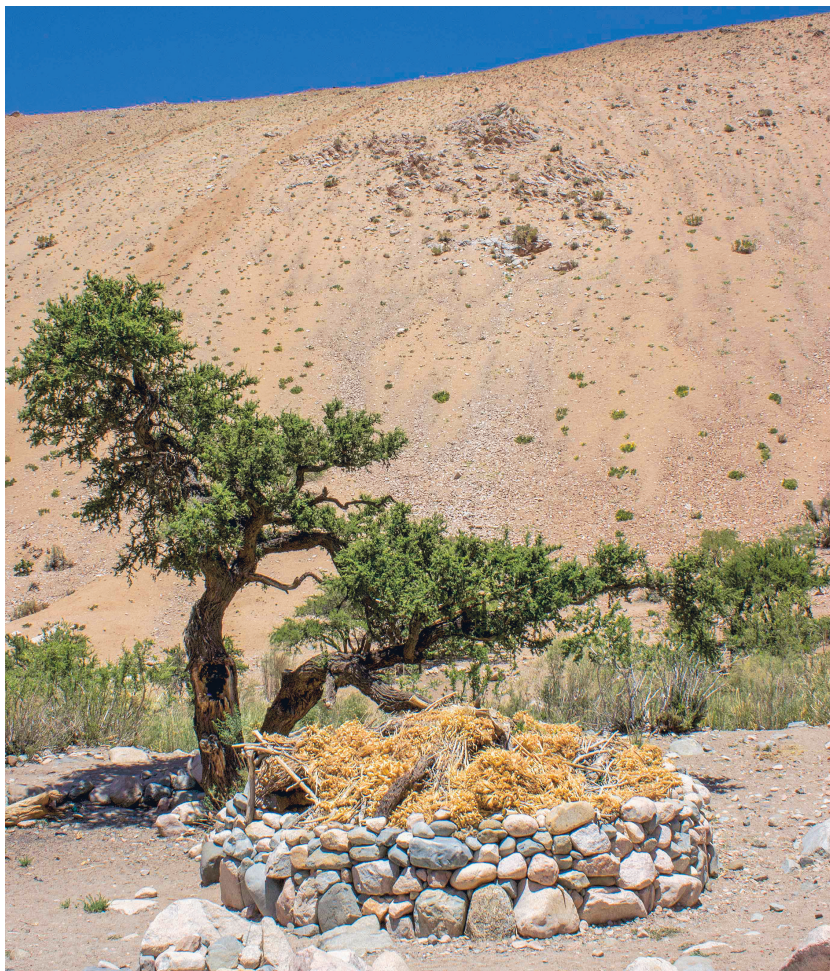
tra la corriente “el camino de los padres”, acción conocida en lengua vernácula como “curapi”.

El deseo de decorar objetos de uso cotidiano son posiblemente inconscientes manifestaciones del hombre que, a través del obraje, crea valores estéticos, igual que la danza y la música. Y el diaguita, en todos los tiempos, ha buscado esas satisfacciones, las ha estimulado según su entendimiento y conceptos, llevándolo por el camino de la evolución que lo aparta algo de lo estrictamente material. Sin ninguna duda, desarrollo influido también por las condiciones de bienestar y, en especial, la mayor facilidad de procurarse el alimento, base del diario vivir.

Es más, fueron talladores del hueso y de la piedra, forjadores del cobre, buenos tejedores, excelentes agricultores, pastores y cazadores. Obviamente, sus tejidos deben haber sido tan pintorescos y artísticos como su cerámica.

Considerando el gran desarrollo cultural que tuvieron, conocidos en el sur andino como un pueblo de artistas, producto de su concepción de vida, nunca llegaron a construir algún gran centro urbano. Un asentamiento poblacional mayor o ciudad era una ofensa a la naturaleza y a su manera de vivir; ello implica que los que moran en esta deben ser alimentados

por los que ocupan el campo. Por ello mismo, en su sociedad no existía sometimiento y explotación de los pobladores por alguna casta dirigente o de poder; tampoco pretendieron realizar obras de arquitectura monumental, como los centros administrativos, ceremoniales o templos de los pueblos de Mesoamérica o la región del antiguo Perú.



*“Tambería” o paradero de ocupación diaguita en la cordillera.
Los Pozos, río Laguna Grande.*

Sus construcciones habitacionales eran chozas implementadas con madera, piedra, brea, churque, totora y barro, de tamaño reducido y arquitectura simple, más bien modesta, utilizadas simplemente para dormir. El benigno clima les permitía realizar los trabajos cotidianos en los exteriores, bajo la frondosidad de los algarrobos y sauces junto al río, en los corrales y campos de cultivo.

Su filosofía de vida no estaba en la grandiosidad arquitectónica o megalítica, sino apuntaba a una dirección mucho más alta y refinada. Trabajar el ser, procurar construir un tipo de persona con aspiraciones por lograr bienestar, sabiduría y espiritualidad elevada, capaz de alcanzar las instancias más altas de la conciencia humana. El mayor honor al que aspiraba un diaguita, a diferencia de reconocidas culturas americanas contemporáneas, no era “morir en la guerra”, sino “trabajar la tierra”.

La tradición describe a los hombres: musculosos, de piel tostada y cabellos negros tomados en moño, con altura corporal comprendida entre 1,65 y 1,70 metros, de carácter alegre y amable.



*Collares
de cuentas
discoidales
(Colección Museo
de la Piedra,
Vallenar).*

Las mujeres, de menor y más fina contextura física, “de buen parecer”, según relata Jerónimo de Vivar en su obra *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. Gustaban de pintarse el rostro con pequeñas figuras semejantes a medias lunas, usaban aros, brazaletes y pinzas depilatorias de cobre; además, collares compuestos de pequeñísimos discos calcáreos perforados, alternados con pedacitos de igual forma de malaquita (carbonato de cobre) y sostenidos por medio de tendones de origen animal.

Tres siglos más tarde de aquella interesante apreciación realizada por el cronista Vivar sobre la mujer diaguita, en el mes de noviembre de 1821, debido al proceso investigativo por los intereses británicos en esta provincia, conocida en aquella época como región minera de Chile, fondeó en el puerto de Huasco el buque “El Conway”, al mando del oficial de la marina británica Basilio Hall. De su obra *Extractos del Diario escrito en las costas de Chile, Perú y México*, realizada entre los años 1820 y 1824, publicada en francés en 1825 y traducida por Carlos A. Aldao en 1916 para la Biblioteca La Nación (Argentina), con el nombre “El General San Martín en el Perú”, transcribimos de la página 214 el siguiente texto:

“Los hombres del Guasco eran de linda raza, bien formados y generalmente hermosos, con manera sueltas y más bien tranquilas; la mayor parte de las mujeres son hermosísimas de rostro y figura; en efecto, no vimos casi ninguna, entre cientos, que no tuviera algo agradable en el semblante o la persona. Lo que es más raro en climas tórridos, esta observación comprende también a las mujeres maduras; y aunque mucho más blancas que cualquier sudamericano que hubiéramos visto hasta entonces, todas se distinguían por los ojos oscuros y el largo cabello negro de sus antecesores”.

La familia era el núcleo socioeconómico donde se producía la diversificación del trabajo, ya sea por diferencia de edad, género o habilidad propia de cada integrante. De esta manera, el hogar se convertía en el centro de formación social, donde se impartían las enseñanzas de hábitat, limpieza mental, emocional y espiritual. Un modelo de sabiduría de cómo vivir la cotidianidad y observación del entorno, caracterizado por el fácil acceso a la felicidad y respeto por el medio natural, conocimiento silencioso que no se enseña, simplemente se vive y experimenta, entendiendo todo, sin necesidad de explicación de nada.

La tradición familiar daba mucha importancia al momento de venir a la mujer su flor o mes, la primera vez. La niña debía ayunar durante tres días, permaneciendo todo este tiempo en su casa; de igual manera, respecto de la primera relación sexual de la joven célibe.

Las madres enseñaban y aconsejaban. El primer hombre para una mujer debería ser un “buen hombre”, en el sentido estricto de la palabra, porque en ella iba a quedar la impronta de su energía, energía sutil que podría ser de calidad superior o bien corresponder solo al apetito de la animalidad. Aquello explicaría la razón de porqué muchas mujeres optaran, sin cuestionamiento, a ser la segunda o tercera esposa de un gran cazador o cacique, en lengua nativa “lachei”, para teñir con calidad su virginal interioridad, en vez de ser la única mujer de un hombre mediocre. Por este motivo era aceptada y extendida la práctica de la poligamia, cuyo término le otorga al hombre estar vinculado con más de una mujer al mismo tiempo, donde las partes habitaban el mismo espacio residencial y los hijos eran educados como hermanos. Sin embargo, la primera mujer era la preferida y superior a las otras en el manejo de la casa.

En consecuencia, para el apareamiento, la mujer buscaba al macho que hubiera realizado en sí mismo lo que significaba la alta dignidad de masculinidad. Porque esa misma fuerza, esa misma energía que demandó la perfección de sí, es la



que se va a proyectar como semilla en su interior y se va a reproducir inevitablemente en aquella tierra apta y fecunda de hembra. Entonces, el gran dilema de la mujer diaguita era saber escoger al sembrador para ser fecundada por la mejor de las semillas, acogiendo y envolviendo en sus entrañas el germen de la vida y de la acción, puesto que de un modo exclusivo hace pura y fecunda la energía femenina.

Por lo expuesto, pocos hombres podían darse el lujo de tener varias “mujeres”; la generalidad tenía que conformarse simplemente con una.

En relación al mismo tema, no tenemos antecedentes históricos ni memoria colectiva que nos permitan dilucidar si los hombres al emparejarse o llevar a vivir a una mujer al hogar de sus padres debía pagar tributo al otro clan, como ocurría en otras culturas de aquella época. Tampoco tenemos información del sistema empleado para cargar los hijos; sin embargo, la tradición oral nos cuenta que, desde su nacimiento, los pequeños vivían y se desarrollaban al aire libre. De hecho, muy rara vez llegaban a enfermarse y la mortalidad infantil parece haber sido escasa, ya que en sus cementerios se ha identificado un porcentaje muy pequeño de restos infantiles.

En cuanto a las mujeres, durante el embarazo no cambian en nada su régimen de vida, continúan ocupadas en sus faenas agrícolas, ceramistas, textiles y en los quehaceres habituales del “ruco”. Sin excepción, bañan a sus hijos diariamente desde el primer día y los amamantan hasta que los pequeños adquieren la habilidad de correr por la toldearía. Desde ahí comienza la alimentación vegetal, preparada de modo especial en forma de papilla o mazamorra.

Algo que las caracterizaba de sobremanera era el baño. Lo realizaban al mediodía, completamente desnudas y rara vez solas. Por lo general, se juntaban las doncellas de los diversos clanes que formaban la toldearía en las aguas tranquilas de los remansos del río, preferentemente en un espacio boscoso que les permitiera esconderse fácilmente al ser sorprendidas. Si se trataba de un lugareño, lo invitaban a compartir sin mani-

festar el menor recato, pero si era un extraño huían de pudor a ocultarse en la espesura de los montes.

El sistema educativo, en general, enseñaba a servir a la comunidad y lograr la plenitud de su desarrollo. Cada aprendiz era, a la vez, maestro de su hermano menor y desde la infancia el hijo varón se asocia a los trabajos del padre. Este es el iniciador del hijo en los trabajos y detalles de la vida indígena; lo dirige junto a otros parientes del mismo sexo en los por menores de la caza, labrar la tierra, cosechar, criar animales, cortar madera y componerla para los distintos usos. En el caso de la mujer, la educación recaía en la madre y en mayor grado en la abuela.

Los niños no eran castigados por algún mal comportamiento o recompensados por otro bueno. Se esperaba que por sus propios actos ganaran la aprobación del clan y fueran productivos lo antes posible. Se pretendía que los niños observaran y emularan a sus mayores, fabricando trampas, implementos de labranza y caza a manera de juguete, atrapando pájaros, cogiendo frutos silvestres y plantas medicinales. Junto a las mujeres en edad fértil, eran considerados la semilla del clan y se les protegía a toda costa.

La producción de bienes y su distribución estaba rigurosamente organizada. Se preveía que cada miembro tuviera derecho a la tenencia de tierras de cultivo. Las viudas, ancianos y desvalidos eran asistidos por la comunidad. No había desamparados, los niños huérfanos eran adoptados por padres que habían perdido hijos o por sus abuelos. Nadie era humillado ni vejado. Todos tenían hogar, tierra, trabajo, alimento y vestido que les permitía vivir dignamente. Aún más, no conocían los sentimientos de envidia, mezquindad o egoísmo.

Las decisiones importantes para el bien común eran tomadas de manera colectiva a través de asambleas, donde participaban todos los miembros de la toldería que tuvieran edad para realizar trabajos autónomos. Unían fuerzas con clanes vecinos cuando había que realizar grandes trabajos públicos, como sería la construcción de canales de regadío, obra que



les permitiría transportar agua para consumo personal; así también, regar terrenos de cultivos emplazados sobre conos de deyección en quebradas, terrazas aluviales y laderas de cerros terrados.

De igual manera, muchas tareas del campo eran desarrolladas con la colaboración de vecinos, fortaleciendo valores como la solidaridad y trabajo en equipo, quedando evidenciadas en cada una de las mingas programadas para efectuar siembras, cosechas y cacerías.

Para disminuir la carencia de comida por efecto de desastres naturales u otros casos similares, tenían por costumbre guardar alimentos en depósitos comunitarios construidos bajo tierra. Asimismo, cuando alguna comunidad caía en desgracia, los demás clanes de inmediato intervenían acudiendo en ayuda. Reparaban los daños, restauraban los almacenes y restituían los alimentos perdidos. Así, en el menor tiempo, todo volvía a la normalidad. Es decir, contaban con un eficiente sistema de seguridad socioeconómica.

Si se presentaban amenazas externas o ataques, los cazadores de todas las tolдерías del valle procedían de manera organizada y colectiva a enfrentarlas. Las armas utilizadas eran dardos arrojadizos, lanzas largas, arcos y flechas, macanas, hondas, ollas con fuego en su interior y galgas. Estas últimas, piedras de gran tamaño que arrojaban desde los cerros haciéndolas rodar, de manera que arrastraban otras, generando pequeños pero destructivos derrumbes.

Las puntas de lanzas y flechas generalmente eran fabricadas en sílex o pedernal, labradas y retocadas en sus bordes, formando filos cortantes o dientes, a veces muy menudos. También hacían hermosos ejemplares en cuarzo blanco, de color y cristal de roca, que son verdaderas obras maestras.

No existían diferencias sociales o que un grupo determinado tuviera jerarquía sobre otros. Lo que sí existía era un sistema de regulación de conflictos, donde los que impartían justicia eran generalmente los más ancianos, “tatay” en len-

gua vernácula, y de reconocida sabiduría, elegidos no por virtud de una ley o decreto, ni siquiera por sus capacidades innatas, sino porque en todo momento y en toda circunstancia procedían como el padre que ejerce su autoridad con sencillez y benevolencia. Estos personajes tenían por misión hacer las paces entre miembros querellantes y dar consejo a los que concurrían en su búsqueda, pero sin mayor poder que el otorgado por las partes en conflicto; en la vida cotidiana eran otros más entre sus iguales. El área de reconocimiento como consejero o juez contemplaba las tolderías contiguas que tenían relaciones de parentesco entre sí o que solían aliarse en viajes, recolecciones, faenas de caza o agrícolas. Posteriormente fueron llamados caciques, denominación traída por los invasores de una isla en el mar Caribe (La Española), para referirse a todo individuo rico, que ejerciera influencia en la muchedumbre, de gran parentela o cabeza de linaje.

Debemos mencionar que, en 1538, la Corona dictó una Real Cédula, ordenando que cualquier autoridad indígena fuera solo llamada “cacique”, desde los más humildes jefes de bandas poco numerosas, hasta los reyes y nobles de los extintos imperios prehispánicos. Se ponía en este documento especial cuidado en prohibir el tratamiento de “señor”, que en castellano podía implicar una autoridad efectiva y un trato reverencial.

Considerando el grado de complejidad social adquirida, sumado a los abundantes recursos naturales a su disposición y ordenamiento parental que se daba al interior de las diversas tolderías, este pueblo no requería la existencia de algún gobernante. Constituía una sociedad de caseríos independientes entre sí, pero unidos por el lenguaje, creencias, costumbres, incluido el territorio trasandino, comprendiendo la parte suroeste de Salta, toda Catamarca, los valles occidentales de Tucumán, La Rioja, excepto su parte más meridional, la parte montañosa de San Juan y la región de Santiago del Estero que limita con Catamarca.

Aunque no practicaban una religión como las conocidas



hoy, honraban e invocaban a sus ancestros, cuyo propósito no era solicitar favores o perdón, más bien se trataba de un deber filial de agradecimiento, un acto de valorar, respetar y enaltecer a sus progenitores. En consecuencia, si honraban la semilla, el fruto es honrado también.

Los europeos, bárbaros, ignorantes y de pensamientos muy acotados a causa de la religión que profesaban, al conocer esta singular práctica de culto familiar, sospechando siempre la inspiración del demonio, comentaban que los indios conversaban con los muertos.

Al hablar de “ancestros”, nos referimos a los que pertenecen al sistema familiar del que venimos; estos incluyen nuestros padres, a sus hermanos, a nuestros abuelos y bisabuelos, a las generaciones que los antecedieron y a cualquier persona que hizo algo por nuestro sistema, sea esto bueno o malo. Y honrarlos, le daba a cada miembro de la comunidad una mayor fuerza interior, gran carga de dignidad, responsabilidad y sacralidad existencial. Por ello, las nuevas generaciones tendrán conciencia familiar, conocerán la historia de sus ascendientes, quiénes eran; amarán a los abuelos de sus abuelos que no conocieron y mirarán el pasado sin juzgar; solo agradecerán y darán alegría al clan. Porque la vida se impone siempre hacia adelante, con el impulso de los que ya estuvieron y en cada paso que dieran, estaban sus huellas señalándoles el sendero, en particular, en los momentos de apremio.

Tomaban solo lo necesario para el sustento familiar, no había disputa por la propiedad territorial, esta no existía, las enemistades que podrían haber ocurrido no pasaban de ser cuestiones locales provenientes de la ancestral relación humana, conflictos de orden mágico-religioso o superchería, que perduran hasta el día de hoy. No se trata de un nexo mejor o peor al actual, sino una organización social distinta, inserta en una naturaleza abundante de recursos, permitiéndoles crecer demográficamente y desarrollar en su población el característico espíritu cooperativo y de gran fortaleza.

Honraban y amaban a la Mamu Ashpa (2), entendiendo que lo que le suceda dependerá del armonioso equilibrio entre todos los seres que la pueblan y, como buenos hijos, asumieron la responsabilidad de convertirse en sus guardianes, simbolizando en el gran guanaco blanco o “Llastay”, el espíritu protector de la flora y fauna nativas, primer componente sagrado del mundo diaguita. El vocablo guanaco, en lengua cacán, es “llai”.

Desde remotos tiempos, existe la leyenda serrana de que este ser mítico no permite una cuota de caza mayor a la estrictamente necesitada por los cazadores, ahuyentándolos del lugar con fiereza y de las más variadas e insólitas maneras. Algunas veces se le puede ver transfigurado en un guanaco blanco de gran tamaño y belleza indescriptible, capaz de correr más rápido que cualquier otro animal y eludir las balas de los cazadores furtivos modernos; u otras tantas, como un solitario anciano diaguita con ojos de puma y voz poderosa. Incluso, se le atribuye la capacidad de convertirse en viento para desaparecer o pasar desapercibido entre los cazadores como, también, asistir a los montañeses extraviados o que sufren escasez de alimento, producto de alguna tormenta cordillerana, señalándoles en sueños la ruta a seguir a los primeros y dándoles la ubicación de las manadas de guanacos sin crías a los otros, para que puedan cazar lo necesario y no padecer hambruna.

Por cierto, hermosa y sentida elaboración intelectual en un entorno natural, donde se privilegia la relación entre seres animados con un sorprendente grado de interrelación.

Por otro lado, las altas virtudes del puma: actitud vigilante, ataques ágiles y perfectos; aparición veloz y huida pulcra; el largo alcance de su salto hacia arriba, necesario para tomarse el cielo por asalto, y su particular conducta sexual, al ser el mamífero que más tiempo dedica al cortejo previo y post apareamiento, hacen de este felino en la antigua conciencia

2. Vocablo diaguita referido a la Madre Tierra.



diaguita el representante de la máxima expresión de virilidad y fuerza creadora serrana. Segundo componente sagrado del mundo diaguita.

Dentro de su organización sociopolítica, el valle del Huasco estaba integrado por dos partes o mitades que distinguían el sector alto o montaños del sector bajo o costero. Cada unidad contaba con un representante o cacique, considerado simbólicamente hermano uno del otro.

Con el referido sistema de gobierno dual, los lectores encontrarán, sin ninguna duda, origen y sentido a la antigua nominación de Huasco Bajo y Huasco Alto, este último, término utilizado hasta casi finales del siglo XX, sustituido en las últimas décadas por la expresión “interior del valle” o simplemente “interior”. Debemos precisar que, en los años coloniales, estos lugares eran conocidos como Huasco Bajo de españoles al uno y Huasco Alto de indios al otro, por un singular pueblo, como lo veremos más adelante. A diferencia del primero, del otro no se guarda memoria sobre el nombre prehispánico, el que hoy tiene corresponde a finales del siglo XIX y es en homenaje a la asunción o tránsito de la Virgen María.

No vivían concentrados en una comarca. Por lo extenso del territorio, usaban varios pedazos de terrenos distantes entre sí; también realizaban desplazamientos estacionales, lo que implica control de territorios sin uso simultáneo de pisos ecológicos ni desplazamiento de grandes agrupamientos, pero sí de complementariedad de recursos entre grupos geográficamente distantes, aunque emparentados.

Tenían sentido de la propiedad privada respecto a sus bienes más íntimos: la familia y sus utensilios; en cambio, la tierra y los animales pertenecían al clan. También contaban con el recurso de la memoria; así, mediante la repetición y declamación de los hechos relevantes, lograban que estos se transmitieran de una a otra generación.

La idea mental que tenían sobre una fuerza sutil y generadora está en todo y en todas partes, no es buena ni mala,

su transformación en creaciones beneficiosas o destructivas depende de cómo es usada o calificada. El pueblo diaguita no necesita validar nada con la ciencia occidental, puesto que su espiritualidad se expresa desde un contexto ajeno a ella y si recurrimos a sus nociones, es con el simple y único fin de llegar a ser comprendidos por lectores no-indígenas, así como hacer evidente, a los ojos de los lectores diaguitas contemporáneos, los alcances formidables de su sabiduría ancestral, viviendo en perfecta correspondencia con la fuerza desconocida que mueve la evolución.

Pero esta energía también requiere de opuestos para proveer el equilibrio natural y este se produce por la convergencia de los cuatro elementos fundamentales: tierra, agua, aire y fuego. Aquello les llevaba a concebir que el medio en que se vive y convive está hecho de paridades, de opuestos y proporcionales; existe un equilibrio que se consigue según el momento y las circunstancias. Asimismo, no pedían perdón, sino rectificaban sus errores. Una de sus características más destacadas en el diario vivir fue que hay que terminar todo lo que se comienza y tiene que ser bien hecho.

Su cosmogonía estaba articulada por tres mundos: el mundo de abajo, la raíz, nada puede existir sobre la tierra si no está arraigada a ella y habría sido el puente de conexión con los antepasados; el mundo inmediato, donde todo se materializa y ocupa el tiempo de nacimiento y muerte de cada individuo; finalmente, el mundo de arriba, universo mágico y espiritual, donde todos los seres están entrelazados. Aun la inerte roca constituye un sujeto y participa de las conversaciones del microcosmos con el macrocosmos, los cuales se encuentran en perfecta correspondencia.

Un componente importante en su concepción de la realidad es que en ella convivían el mundo natural y el sobrenatural, porque asumían este último tan real y tangible como el otro.

Su conocimiento era instintivo, la razón estaba supeditada al espíritu, por tanto se espiritualizaba y dejaba de ser instrumental. Imágenes e ideas determinadas que llegaban a sus



mentes tomaban sentido y se dejaban llevar, porque eran los ancestros actuando como guías.

Tenían plena conciencia de que las cosas se revelan en la medida que crecemos o evolucionamos. El ser de un niño registra verdades del mundo distintas al adulto; el corazón oscuro de un mal cazador ignora las verdades luminosas del buen cazador; el ser de la mujer capta conocimientos válidos del mundo distintos a los que se revelan en la mente del hombre.

Concebían los lugares de asentamiento como puntos energéticos del área andina, con una comunicación directa al cosmos o universo ordenado y armónico. No tenían lugares de culto religioso ni liturgia, amaban todo, pero sin venerar a nadie. Entendían que nada es más grande o más pequeño, se sabían parte de un flujo evolutivo y estaban en este plano para ser productivos y, si se entregaban a ese propósito, la toltería con todos sus componentes podrían evolucionar hacia un estado propio mayor.

Las estaciones del año eran conocidas por peculiares señales en la naturaleza. La época del pasto nuevo y nidos con huevos empollando, primavera; la de los guanacos chicos, verano; de la grasa en los animales, otoño, y la escarcha mañanera, invierno.

Su particular conocimiento astronómico era fruto de la observación profunda y constante del cielo nocturno. Algunos astros destacados entre el manto estrellado les permitían identificar lo que hoy conocemos como puntos que guían el caminar; otros, explicaban su presencia con creaciones de fantasía referidas a su experiencia terrena. Entre ellos, la Vía Láctea y las nubes de Magallanes, respectivamente entendidas como sendero y revolcadero de guanacos; la constelación estelar conocida hoy como Cruz del Sur, tenida por representación de la huella del ñandú, la mayor ave que conocemos, no vuela pero se ayuda de las alas para correr a pie o los siete guanacos, siete estrellas que se distinguen a simple vista en los meses de estío, pertenecientes al famoso cúmulo abierto



Las Pléyades, en la constelación de Tauro. Rebaño de camélidos vigilado por el pastor, la estrella más notable del cielo nocturno y de la constelación del Can Mayor, conocida con el nombre propio de Sirio.

Agradecían sus funciones, de igual manera los fenómenos naturales, pero en ningún caso los adoraban, porque adorar significa temor a una fuerza divina, dogma que caracteriza las enseñanzas de las religiones occidentales. Sin embargo, tenían gran fascinación por los ciclos solares y lunares, cuya comprensión era fundamental para realizar buenos cultivos y satisfactorias cosechas, aprovechando adecuadamente la influencia energética del sol en las diversas épocas del año y de la luna. En virtud de lo anterior, sembraban maíz, poroto y zapallo, cuando esta última se encuentra creciente; en cambio, la papa y tala de árbol para madera en menguante.

Uno de los indicadores para predecir el comportamiento de las lluvias dentro del período anual, era la observación de lo que hoy llamamos “lucero”, denominación popular para referirse al planeta Venus, el objeto más brillante del cielo después del sol y la luna. Cuando se asienta hacia la cordillera y se muestra visible a primera hora de la mañana, será “temporada buena” o lluviosa. Al contrario, cuando se asienta hacia donde se pone el sol, igualmente visible al atardecer y durante las primeras horas de la noche, será “temporada mala” o de sequía. Para periodos más cortos, mediante la observación del comportamiento de los animales, insectos, lombrices y aves. Y para predicciones inmediatas, pongo por caso, cuando se incursiona por los contrafuertes cordilleranos y la brisa del amanecer trae consigo olor a monte húmedo, se debe buscar refugio por la pronta llegada de un temporal.

Sin embargo, a partir de la medianía del siglo XX, los que transitan por los arcaicos senderos andinos aseguran que, producto de los cambios y transformaciones acontecidas en el ámbito natural de la serranía, las sutiles señales del entorno natural que permiten predecir el comportamiento del tiempo, heredadas de los antiguos, se han tornado imprecisas.



Continuando con el asunto, en el ámbito social se regían por códigos, principios morales y éticos prácticos aplicados a la vida cotidiana, referentes que les indicaban qué hacer para vivir bien, es decir, en armonía dentro de la comunidad, donde todos los integrantes se preocupan por todos y cada individuo trataba de ser útil a la tolдерía. Lo más importante para este pueblo era el desarrollo de la conciencia colectiva y leer las arrugas de los abuelos para retomar el camino extraviado en algún momento de sus vidas.

El desarrollo de la espiritualidad se lograba viviendo en armonía con el ambiente que les rodeaba; los escenarios naturales eran las aulas donde se manifestaba la energía creadora en todo su esplendor. Los espacios domésticos, locales o familiares eran lugares amables y gustosos para todos, festejados desde “el fondo del alma” con cantos y danzas al aire libre. En ese estado pleno, no existe división de materia y espíritu, ni separación entre lo abstracto y lo concreto, ni confusión entre ilusión y realidad.

En virtud de las particularidades mencionadas, parece estar el secreto para vivir conectado a la fuente primera, porque recién hoy entendemos que el poder creativo mayor del universo surge primero en cada uno y luego fluye hacia los demás.

La muerte no se considera negativa o cese de todo, sino transformación. Cuando un anciano sentía el peso de los años sobre su cuerpo y el llamado de la Mamu Ashpa, convocaba a los hijos ante su presencia. Poniendo de testigos a los ancianos de la comunidad, impartía consejos de unidad familiar, de trabajo, de solidaridad y hacía repartición de sus bienes, derecho que, a su vez, los herederos debían merecerlo. Así y todo, era bastante común, como una manera de ahorrar molestias a sus familiares, que se aislara en la serranía, esperando con estoica resignación el final de su existencia.

El individuo que moría pasaba a ser parte del mundo espiritual y regresaba al lugar de donde surgió. Su aventura terrenal terminaba y cruzaba el puente sobre las rápidas y



rumorosas aguas del río místico de regreso al origen, llevando como vitualla únicamente la voluntad, suficiente amor y agradecimiento en su corazón.

Las sepulturas o cistas, cajas pétreas un poco más largas que el occiso, eran hechas con mucha habilidad. En el fondo de una excavación poco profunda, se colocaban piedras lajas graníticas de una altura de 50 a 60 centímetros, cercando así la sepultura por los costados, más ancha en la cabecera y más angosta en los pies, sin piso y tapadas muchas veces con una gran plancha del mismo material o de dos y tres lajas dispuestas una al lado de otra. El cadáver era depositado en toda su extensión en decúbito dorsal. Así, también, sepultados simplemente en tierra.

Desgraciadamente, estos singulares cajones funerarios pétreos han desaparecido del territorio, por encontrarse situados en lugares aptos para desarrollar labores agrícolas intensivas. Al estar a poca profundidad bajo la superficie del suelo, la maquinaria agrícola de labranza del pasado siglo las destruyó; de la misma forma, la osamenta y el ajuar funerario, sobretudo la alfarería. Si aquello no fuera todo, los mismos labriegos terminaron por destruir las tumbas, al revolver los restos óseos en busca de objetos valiosos.

El ritual fúnebre celebrado en el momento en que el alma aloja con la muerte y se apronta para el despertar del espíritu, a la entrada de ese amanecer espléndido que es la visión desnuda de sí mismo, consistía en hacer presente lo que está ausente con los componentes más significativos de su vida. Esta formalidad reafirmaba los lazos familiares, tanto con parientes de sangre como con aliados. Tenían la convicción de que el alma, hálito sutil y etéreo, una vez desprendida del cuerpo físico, no desaparece ni “se va” de inmediato, sino gusta frecuentar lugares y personas a las cuales estaba afectivamente ligada. En consecuencia, tiene las mismas necesidades y disfruta de los elementos, sentimientos y placeres que los corporalmente vivos. Así, era preciso seguir atendiendo sus necesidades para que nada le faltase, creándose, por este mo-



tivo, la costumbre de enterrar con los muertos aquellos objetos, herramientas, armas e instrumentos utilizados en vida y que caracterizaron su actividad en el clan.

Por consiguiente, a un cazador se le depositaba como ajuar flechas o lanzas, peñascos de cuarzo o pedernal; a los alfareros, una ollita, piedras de bruñir, tierras compactadas de color blanco, negro o rojo; a un metalurgo, un crisol para fundición. Desgraciadamente, otras actividades no han dejado señales; el factor climático ha destruido sus vestigios, como los que se ocupaban en las faenas agrícolas; los tejidos, constructores o los que trabajaban la madera, cestería, cueros y muchas otras más.

Durante los veintiún días inmediatos al fallecimiento, los indígenas estimaban que si nombraban al difunto por su nombre, este podía volver del mundo de los muertos por creerse llamado. Por tanto, durante ese período no hablaban jamás de él pronunciando su nombre; empleaban solamente alusiones como, “finado”, “difunto”, vocablos impersonales que hasta hoy son utilizados. Pero en su concepción del mundo, los espíritus de los muertos seguían siendo parte de la comunidad y como tales, por medio del poder de los sueños o la intervención del curandero, se hacían presentes cuando se les requería, en especial, para que ayudasen en trabajos de gran envergadura.

Viviendo en estado natural, solían desarrollar una mayor sensibilidad a estímulos provenientes del “otro mundo”, conocidos en el campo normativo por estados alterados de conciencia, adquiriendo información por medios diferentes a los captados por los órganos de los sentidos e interpretando ciertas situaciones como anunciadoras de la presencia de la muerte en el lugar, entre las cuales podemos citar: cuando el chuscho amparado en la oscuridad de la noche canta en los alrededores de la tolдерía o al escuchar el lastimero y prolongado aullido de un perro.

Como es natural, producto del intenso trabajo físico y una adecuada alimentación, la salud de la población fue óptima,



aún más, contaban con un instinto serrano para encontrar, dentro de su medio circundante, todo cuanto necesitaran para tratar alguna dolencia física, por cuanto cada miembro de la comunidad tenía la habilidad de automedicarse, empleando simplemente elementos del entorno natural. Solo en casos de enfermedades poco convencionales solicitaban ser asistidos por un “especialista”.

El vocablo original para referirse al especialista o encargado en prevenir y tratar la salud física y del alma de individuos, familias e incluso en su conjunto, era “kalku”, término casi perdido en la tradición oral. Los más antiguos, por uso y costumbre, utilizan el término “yatire”, tomado en tiempos de la Colonia de la región altiplánica, también caído en desuso. Hoy se utilizan las palabras “curandero”, “yerbatero” o “chamán”.

Este singular personaje estaba plenamente integrado a la comunidad; no se comportaba como alguien superior o extraño al grupo. Conocía los protocolos, cánticos y rituales como líder espiritual; era consejero y médico asistente; poseía conocimiento de las propiedades curativas de las plantas serranas.

Su dignidad era otorgada y transmitida por herencia, de una generación a otra y, ocasionalmente, por vocación. En ambos casos, designada por fuerzas sutiles donde participaban reconocidos antepasados del clan, con posterioridad ampliada de manera ecléctica, sobre la base de su experiencia y preparación personalizada por el curandero guía.

Muy escasos son los datos que existen en la tradición sobre tratamiento de enfermos pero, por lo poco que hemos podido rescatar, el método de sanación se basaba en la convicción de que todos los movimientos energéticos no convenientes producidos a nivel del alma, se traspasan al cuerpo enfermándolo y este personaje ejercía su arte reparando los vínculos rotos o emociones desequilibradas, algunos de manera inmediata, otros, en menos de dos plenilunios, lapso conocido posteriormente como cuarentena.



El proceso terapéutico se dirigía a la causa profunda de la enfermedad, restaurando la integridad de aquella energía que verdaderamente anima al ser y de la cual el cuerpo no viene a ser más que una réplica, una manifestación material de aquella. Eso nos sugiere que la alteración o desajuste físico expresado en una dolencia o disfunción, no reside propiamente en el órgano alterado, sino en ese doble etéreo responsable de sostener la vida. Estas fuerzas no son convenientes al provenir de otro lugar distinto a la vital unificadora y de claro efecto adormecedor de la voluntad. Por lo tanto, los cuerpos exógenos (¿tumores?), ubicados en algún órgano de sus anatomías, no serán otra cosa que materializaciones que el propio individuo gestó inconscientemente, dada su precaria armonía y ausencia de una mente consciente, capaz de impedir el accionamiento de fuerzas extrañas. Energía sutil, incorrectamente llamada por el diaguista moderno como “mal”.

En un proceso de sanación llevado a efecto por el curandero, el sonido seco y profundo del tambor armonizaba y abría camino para que la energía reparadora se hiciera presente; este le informaba el propósito y ordenaba al enfermo armonizarse con la Mamu Ashpa. A continuación, agitaba en el aire plumas de cóndor para que el espíritu del ave se llevara lo que el cuerpo del consultante no necesitaba y la aspersión con agua florida ayudaba a silenciar su mente; así se desestructuraba cualquier intento de racionalizar el protocolo de curación.

Hoy, con nuestro conocimiento y experiencia en sanación holística, podemos afirmar que aquel ritual correspondía a un evento de transferencia energética cuántica para eliminar bloqueos.

Las plumas de cóndor utilizadas por el curandero eran aportadas por cazadores escogidos del clan, aplicando una antigua técnica de captura. Con gran respeto y solemnidad, el selecto grupo de cazadores sacrificaba un auquénido herido o viejo en las orillas de la Laguna Grande, lo cubría con gran cantidad de sal y se ocultaba entre las matas de pingo-pingo,

cubierto con pieles de guanaco o puma. La majestuosa ave carroñera muy pronto se hacía presente, debido a su vista extraordinariamente aguda y se abalanzaba sobre la presa. La carne salada le producía sed excesiva, llevándola a beber de la laguna gran volumen de agua que, sumada a su característica de comer hasta saciarse, le provocaba como consecuencia exceso de peso que le impedía volar, situación aprovechada por los cazadores para salir del escondite, capturarla y quitar las plumas requeridas, para luego ponerla en libertad.

Esta ave, “candei” en lengua cacán, que recorre el espacio aéreo bañado de sol sereno con las alas desplegadas describiendo grandes círculos, corresponde al tercer componente sagrado en el mundo diaguita, representante del mundo espiritual que “todo lo ve”. Además, de aquella contemplación mística ejerce un papel de la mayor importancia en el ecosistema: mantener la serranía libre de cuerpos en estado de putrefacción.

Este buitre andino no es un ave de rapiña, ya que sus patas no son prensiles; sin embargo, son bastante robustas y con dedos fuertes, pero de uñas romas relativamente débiles. Fueron los ibéricos que equivocadamente sostuvieron, desde los primeros tiempos de la invasión, la creencia de que era un pájaro dañino, capaz de robar niños pequeños o animales de los ganados.

Uno de los “kalku” o “yatire” de mayor renombre que ha existido en el valle del Huasco, fue Paypullan. La tradición oral nos señala que era una mujer de edad indefinida; nadie de sus contemporáneos conoció verdaderamente su edad. Habría nacido probablemente en los alrededores del lugar llamado en la actualidad Quebradita. Sin importarle su lugar de origen en donde debía ejercer su habilidad, recorría el valle con sus rincones, llevando bienestar a los numerosos clanes.

Poseía gran poder de control sobre los elementos de la naturaleza, motivo que llevó a los ibéricos a temerle de sobremanera, entre ellos el gobernador Ambrosio O’Higgins, en los días de su incursión a la toltería de Paitanas. Uno de sus



tantos “dones” consistía, utilizando solo el pensamiento, en levantar y arrojar gran cantidad de piedras a la vez, con mucha precisión y del tamaño capaz de hacer caer un jinete de su cabalgadura.

Aquella extraordinaria habilidad de Paypullan llevó a los invasores a capturar y torturar un yatire de menor jerarquía, hasta obtener la información que causaría desdicha a la venerable mujer. Para contrarrestar su poder, debía ser poseída por un hombre impuro.

En consecuencia, fue apresada y violada reiteradamente por la soldadesca en el transcurso de un fatídico día. Luego de ser acusada de brujería, fue atada a un algarrobo, el árbol sagrado del pueblo diaguita, para ser quemada viva en el infame fuego purificador de la hoguera, en el mismo lugar donde hoy se alza la iglesia San Ambrosio de Vallenar.

Asimismo, antes hubo otro poderoso yatire en la costa, cuyo nombre era Hayahueco. Utilizaba como instrumento de sanación conchas de mar, portadoras de la carga energética de aquel gran cuerpo de agua, elemento relacionado con la pureza y la vida espiritual. Las conchas pequeñas las utilizaba en la fabricación de collares de protección personal y en el tejido de móviles para ser colocados en la puerta de las chozas, con el fin de ahuyentar los “malos espíritus”.

En el Huasco Alto, contemporáneo al primer contacto europeo, existió el valeroso yatire Ango Pango. La tradición oral nos cuenta que en lenguaje vernáculo su nombre quiere decir “espíritu del agua”, probablemente aludiendo al “talento” de hablar con ella y provocar lluvia en años de necesidad.

Como elemento de sanación utilizaba cristales de cuarzo aurífero. Según su concepción, este mineral era simplemente agua cristalizada. En tiempos contemporáneos, impronta química dejada por la evolución como presente por la capacidad de detectar nuestras frecuencias energéticas y alinearlas. Colocando las vibraciones positivas por encima de las negativas, el trabajo de sanación se centra en curar el aura y equilibrar



los centros energéticos y fomentar el amor.

La intensa búsqueda realizada por los invasores en su contra, se debió a la ambición desmedida por la obtención de oro. Era, además, conocedor de lugares en la serranía donde se encuentran grandes depósitos del codiciado mineral.

Infructuosa resultó la búsqueda por la soldadesca; nunca fue encontrado. Como buen diaguita conocía cada rincón de la serranía donde ocultarse. La tradición también nos cuenta que, antes de buscar refugio, trasladó a un lugar desconocido, aun para los clanes, un cuantioso cargamento de oro. La tradición oral a este respecto está fragmentada: unos dicen que fue a la quebrada La Plata, de ahí provendría su nombre; otros, a la quebrada Pinte, la mayoría en ambas. Sea donde fuere, este valioso y sagrado cargamento, contenedor de la energía sutil de varias generaciones diaguitas, no nos merece ninguna duda que está y seguirá oculto bajo la protección de los kalku o yatires que partieron de este plano de existencia y hoy decoran el oriente eterno.

Las mujeres parían en sus hogares por medio del parto vertical. La parturienta tomaba una posición perpendicular al suelo, de rodillas o en cuclillas, con sus muñecas sujetas a una o dos cuerdas pendientes del techo; le introducían plumas de gallina negra por la boca, para provocar arcadas y por ende pujos. Algunas veces era necesario aplicar el “manteo”, acción de colocar a la mujer sobre una manta meciéndola hasta lograr ubicar al bebé en posición de parto. En general, el proceso era dirigido por una partera y asistido por mujeres de la familia. Este singular sistema de alumbramiento condensa todo el concepto de maternidad indígena; no solo refiere un hecho participativo familiar y comunitario, sino que permite, a la vez, que el nacido sea investido por la energía de los tres mundos que formaban su cosmovisión serrana. Finalmente, la placenta era enterrada.

De esta manera, las parteras aprendían el oficio asistiendo a sus familiares y vecinas. Del mismo modo, las sobadoras desarrollaban sus habilidades al tratar los problemas mús-



culo-esqueléticos primeramente de algún miembro familiar, ganando prestigio cuando sus habilidades trascendían el ámbito inmediato y la comunidad comenzaba a reconocer su competencia en aquel campo.

Una de las características sociales más destacadas de las mujeres consistía en visitarse unas a otras, llevando consigo labores menores para continuar trabajando en ellas mientras charlaban. Las visitas jamás se hacían sin llevar alguna prenda o un canasto de alimento como presente. Posteriormente, en la época colonial, aquella buena práctica fue imitada por mujeres criollas y españolas.

La vestimenta habitual del hombre consistía en una camisa sin mangas ni cuello, que llegaba hasta poco más arriba de la rodilla, ceñida a la cintura. En la época fría, llevaban encima un poncho cuadrado que les cubría desde los hombros hasta media pierna. El calzado era elaborado con talones de guanaco, en una sola pieza amplia formando suela, cuyos extremos se levantan a los lados y, por delante, cosido a otra pieza que hace de empuje.

El cinturón eran dos correas de cuero o cuerdas de fibra textil, crin o tendón de animal, en cuyos extremos se sujeta un receptáculo flexible desde el que se dispara una piedra natural redondeada de río a manera de proyectil, alcanzando gran distancia y poder de impacto. En las hábiles y entrenadas manos de los pastores, era muy efectiva como arma disuasiva, contra el ataque de pumas y zorros a los rebaños de camélidos al pastar en la serranía; asimismo, por los labriegos, para espantar aves y animales que asolan las plantaciones nuevas.

En tiempos históricos, esta arma con un amplio espectro espacial y temporal, es conocida como honda. Su nombre en lengua vernácula lo desconocemos; solamente ha permanecido en la tradición oral la denominación quechua “waraka”.

Las mujeres, al igual que los hombres, utilizaban una camisa sin cuello y sin mangas; además, un manto grande que

les enfundaba desde los hombros hasta los tobillos, anudado al cuello o lo prendían con alfileres grandes de cobre, cuyo remate era ancho y tableado; en su defecto, de hueso o espina de cactus. Encima se ponían otra manta más pequeña, cubriéndoles desde los hombros hasta la corva y la prendían sobre los pechos por los mismos medios anteriores. Llevaban sobre la frente, sujetando el cabello suelto o trenzado, una cinta o huincha. Se amarraban la cintura con una faja ancha y larga, con la que daban muchas vueltas al cuerpo. Su calzado era como el de los hombres.

En ambos casos, las prendas de vestir eran holgadas, permitiéndoles desempeñar con facilidad las actividades correspondientes al diario vivir. Sin embargo, por lo regular, durante gran parte del año, el hombre cubría los genitales con un taparrabo y la mujer lo hacía con un cobertor púbico o especie de falda, llevando ambos el torso desnudo. De igual manera, los niños y las niñas generalmente andaban casi desnudos, cubiertos solo sus partes pudendas con taparrabos pequeños.

La ropa de vestir, mantas u otras prendas del hogar, eran confeccionadas por las mujeres de la familia en los tradicionales telares de cintura y suelo, con algodón o fibra de camélidos, en especial vicuña, lana muy estimada por su finura para realizar trabajos delicados.

Si la ropa de vestir o cualquier otra prenda se le rompía, no a causa de vejez sino por accidente o se quemaba por alguna chispa de fuego u otro percance semejante, la cosían con una aguja hecha de espina y hebra de hilo del mismo color y del mismo grosor empleado en la prenda, de manera que, hecho el remiendo, parecía no haber sido rota. Y aunque fuese la rotura del tamaño de un puño o mayor, la remendaban sirviéndose como bastidor la boca de un cántaro o de una calabaza partida por la mitad, para que la tela estuviese tirante y pareja.

Por otra parte, la hora de la primera comida era por la mañana, cuando la naturaleza había desplegado todo su po-



der y el paisaje era un escenario monumental; la siguiente al atardecer, en el momento cuando el sol deja de jugar con el brillo de las piedras. Los alimentos se consumían en el hogar de manera familiar, alrededor del fuego, de forma lenta, con tranquilidad y en medio de risas y bromas.

No hacían más comida que estas dos; en raras ocasiones, se servían algún alimento al mediodía, cuando pastoreaban o trabajaban la tierra. El alimento ingerido era liviano, pero de alto valor nutritivo. Esta vieja costumbre la vemos hoy utilizada por arrieros en los viajes a la alta cordillera. El beber fue distinto; no ingerían bebidas alcohólicas mientras comían, pero después, según las circunstancias, podían beber hasta el anochecer.

Como hemos dicho antes, desarrollaban una vasta actividad de pastoreo de guanacos y vicuñas en forma doméstica para la dieta de consumo. Aun así, realizaban cacería a las manadas serrinas cada tres años, porque durante este período la lana ha logrado el máximo desarrollo y, en general, los animales han tenido el tiempo suficiente para multiplicarse.

De ahí que, para respetar este ciclo natural, tenían varios cazaderos llamados “chacos”, de manera que en cada temporada cazaban en tierras donde las manadas habían cumplido el tiempo de protección, período de prohibición conocido en la actualidad como veda.

El trabajo comunitario para la ocasión, conocido hoy como rodeo, consistía en atrapar un gran número de camélidos sin abatirlos. Los cazadores conformaban una gran cadena humana, desplazándose a través de las quebradas hasta cercarlos; también se incluía el concurso de las mujeres y la colaboración de perros, que desde cachorros eran adiestrados para esta faena. Luego de una captura selectiva mediante lazadas, eran trasquilados y algunos beneficiados para aprovechar la carne como alimento comunal durante los días que durara la faena. Después del esquila eran liberados para continuar reproduciéndose. Tenían el cuidado de tomar solo lo que necesitaban para no contraer deuda con la naturaleza.



Antes de emprender una gran tarea o cualquier actividad trascendente, invocaban a los ancestros como intermediarios con el mundo espiritual, a modo de efectuar una transacción energética sagrada. Es decir, “yo doy, tú me das, en reciprocidad y justicia serrana”.

Tenían la certeza de que, en definitiva, todo se paga, todo se devuelve, por más que superficialmente se crea que no se entregó nada a cambio de lo cedido o de lo tomado. Muchas veces, el cobro de la naturaleza que se compensa a sí misma, llega de un modo inusual.

Reanudando el tema, la tradición oral cuenta que, para esta operación, venían los diaguitas catamarqueños, uniéndose familias de ambas vertientes cordilleranas en una gran fiesta sobre las cumbres andinas. Presumiblemente, aquello habría dado origen a la creación de las diversas construcciones pétreas emplazadas en la vasta cordillera.

Las incursiones de gente por ambos lados del macizo andino debieron ser frecuentes y numerosas, como siempre lo ha mencionado la tradición oral, interrumpidas únicamente cuando las nieves del invierno cerraban los boquetes cordilleranos. El historiador Tomás Guevara, en su obra Historia de Chile, publicada en 1925, hace referencia a que en una incursión de indígenas chilenos al valle Yocavil, hoy Santa María, en el centro este de la provincia argentina de Catamarca, fue tan importante el número de miembros en la expedición que algún cronista de la época la confundió con una invasión de Occidente.

Con respecto al “mejor amigo del hombre”, mencionado anteriormente como de gran ayuda en los rodeos, muchos sostienen que en esta tierra no había en la época prehispánica. Pero, sin duda, estos nobles animales ingresaron compartiendo la vida de los primeros hombres llegados al valle. La tradición oral lo describe de tamaño mediano, con el pelo largo y crespo, de color blanco o canelo, de piernas cortas, nariz aguda, cola enroscada y, generalmente, de ojos legañosos. Por cierto, hasta hoy ha tenido muchos cruzamientos; sin em-



bargo, no son poco frecuentes los ejemplares de esta raza en cuestión que vemos en la parte alta del valle, a pesar de que casi desaparecieron después del contacto europeo, debido a la introducción de otras razas caninas que trajeron nuevas enfermedades, diezmando a la población perruna local.

Es imposible continuar por la historia del Huasco indígena, sin dejar de mencionar algunas características de las piezas de caza preferidas del diaguíta. El guanaco, animal serrino de la familia de los camélidos, tiene el pescuezo largo y parejo, cuyo pellejo desollaban y lo sobaban con aceite del cerebro del mismo animal hasta ablandarlo y con ello hacían, como lo mencionamos anteriormente, el calzado que utilizaban. Tenían la precaución de descalzarse al pasar arroyos y en tiempos de lluvia intensa, porque el cuero mojado pierde la dureza y toma la textura de una tripa.

Con la “tripa gorda” o intestino grueso elaboraban bolsitas para la conservación de pequeños productos, como tendones o grasa para ablandar estos mismos. No es improbable que, asimismo, fabricaran otros objetos sencillos de uso corriente para alguna aplicación que nos es desconocida.

Junto con aprovechar su carne y lana, haciendo hermosos tejidos, lo utilizaban también para transportar pequeñas cargas, máximo treinta kilos, y la jornada de exigencia era de no más de doce kilómetros por día.

Cuando se cansa, se echa en el piso y no hay manera de levantarlo, aun cuando le quiten la carga. Si se lo exige en demasía, estira en alto el largo pescuezo, arquea la cola y echa atrás ambas orejas; con esfuerzo muscular, hace subir las hierbas a medio digerir que contiene su estómago y mediante soplo energético arroja o escupe contra el instigador un tipo de proyectil mucoso y olor desagradable, procurando alcanzar el rostro antes que otra parte del cuerpo, con una precisión impresionante.

Su carne es tierna, sana y sabrosa; la de sus crías de cuatro o cinco meses era prescrita por los curanderos para ser



consumida por enfermos en tratamientos prolongados. La bosta era empleada como fertilizante y material de combustión; además, cernida y diluida en agua, aún es utilizada por arrieros para contrarrestar el mal de altura o puna.

Al bezoar o cálculo gástrico que se forma en el estómago de estos animales, le atribuían poder cicatrizante de heridas, cura de enfermedades de la vista; lo ingerían pulverizado para aliviar el dolor de estómago, aunque era más requerido por el efecto que tendría sobre el estado de ánimo de quienes lo portaban. Hasta fines del siglo XIX, todavía les solicitaban a los arrieros estos voluminosos cálculos llamados comúnmente “piedras de guanaco”. Igualmente, patas de macho para utilizarlas como elemento de masaje en el tratamiento y cura de la parálisis facial, síndrome agudo o debilidad muscular en un lado de la cara, conocido tradicionalmente como “hora”.

En la cotidianidad son rutinarios o, mejor dicho, sistemáticos, menos cuando se ven perseguidos; entonces dejan los senderos y se empujan con suma presteza, sin traspíe, a las más escarpadas rocas. Andan a paso lento y comiendo sin cesar; siguen los caminitos que sus antepasados han marcado en las subidas más recias, sendas perfectamente señaladas que no logran borrar los inviernos.

En particular, se desplazan por la falda de los cerros. Allí forman en el día de hoy rebaños de diez hasta cincuenta cabezas, entre hembras adultas y jóvenes de uno u otro sexo, y bajo el dominio absoluto de un líder. En épocas pasadas, las manadas deben haber estado compuestas de muchos más ejemplares. El hecho es que hasta finales del siglo XIX, tal vez más cerca de nosotros, abundaba tanto el guanaco que los abuelos cuentan haber visto, a la vera de los caminos, grandes manadas sin que manifestaran mucha sorpresa, porque aún no eran tan inhumanamente perseguidos.

El revolcadero es público y se aprovecha en momentos con orden determinado. A la salida y puesta del sol, el caudillo de la manada, comúnmente llamado “relincho”, empieza el ejercicio higiénico de revolverse en el polvo y después de él,



toda la manada; uno tras otro, sin atropello ni pretensiones de primacía se revuelcan en el preciso sitio que pronto forma una pequeña cavidad. Estos revolcaderos los utiliza cualquier manada o individuo que los encuentre a su paso.

Así también son los defecaderos, presentándose como un paradero obligado para cualquier rebaño o guanaco solitario que camine por el lugar. Cada cual excrementa en el montón general que, a la vez, llega a ser muy considerable, práctica cuyo objetivo es conservar limpios los pastos serranos.

El “relincho” es el responsable de la dirección y defensa del harén nómada. Tanto en los apacentaderos como en los descansaderos vigila constantemente todos los contornos con ojo avizor y al descubrir la presencia de algún enemigo da un balido especial, también llamado relincho, que pone sobre aviso a toda la familia, la cual se presta a huir. Si da un segundo balido, hembras y jóvenes emprenden fuga veloz, cubriendo la retirada general, dispuesto a recibir los primeros golpes del perseguidor. La agudeza de su vista y lo desconfiado de su astuta experiencia, le ayudan de manera significativa en su responsabilidad como líder.



Fotografía de guanaco, camélido silvestre.

El dominio de la manada es totalmente indivisible. Los machos que no han logrado atraer compañeras viven en hatos dispersos y vagos o aislados y errantes. Tan pronto como los machos jóvenes demuestran pretensiones conquistadoras, su mismo padre los expulsa a viva fuerza con mordiscos, patadas y los persigue hasta considerable distancia del rebaño. Si más tarde regresa, esperanzado en sus juveniles bríos y en su buena estrella, traba una lucha parricida que dirime las aspiraciones y los derechos del imperio. Lo propio sucede si, en el vagabundear por la serranía, se produce el encuentro, o de otro grupo ya constituido, o de algún macho solitario reclamando el poder. Mientras el harén pasta indiferente, sin preámbulo ni ultimátum se sueltan ambos en un encarnizado combate cuerpo a cuerpo, en que forcejean todos los músculos de cada luchador y en medio de gruñidos, salivazos, intercambian coces terribles. A dentelladas se despedazan los labios, orejas y mejillas; enlazan sus alargados cuellos y hacen palanca uno en otro, tratando de derribarse mutuamente. Cuando cae, por fin, uno de los combatientes, el otro lo patea con insaciable furor y no termina el duelo hasta que uno, y a veces ambos, quede tendido, sangrando y completamente agotado, o vaya a rodar, al empuje del vencedor, por las pendientes de las montañas o las asperezas de un precipicio.

De este modo, coronado de heridas, el glorioso triunfador se señorea de las dos manadas fundidas en una y conserva el imperio hasta que una derrota le arrebathe el reinado.

Por su parte, la vicuña, animal mamífero más pequeño en relación al guanaco, pero de la misma familia, frecuenta lugares elevados, fríos y secos, y desciende rara vez por debajo del límite de las nieves altas. Al igual que su pariente, tiene las patas largas y delgadas, terminadas en almohadillas, aptas para caminar sobre varios tipos de superficie, incluso pedregosa. No hay diferencia visible entre el macho y la hembra, aunque el primero puede ser un poco más grande; es posible diferenciarlos por su comportamiento.

Ocupa territorios bastante fijos a lo largo del año y, por lo



general, desarrolla allí todas sus actividades, cuyos límites están demarcados por pilas de estiércol comunales o estercoleros que, además, sirven para la orientación de los miembros jóvenes del grupo familiar. También cuenta con lugares de baño de polvo o revolcaderos en los que empolvan el particular vellón, generándose un colchón de aire, volviéndolo más aislante a las bajas temperaturas, evitando al mismo tiempo el apelmazamiento de la preciosa y delicada lana. La zona geográfica familiar en particular, en la cual las hembras son atraídas por un macho territorial, posee un dormitorio en el sector más alto, un lugar de alimentación ubicado en una elevación más baja y una fuente de agua. A diferencia del guanaco, que subsiste a base del líquido vegetal, las vicuñas no solamente escogen plantas suculentas, también necesitan beber agua a diario.

Volviendo al tema que nos ocupa, si bien la necesidad e importancia del alimento cárneo para el suministro de proteínas debe ser indiscutiblemente reconocida, no lo deben ser menos otros requerimientos fisiológicos en procura de conseguir un adecuado balance dietético. Por una suerte de sapiencia natural, como también milenaria, realizaban intercambio de productos con otros clanes asentados en la parte baja del valle que, además de la agricultura, tenían la pesca como actividad secundaria dentro de su ámbito económico.

Los grupos costeros no eran marinos avezados, si se los compara con otros grupos étnicos marítimos del sur austral. Fueron más bien pescadores de orilla; sin embargo, en sus embarcaciones de cueros de lobo marino inflados, mamífero muy abundante en la zona costera hasta el día de hoy, recorrían fluidamente el litoral. Además de pescar y extraer locos y lapas de los roqueríos, cogían algas marinas como cochayuyo y luche. Pero tenían una interesante manera de capturar un marisco llamado macha.

Iban grupos de mujeres y niños a las playas del litoral para cogerlas, aprovechando las mayores bajas de mareas en los ciclos lunares. Se quitaban la ropa y se internaban en el mar



lo más lejos posible de la playa; cuando el agua les llegaba a la altura de la cintura, revolvían con los pies la arena del fondo hasta encontrar el molusco y lo recogían hábilmente con los dedos de los pies. Mientras realizaban esta maniobra, ponían gran atención a las olas y cuando veían venir una alta y encrespada, corrían apresuradamente a tierra firme con gran algarabía, evitando ser golpeados por ella y, posteriormente, envueltos con la espuma de la resaca.

Disponían de un conocimiento acabado sobre la potencialidad natural de su territorio y tenían una denominación para todo paraje que mereciera ser identificado por alguna razón o circunstancia. La memoria colectiva conservaba y transmitía, de generación en generación, la valiosa información que daba cuenta de la variedad, ubicación territorial de alimentos u otros elementos, de la oportunidad en que podían conseguirse, del tiempo y forma en que debían explotarse.

El método para dar aviso de peligro, convocatoria, fallecimiento o nacimiento a los miembros del clan dispersos por la serranía y tolderías vecinas, era haciendo ahumadas de día o llamaradas de noche. Para ello buscaban un lugar lo suficientemente elevado y encendían una hoguera en la que se iba entremezclando hierba, ramas y hojas de diferentes tipos, unas secas y otras humedecidas, lo que hacía que, según lo que se echase, el humo tuviera diferentes tonalidades de gris y formas. Sobre las llamas, dos nativos sostenían un poncho tensándolo por los extremos mientras lo movían de arriba abajo y otro de los nativos se encargaba de avivar el fuego e ir echando las diferentes hierbas, con el fin de crear los diferentes mensajes codificados en forma de nubes de humo o llamaradas por la noche.

A pesar de su vida dedicada al trabajo, también existía una fuerte vinculación al disfrute. Para ello, la música y los juegos formaban parte de su esencia cultural. Con mucha regularidad, cuando todos los integrantes de la familia estaban reunidos junto al fuego, después de degustar la comida preferida, hombres y mujeres danzaban saltando en alto y cayendo en



genuflexión, al son de flautas de caña (pincuyo) o de pan de cuatro voces hechas de piedra talcosa y tambores.

El canto era monótono y de interminable repetición del mismo texto, pero daban variación a la entonación con diferentes voces. El excelente oído de los actuales comuneros y su asombrosa facilidad en el aprendizaje y ejecución de los instrumentos musicales, guitarra y acordeón, son sin duda una herencia racial. Es de lamentar que los antiguos cantos se hayan perdido por completo.

De igual manera, había momentos de recreación familiar con un variado repertorio de juegos, cuyos objetivos y características generales, según recuerdan los comentarios de sus abuelos, los más ancianos hoy, no diferían sustancialmente de los pasatiempos de las décadas pasadas.

Con la chala de maíz, entrecruzándola y atándola, formaban una pelota blanda y ligera, para ir pasándola solo con golpes de palma de mano entre uno y otro jugador. Perdía el que la dejaba caer al piso, juego que se asemeja mucho a lo que hoy se llama “La Quemada”. En ocasiones, era utilizada como pelota una vejiga de camélido inflada, órgano muscular con forma de bolsa, que en los siglos venideros fue sustituido por el de vacuno, muy recurrido como sustituto del oneroso balón de fútbol tradicional en mis días de niñez, cuando todavía no conocíamos la pelota de material plástico.

En el caso de los niños, sus entretenimientos consistían en imitar, tomar como modelo a los demás seres de la naturaleza o a los padres. Sus juguetes eran miniaturas de los utensilios de uso común en los adultos, como hondas pequeñas, similares a las que usaban estos últimos para cazar animales. Así practicaban el oficio y aportaban a las tareas de la comunidad; lo mismo ocurría con elementos para labranza o pastoreo. A cierta edad recibían una cría de camélido, gesto que tenía un doble carácter: lúdico y de formación. No era una mascota, sino un animal al que debían poner nombre y cuidar, incentivando al pequeño para ir formando su propio rebaño.



Las niñas jugaban a las “visitas” o con muñecas fabricadas por sus madres, de lana, barro o madera. Además, recibían desde edad temprana piedras perforadas de distintos colores para ir confeccionando un collar, que completaban cuando alcanzaban la etapa de doncella.

A este respecto, podemos conjeturar que algunos juegos conocidos el pasado siglo, también eran practicados por quienes habitaban el territorio antes de la llegada de los europeos. Unos son parecidos a otros que tienen orígenes muy diversos y que se han expandido en todo el mundo. Los juegos están presentes en la vida de los humanos desde sus inicios; por ello, a veces, es muy difícil establecer un origen único. De alguna manera, muchos se desarrollaron paralelamente en distintos puntos del mapa, teniendo principios muy parecidos e incluso hay tan antiguos y esparcidos por distintas partes del globo, que no se puede establecer su origen, como ocurre con el juego de los dados o el trompo de madera o arcilla.

En este contexto, los primeros españoles llegados a esta tierra, según establece la tradición, se encontraron con una fiesta singular de agua y danza celebrada por los diaguitas. A esta expresión tradicional se le conocía como challa, “agua de rocío” en lengua vernácula, y se debía a una antigua leyenda serrana que nos cuenta:

“En la madurez del verano, una hermosa princesa dolida de tristeza por su amor no correspondido desapareció en las montañas convirtiéndose en nube, nube que cada año vuelve para alegrar la tierra y en el amanecer del día se posa en forma de rocío sobre los pétalos de las flores del campo”.

El relato precedente, con explicables diferencias, se encuentra también en la mitología de otros pueblos del área andina, lo que permite entender que sus elementos descriptivos esenciales integran un patrimonio ancestral común, cuyo



origen se pierde en la noche del tiempo y los historiadores nacionales han hecho desaparecer, pero no se ha perdido de la conciencia popular.

Con el transcurso del tiempo, se produjo un sincretismo cultural entre esta festividad con clara muestra de culto a la naturaleza, a la época de calor, de las buenas cosechas y a una determinación ecológica del tiempo humano que se alegra y agradece los períodos de abundancia, con una celebración de antigua tradición europea como era la saturnal romana, que llegó a América asociada a la festividad católica para dar espacio a prácticas no cristianas, fiesta situada en tiempos de carnaval.

No existen crónicas que nos permitan reconstruir con fidelidad esta fiesta en los pasados siglos, pero la tradición oral e imaginativa de los abuelos nos señala que consistía en el abandono de la compostura para sumergirse en la desatada fuerza de la naturaleza o de sus frutos, mediante juegos consistentes en arrojarse agua de las acequias, tierras de color “y otras cosas más”. Eran los días de las bromas pesadas, los días en que nadie se enojaba o los días en que todos se sentían niños.

Finalizados los tres días de alegría y locura, los diaguítas volvían a su cotidianidad, quedando la fiesta carnavalesca postergada para la vuelta de año. Sin embargo, al avanzar y afianzarse el nuevo Estado republicano, las autoridades la prohibieron de todos los lugares públicos, con la falsa justificación de hacerlo en aras de la “cultura y la decencia”. Molestaba a la élite burguesa ver mujeres en correrías con el pelo suelto y enmarañado, los pechos jadeantes, brazos desnudos, con los vestidos a media pierna empapados de agua y unidos a la carne, dejando ver sus delicadas formas.

A pesar de la pretendida prohibición, el carnaval persistió en el tiempo, pero bastante limitado, solo se “challaba” con pétalos de flores, agua florida y papel picado. Aun así, se le consideraba inmoral. Ahora se argumentaba que tenía un marcado sentido erótico, provocado por la utilización de



la fragante albahaca, los papelitos de colores y los perfumes.

En la cuna del pueblo diaguita, suelo inmortal de los antepasados de la Comunidad Chipasse Ta Tatará y lugar de nacimiento del autor, antes de concluir el anterior siglo, el carnaval como momento de jolgorio mutó; bien pudo ser realizado en un espacio de tiempo diferente al precedente a la cuaresma, disociándose de su anterior significado y dejando como herencia la “Fiesta Huasa de El Tránsito”, celebración de estilo costumbrista impulsada por el Club de Huasos del valle y realizada en el penúltimo fin de semana del mes de febrero de cada año.

El esquema musical es mantenido durante largos períodos, en donde se observan sutiles variaciones en cuanto a la manera de tocar. Para un espectador ocasional, este sonido puede resultar disonante y monótono; para los ejecutantes son de una calidad estética insuperable y profundamente arraigado en su vida.

Los brincos que acompañan aquella música pura, son como saltos de niño tratando de complacer y congraciarse con su madre. Estos cándidos danzantes no brincan para sí, sino para alguien fuera del entendimiento racional.

La combinación de danza y música de baja frecuencia, con gran espectro armónico, es un medio para alcanzar un estado de conciencia que el pueblo diaguita estableció para relacionarse con el mundo sobrenatural, estado mental en donde se cambia drásticamente la percepción del universo y surgen sentimientos de unión cósmica y revelaciones fundamentales, permitiendo unir, de esta manera, lo sagrado con lo profano. Existe una abismante diferencia con el pensamiento occidental, en el cual lo religioso es solo divino, sin dar cabida a lo humano, idea completamente opuesta al entendimiento diaguita, en donde lo humano y lo divino forman un todo indivisible.

Su antigüedad no podemos precizarla. Los procesos sociales y culturales en esta tierra tienen inicios difusos. Por otra



parte, no existen registros en libros o documentos parroquiales; solamente tenemos la tradición oral que da cuenta de una larga data. Posiblemente, comenzó con la evangelización promovida por la Iglesia Católica para fomentar la devoción a sus imágenes religiosas, como una forma de reemplazar las tradiciones locales. Una cuestión más formal que de fondo, de modo que los contenidos y significados de la doctrina no necesariamente se correspondían con las interpretaciones que el mundo indígena les daba a las acciones rituales introducidas.

Es quizá la razón por la cual la memoria y la tradición popular entienden esta expresión religiosa, que animadamente ha pervivido durante siglos hasta nuestros días, como producto del devenir histórico y social de carácter sincrético. En este sentido, no es de extrañar que, en un principio, haya sido llamado “baile de indios”, por la simple razón de que eran indígenas quienes danzaban, cantaban, tocaban flautas y tambores.

Aunque no es posible asegurar que la música y el baile que vemos hoy sean los mismos de los primeros tiempos, creemos que se manifestaron bajo una forma que hoy no podemos precisar, pero estimamos que guardaban apego a una práctica diaguita que imperaba al momento de la invasión europea, una curiosa costumbre indígena de celebrar y dar gracias a la Mamu Ashpa, que el celo de la Iglesia de Roma no ha logrado desterrar, sino el tiempo lo modificó en algún grado y, a la vez, se dispersó a otros lugares del valle, en donde el sustrato cultural y musical en la década del setenta del siglo pasado también mutó.

Reanudando el tema, por el vivir en armonía familiar, con los clanes vecinos y con el medio ambiente, pretenciosamente suponemos que estos hombres no conocieron codicia o tristeza, tampoco corrupción, locura, suicidio, soledad, delincuencia, violación, asesinato de menores de edad y otras lacras sociales difundidas en las noticias del acontecer diario de hoy. En conjunto, todos compartían el mismo conocimiento

esencial, practicaban las mismas artes de vida, tenían iguales intereses y experiencias semejantes. Hombres y mujeres se ven personas, no simplemente integrantes de operaciones mecánicas, como la gente citadina actual ve a muchos de los que tiene alrededor.

Obviamente, es en esta etapa de nuestra abandonada historia cuando el huasquino alcanza la mayor integración al ecosistema, generando la dieta alimentaria en relación al medio y creando una tecnología propia de acuerdo con las necesidades. Este período marca la consolidación de los procesos de sedentarización habitacional que se venían gestando desde siglos antes, con una organización social más integrada y compleja.

No se trata de idealizar un período definido de nuestra existencia, debido a que el hombre en todos los tiempos ha sido un factor alterador de la naturaleza, pero en estricto orden, esta época no registra acciones humanas que hayan desencadenado alteraciones ecológicas irreparables. A los miembros de este pueblo, en ese entonces, jamás se les hubiera ocurrido pensar que, en un futuro no lejano, el modo de sobrevivir en su propia tierra consistiría en ofrecer sus servicios a cambio de una paga: la explotación del hombre por el hombre no estaba en sus paradigmas. Nadie sabe o puede imaginar las alturas de conocimiento civilizatorio y de perfección social que hubiéramos alcanzado en ese camino de desarrollo personal y grupal, sin prisa, pero sin pausa.

Las particularidades culturales mencionadas anteriormente, son una parte menor de un conjunto de residuos distorsionados y degradados de su original tradición, que implicaban una forma de alcanzar la iluminación diaguíta, espiritualidad sagrada que pone a disposición su modelo, práctica y cosmovisión de una manera sensata y abierta. A su vez, arquetipo auténtico de bienestar, que aportaría principalmente a la cultura occidental un conjunto de conocimientos y creencias basado en el contacto con la naturaleza esencial y respeto hacia la sana convivencia de todos los elementos que la conforman.



Pero como en todo orden de cosas, al transcurrir el tiempo histórico, la gente misma comenzó a degenerar, no tanto a causa de la invasión europea, sino por la simple ley natural de que todo nace puro y a medida que se aleja de su origen se degrada, corrompe, anquilosa y muere. Por esta razón, los descendientes de este pueblo comprendieron cada vez menos la práctica espiritual y de sabiduría ancestral y hoy las ceremonias y rituales están olvidados.



Capítulo **IV**



**Invasión al
territorio de
los “antiguos”**

Capítulo IV

Invasión al territorio de los “antiguos”

Al llegar los incas al territorio, a mitad del siglo XV, el pueblo diaguita se encontraba culturalmente en la etapa de transición hacia una sociedad de mayor desarrollo, contrario a la apreciación de la mayoría de los historiadores chilenos.

La imagen de pobreza y escaso desarrollo, en todo sentido, que se ha tenido de este lugar y de todo lo que hoy es Chile, se debe al informe malintencionado de Diego de Almagro a Carlos V para justificar el fracaso de su expedición. Es tan cierta esta afirmación que Pedro de Valdivia, no creyendo nada de lo expresado por Almagro, se vino a Chile pocos años más tarde, invirtiendo su cuantiosa fortuna personal en la empresa, seguro de que le daría buenos dividendos.

“Es tan llena de maldición aquella tierra, que en ciento y veinte leguas de este yermo que anduvieron, no se vio sitio ni aparejo para poblarse una choza”.

(Almagro, refiriéndose a Chile, en 1536; citado por Gonzalo Fernández de Oviedo).

“Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, sanísima y de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto de luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles que no hay que llegarse al fuego...”.

(Carta de Pedro de Valdivia al rey Carlos V de España).



Ante tal incursión, los indígenas de Copayapu tomaron las armas y resistieron la entrada imperial a su tierra, produciéndose algunas escaramuzas. Los invasores no querían imponer su poderío con derramamiento de sangre, sino contemperizar con los locales para tener camino abierto al territorio. Temían no poder sujetar esta tierra tan extensa y tan lejana a la capital del imperio.

El Inca Garcilaso de la Vega y uno de los últimos cronistas de Chile, Carvallo y Goyeneche, exponen en sus escritos aquella etapa histórica de muy buena manera, pero la tradición oral local también hace su aporte. Ella nos da cuenta de que el yatire Ganapu fue uno de los más férreos opositores al imperio.

Poseía una relación muy estrecha con el mundo natural y gran conocedor de las hierbas medicinales serranas, campo sagrado que provee todos los elementos necesarios para sanar cuerpos enfermos y evolucionar espiritualmente.

Por siglos, los sanadores tradicionales han utilizado las enseñanzas de este venerable maestro, aplicando la infusión en agua de flores y plantas que transmiten las propiedades de los elementos naturales del lugar. Sin embargo, el tiempo ha ido borrando su recuerdo y los más ancianos herbolarios lo buscan en el mundo mítico como una imagen, una guía simbólica, un espíritu que da identidad y valor.

Producto de unos pocos parlamentos realizados entre ambos pueblos, los hijos del sol establecieron una exitosa alianza con los diaguitas del Huasco, de costumbres dulces y cultivadas, produciéndose una interesante interacción cultural.

Sin ninguna duda, la estrechez y simpleza de los senderos emplazados en las altas cumbres del valle atestiguan una incursión reducida y pacífica del incanato; no existen evidencias de haber soportado la marcha de un gran contingente de guerreros, como lo menciona la historia nacional. Si aquello sucedió, debió ocurrir en la parte baja del valle.

Obviamente, de aquellas construcciones en las altas cumbres, no podemos analizar aquí sus características arquitectónicas, pero por la simpleza de sus muros compuestos de piedras ásperas acomodadas sin gran cuidado, no evocan las formas y los trazos cusqueños. Igualmente, la distancia de emplazamiento entre una y otra nos sugiere que fueron instalaciones usadas como albergue de familias en tránsito, como lo mencionamos en el capítulo anterior, de cazadores y centros de acopio de alimento (tambos) para cualquier viajero que lo requiriera. Hoy se encuentran muy destruidas. En primer lugar, por los mismos cazadores diaguitas en los primeros años históricos como medio estratégico de defensa y, sin ninguna duda, por la acción del tiempo.

Si bien sus construcciones denotan precariedad, la elección de los materiales y ubicación son apropiados para protegerse de las duras inclemencias del clima reinante en aquellas alturas. De manera personal, en numerosas oportunidades he utilizado, para capear el frío de la noche cordillerana, las ruinas de Tambillo, escombros pircados emplazados en la terraza alta derecha del río Laguna Chica, a unos veinte metros sobre el lecho de la quebrada. También Los Amarillos, conjunto arquitectónico de piedras en ruina ubicado sobre una terraza natural en la ladera de la quebrada homónima y a corta distancia del boquete del mismo nombre, que traspasa la vertiente oriental andina.

Como en los tiempos idos, los que utilizan hoy estos refugios dejan elementos necesarios para disminuir las privaciones del lugar a otros que vendrán después o a ellos mismos en incursiones posteriores. Es así como hemos encontrado en su interior madera para fogata, escasa a esas alturas y en los huecos dejados por las peñas que conforman los muros, cajas de fósforos, sal, té, yerba mate y azúcar.

Escapa a esta apreciación utilitaria el conjunto arquitectónico emplazado en el portezuelo de Cantarito y no quisiera especular al respecto, pero podríamos mencionar que se trata de un recinto de construcción rectangular, compuesto de



una estructura con doble muro de piedras de color oscuro, completamente abierto al sur, con piso emplantillado de piedras lajas blancas que se extienden algunos metros fuera del recinto. Esta construcción no presenta características de posada caminera andina; no cuenta con habitaciones independientes, corrales, ni zona de pastizal, pero sí se ubica a la vera de la huella tropera procedente de la quebrada Las Yeguas, lugar donde se traspasa la línea divisoria de aguas entre las cuencas hidrográficas de Huasco y Copiapó.

Es pertinente destacar, además del sendero longitudinal corriendo paralelo a las altas cumbres, dos transversales. Uno se desplaza por el propio valle, tomando contacto con las otrora poblaciones diaguitas, vía reutilizada en muchos sectores por la antigua y actual ruta caminera hacia el interior del valle. El otro, situado más al norte, avanza de manera mucho más directa por cordones montañosos y zonas despobladas en la actualidad.

Es natural que solo en este último trazado pedestre se encuentren vestigios de aquella época, como son las ruinas emplazadas en los sectores Lagunillas, León Muerto y Colinay.

Para el autor de este libro, no parecerá de mucho atrevimiento insistir en lo narrado por la tradición y mencionado en páginas anteriores. Aquellas ruinas pircadas encontradas de trecho en trecho entre los cerros, son reliquias del pueblo diaguita o antecesores y no deben atribuir su factura propuesta por arqueólogos a los incas, sino simplemente su reutilización, al igual que los senderos cordilleranos.

Si bien no conocemos con exactitud qué modificaciones impusieron los incas a la población local, indiscutiblemente se produjo una complementariedad de tradiciones andinas que facilitó, en gran medida, una integración ideológica armónica, cultivando adictas y gratas relaciones, acercándose más a un proceso de aculturación que a un acontecimiento violento.

No modificaron los buenos resultados del trabajo agropecuario local, sino más bien intensificaron las obras de

minería, en tanto mantuvieron la riqueza móvil del tráfico de productos hacia los centros administrativos del altiplano y el Cuzco, y el sistema de traslado de bienes y servicios de un piso ecológico a otro del valle. Revitalizaron el uso de la costa, reutilizaron los senderos existentes sin introducirles mayores modificaciones, tanto longitudinales como transversales y pasos cordilleranos. Mientras tanto, los diaguitas continuaron con sus tradiciones y administración de su territorio.

La tradición oral nos cuenta que esta suerte de alianza se debió fundamentalmente a que la gente del Huasco conocía y hablaba la lengua general del Cuzco, aparentemente en mayor proporción que en otros valles vecinos, debido a la fluida comunicación que había existido desde siempre con la zona del Altiplano andino, de gran importancia histórica por haber sido el lugar en que surgieron diversas civilizaciones. Por último, durante la Colonia, hacen gala de una actitud negociadora con los españoles, posiblemente intentando reproducir las relaciones de reciprocidad que habían establecido con el imperio en no muchas décadas antes. Los hechos posteriores les mostraron, en cambio, que la política española no respetaba el mecanismo de reciprocidad. Como haya sido esta interconexión, la gran sociedad incaica abonaría el terreno para la invasión europea, que ocurrió a continuación.

A la llegada de los españoles a la capital del imperio Tahuantinsuyo, tras la muerte de Wuayna Cápac, este había dejado como sucesor a Wáskar, pero su medio hermano Atawallpa, encargado de las tierras de la Provincia de Quito, ambicionaba el poder de todo el imperio, llevándolo a provocar una sangrienta guerra civil. Al respecto, los historiadores peruanos están divididos; algunos aseguran lo contrario; incitado por su madre, Wáskar era el que ambicionaba el poder.

Como haya sido, el hecho fue aprovechado con gran habilidad por los europeos, quienes profundizaron el conflicto con apoyo de curacazgos y rezagos de culturas



locales dominadas hasta entonces por el Imperio Inca, alianza estratégica de estos pueblos con los invasores que les permitiría, ante una victoria europea, retomar el control de sus respectivos territorios, lo cual nunca ocurrió.

Hoy, con los antecedentes que nos entrega la historiografía peruana, podemos suponer que el europeo fue muy astuto al enfrentar las fuerzas militares del incanato, utilizando al propio indígena sometido, asegurando, dicho sea de paso, que las bajas hispánicas fueran mínimas o más bien nulas.

Esta hábil acción de carácter militar debilitó la organización del imperio incaico, dando paso al nuevo control político-militar-religioso de la Corona española, con gobernadores como coprotagonistas.

La guerra fratricida llegó a término con la muerte de Wáskar a manos de los atawualpistas en Andamarca y el presidio y cobarde ajusticiamiento de Atawallpa por los europeos en 1533, este último, coronado inca en Cajamarca después de derrotar a su adversario en la batalla de Cotabamba (agosto de 1532).

Desaparecidos los herederos al trono del otrora poderoso imperio, los ejércitos y los funcionarios del Estado convergieron y reconocieron a los castellanos como nuevos gobernantes, poniendo fin a la breve pero intensa historia de expansión y conquista del reino quechua de los hijos del sol. Pese a que Atawallpa tuvo sucesores nombrados por los españoles: Tupac Hualpa, Manco Inca y Paullu Inca, por lo antes mencionado, debemos considerarlo con toda justicia el último gobernante del Imperio Inca.

Transcurridos aquellos acontecimientos en la región nombrada por los españoles como Nueva Castilla, hoy Perú, en lo que nos compete, el ocaso aparente de la cultura huasquina ocurre cuando los vasallos del rey de España empezaron a pasar por esta zona fértil y accidentada, rumbo al sur, desde la Ciudad de los Reyes, por el norte, cruzando la cordillera con el sentido presentimiento de estar cabalgando

hacia el fin del mundo.

Sin embargo, antes de salir del Cuzco, los europeos conocían el nombre del territorio que hoy es nuestra patria. Los cuzqueños denominaban Chili, que en su lengua significa “frio”, a la región al sur de la costa cálida de Atacama, sin duda, por ser una comarca más templada en razón a la latitud que aquellos ocupaban en la zona tórrida. Ello se debía a que años antes, cuando el Imperio Inca bajó de Tupiza por el mismo camino que hoy se usa para transitar de Bolivia a la Argentina, en Tucma, hoy Tucumán, tomaron conocimiento del nombre y existencia de un vasto territorio, que se extendía al poniente de las grandes montañas nevadas.

Pero hay algo más. Los chiriguano, grupo procedente de la Amazonía, que ocuparon el sur de Bolivia en el siglo XV y un siglo más tarde se extendieron al noroeste argentino y al oeste paraguayo, también llamaban a esta tierra con el mismo nombre, pero en su léxico significaba “fin” o “término”, lugar que ellos creían el fin del mundo, por concluir allí la tierra y seguir el mar del sur.

El cambio de la letra “i” por la letra “e” en el nombre de nuestra patria vino más tarde, en donde el motivo y la exactitud del tiempo no está a nuestro alcance precisar.

Llegados a este punto, la historia tradicional nos cuenta que primero fue Diego de Almagro el que abrió camino a nuestro Chile, pero regresó al Perú, sintiendo que no había encontrado la riqueza pretendida. Luego vino Pedro de Valdivia y con él otros más, permaneciendo por el resto de sus vidas en lo que era para ellos una tierra desconocida. Pero sin saberlo, como hemos dicho antes, encontraron su propio pasado, olvidado ya hace mucho tiempo, en el correr de miles de años.

Los acontecimientos relacionados a este período histórico, están muy bien documentados en las obras escritas por Pedro Mariño de Lobera, soldado llegado a Chile en 1551, Crónica del Reino de Chile, y por el cronista mencionado en un capítulo anterior, Jerónimo de Vivar (1558), también soldado,



incorporado a las fuerzas de Valdivia nueve años más tarde de su paso por Pallantume, lugar conocido hoy como Huasco Bajo, Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile.

Esta última obra, paleografiada (3) por Irving Leonard y encontrada en la Newberry Library de Chicago, fue publicada en Chile por el Fondo Medina, recién en 1966. En el caso de Mariño de Lobera, el manuscrito o texto original no ha llegado a nuestros días y lo que de él se conoce se debe al sacerdote jesuita Bartolomé de Escobar, quien recibió de parte del virrey del Perú, García Hurtado de Mendoza, el encargo de revisar y corregir los apuntes de Lobera. Esta labor dio forma definitiva a la obra en la que, en estricto rigor, es fácil advertir la pluma de un sacerdote católico, por relatos de sucesos extraordinarios y sobrenaturales de carácter religioso, muy diferente a la que pudiera haber escrito un soldado.

Debemos dejar presente que los relatos de los ibéricos nunca deben ser tomados con demasiada seriedad, por la parcialidad establecida en la materia, nombres propios cambiados y citas alteradas por los copistas. Además, los cronistas procuraban aumentar el número de indígenas en las batallas para enaltecer, de esta manera, la obra de los invasores, y los encomenderos tendían a disminuirlos, con el objeto de evitar mayores contribuciones al rey o para desalentar a quienes aspiraban a nuevas encomiendas.

Con respecto a estos últimos, no es menos cierto que muchas cédulas de encomienda entregadas a los peninsulares se referían a espacios absolutamente desconocidos. De hecho, los que recibieron estas tierras, debido al aislamiento que tenían, no se interesaron mayormente en ellas, y prefirieron avecindarse en los partidos de Copiapó y La Serena, con mayor presencia de compatriotas; por tanto, nunca obtuvieron

3. Paleografía: técnica que consiste en leer los documentos, inscripciones y textos antiguos; determinar el lugar del que proceden y el periodo histórico en el que fueron escritos.

provecho de sus bondades, convirtiéndola en una zona de tránsito al Perú, porque su interés principal era la explotación de minerales para colocarlos en el mercado español.

Según el historiador copiapino Carlos María Sayago (1874), a la llegada del primer contingente invasor europeo, era Maricondi, también llamado Marcandei o Marican, el cacique que gobernaba lo que es hoy la Provincia del Huasco, con residencia en Pallantume, lugar conocido más tarde como San Francisco de Huasco Bajo, hoy simplemente Huasco Bajo. Le sucedían Coluba, cacique de Carrizal, Canto del Agua y Bahía Salada. Atuntaya y Moroco se repartían el territorio de Paitanasa, hoy Vallenar, hacia la cordillera.

Del doble contacto de la población local con el mundo europeo, no tenemos registros ni antecedentes de los acontecimientos ocurridos en otros puntos del valle. Dicho esto, revisten especial importancia las investigaciones realizadas por anónimos miembros pertenecientes a las numerosas agrupaciones diaguitas de la Provincia del Huasco, que están esclareciendo cada vez más el panorama olvidado de esta sociedad y rectificando errores divulgados por enseñanzas ajenas al lugar, con la voluntad y sabiduría popular que, generación a generación, se nutre y reproduce por medio del reservorio rural, dejando cada vez mayores evidencias de que al momento de salir a la historia mundial, el valle del Huasco no era habitado por aborígenes desarraigados, ni por grupos aislados de cazadores nómades, como generalmente se establece en los libros de historia y en la historiografía nacional. Al contrario, los diaguitas eran un pueblo de agricultores, ceramistas, tejedores, forjadores de metales, con una eficiente organización social.

La contraparte venía con sus propios antecedentes. Dos mil años antes, los españoles habían sido sometidos por los romanos durante siete siglos, bautizaron Hispania a su territorio y dejaron su impronta también en el idioma, ya que el español derivó del latín vulgar que impusieron. Más tarde, el duro e incesante batallar durante ocho siglos contra



la invasión y ocupación de su territorio por los moros, hasta la caída de Granada, a fines del mismo siglo XV en el que se “descubrió” a América, había forjado en cada español un soldado tenaz, con hábito de pillaje como un derecho adquirido en la guerra cruel y rapaz. A todo ello, impulsados por la religión profesada que ejercía gran influencia en su espíritu, exigían a los indígenas no solo oro, también sus mujeres; no solo tierras, también trabajo y dura esclavitud en las minas. Igualmente, desprecio absoluto, falta de interés y total incomprensión de las costumbres, lengua, valores y tradiciones de este singular pueblo.

La invasión “kaika”, hombre extraño u hombre blanco en lengua originaria, en sus años más tempranos no puede ser considerada descubridora del territorio del Huasco, como lo exponen los historiadores nacionales, puesto que esta tierra había sido descubierta y colonizada varios miles de años antes por aquel hombre primordial. Quisiera pensar que los historiadores más doctos solamente abusan del término al estar consagrado por el uso. Tampoco se le puede llamar conquista, por no haber ganado territorio alguno. A lo sumo, esta acción de carácter militar sirvió para dar a conocer al mundo europeo la existencia de otra realidad, otra historia y otra cultura para vivir y compartir. Porque nuestra historia es hermosa y no queremos que termine perdida en la vorágine de los nuevos tiempos.

Antes de continuar, debemos precisar que, a la llegada del europeo a esta tierra, no había indígenas ni indios. Estas expresiones de carácter despectivas para referirse a los habitantes del lugar, surgen como noción aglutinante y masificadora, donde precisamente se corta la continuidad cronológica de sucesos con el orden arcaico del mundo prehispánico. En época contemporánea, la misma imprecisión algo desdeñosa es reflejada en los términos sudaca, wetback, other, que propinan a los americanos hispanohablantes gentes de otros espacios geográficos autodenominados civilizados.

A estas alturas de la obra, debemos reflexionar que de



aquellas pretéritas culturas precolombinas, caracterizadas por trabajar en el desarrollo local con aportes tan importantes como la domesticación de animales, inicio de cultivos y construcción de estilos de vida que reflejan siglos de actividad de innumerables generaciones, han permanecido dificultosamente hasta hoy ruinas de habitaciones pircadas, paraderos de pescadores y mariscadores reducidos a montículos de conchas mezcladas con artefactos destruidos, sencillos talleres líticos de cazadores y, como mencionamos anteriormente, túmulos funerarios y el enigmático arte rupestre, que el diaguita histórico parecía no entender, a juzgar por los testimonios de ancianos atribuyendo su factura, simplemente, a los “antiguos”.

Lo expuesto en páginas precedentes nos permite pretenciosamente establecer que la sociedad indígena, anterior a la llegada de los europeos, poseía una estructura armónica, tanto con su medio natural como en las relaciones internas. Esta gente, llamada peyorativamente por los historiadores “primitivos”, culturizó un territorio salvaje, le otorgó nombre a los cerros, ríos y parajes, ocupando por siglos las tierras donde hoy vivimos y nos desarrollamos. Una civilización extraordinaria, desconocida por supuesto, que no se estudia en la universidad, ni se enseña en la escuela y cuyas tradiciones ancestrales no se practican hoy. Por ello, converso con los ancianos y trato de difundir sus enseñanzas y dar lo poco que sé de ella.

Sin embargo, será el proceso invasor español el que irá aunando su historia; los diaguitas se verán obligados a interactuar y relacionarse con ellos, la menor de las veces en forma conflictiva y beligerante. Astutamente, prefirieron mostrar hacia los españoles una estrategia de acercamiento y relativa ductilidad durante todo ese período, aunque esta actitud no fue recíproca por el trabajo servil, dominación política e imposición cultural y religiosa, sumada la introducción de enfermedades infecto-contagiosas frente a las cuales carecían de defensas.



En el primer siglo del contacto europeo, la población nativa se vio diezmada por la viruela, el sarampión, la influenza, la escarlatina, la difteria, el tifus, la varicela, la tos convulsiva y otras muchas enfermedades desconocidas para esta tierra, pero presentes en Europa por varios siglos. Aún peor, muchas de ellas, relativamente benignas entre los europeos, tuvieron efectos devastadores en la población indígena. Su sistema inmunológico no había tenido la posibilidad de desarrollar anticuerpos.

Estos males se extendieron muy rápidamente y en todas direcciones, propagándose incluso antes de que los lugareños hubieran hecho contacto directo con los invasores. La razón era muy simple. La viruela, por ejemplo, tiene un período de incubación de diez a catorce días; el virus se esparce por la respiración y también por las ropas personales. Cuando los primeros síntomas aparecían en algún asentamiento, ya individuos que aún no habían desarrollado la enfermedad se habían desplazado a otros lugares, llevando con ellos la infección. En consecuencia, las enfermedades se expandieron por el territorio más rápido que los mismos europeos.

La historia oficial chilena y muchos autores atribuyen la “conquista del territorio” a la superioridad de las armas europeas, otros a su caballería y al ingenio militar, los menos al espíritu misionero que daba especial ánimo y valentía a los combatientes e incluso la ayuda de la bendita madre Santa María y el bienaventurado Apóstol Santiago, pero esto no fue realmente cierto. Si bien el arcabuz, la espada y el cañón fueron armas muy efectivas en la disminución de la población indígena, la verdad es que sus logros militares fueron en gran parte favorecidos por el contagio de las enfermedades mencionadas.

Es un hecho que esta invasión, más que una guerra convencional, fue una guerra microbiológica. Los españoles, sin ser conscientes, traían organismos patógenos y destructivos para la población local en el tracto respiratorio y digestivo, en sus animales, ropas y alimentos.



Como quiera que haya sido, aunque los españoles no se propusieran traer gérmenes patógenos, lo hicieron y provocaron sin querer, sin habérselo propuesto ni comprendido ni remediado, uno de los mayores pesares y desdichas para esta tierra. Ello obligó a que diversos clanes se alejaran de las tolderías conformadas río abajo con presencia de españoles, ocupando lugares de refugio relativamente determinados al interior del valle, formándose así muchos de los asentamientos hasta hoy establecidos, como en ese entonces Pueblo Bajo de Indios, hoy El Tránsito.

Ahora bien, no tenemos antecedentes de si acaso los líderes indígenas de las diversas tolderías de aquella época, denominados genéricamente caciques o indios principales, tuvieran la misma posición frente a los invasores. Al respecto, Marican, cacique de Pallantume, dio muerte a tres soldados enviados precedentemente al arribo de Almagro. Este suceso pasó a convertirse en el primer derramamiento de sangre europea en el Huasco y en Chile. La venganza que vino a continuación consistió en la muerte de este, dos de Copayapu y los caciques de Coquimbo mediante la hoguera.

En la segunda incursión europea, se encontraba un descendiente del otrora cacique asesinado, ejerciendo cargo en Huasco Alto y Atuntalla en Huasco Bajo. Junto a Coluba se reúnen con los invasores, les entregan víveres y les proporcionan asistencia de hombres para cargar los pertrechos en su viaje al sur, permitiendo así que los cargadores de Copayapo retornaran a su lugar de origen.

Un principio político diaguita que todo dirigente debía conocer y manejar con habilidad era el de saber dar y recibir. Para efectuar una cosecha, para señalar la voluntad de paz, sellar una alianza, obtener la obediencia o pedir un favor, se debían entregar dones, objetos que no eran propiamente un regalo. La aceptación de un don o presente por parte de un individuo, lo comprometía a devolver con un favor, trabajo u otros bienes. En definitiva, quien aceptaba un don, asumía un compromiso.



La reciprocidad era una de las bases de la política diaguita y su funcionamiento requería de cierto protocolo: primero se bebía y comía, se entregaban o intercambiaban objetos, luego se conversaba y acordaba la forma en que debía restituir lo recibido. Valdivia, por su parte, en retribución a la buena voluntad diaguita, deja semillas de plantas y aves de corral.

Lamentablemente, en los relatos históricos en donde se hace mención al descendiente de Marican, no figura su nombre propio, tampoco su exacta ascendencia. El historiador Sayago lo alude como nieto y el cronista Vivar se refiere a él como hijo. Pero no todo ha de ser tan oscuro en lo que respecta a los otros caciques. El nombre Atuntalla perdura como apellido hasta nuestros días y la tradición oral cuenta que, en el transcurso de los años, el nombre Coluba mutó al actual apellido Calabacero.

Por cierto, Valdivia en su camino al sur, a diferencia de Almagro, sumó victorias diplomáticas como también militares, como vencer a Michimalongo en Aconcagua. Según el cronista Mariño de Lobera, derrotados los indígenas, el cacique tuvo que proporcionar datos sobre la zona aurífera y entregar mujeres solteras de entre quince a veinte años para que trabajaran en los lavaderos de oro.

A finales del año 1548, se realizó un levantamiento armado en Copayapo, los indígenas destruyen el fuerte establecido en aquel lugar y matan a cuarenta peninsulares provenientes del Cuzco a cargo del capitán Esteban de Sosa; también cae prisionero y luego ahorcado Juan Bohon, fundador de La Serena. Dos meses más tarde, esta ciudad también es arrasada e incendiada, muriendo todos los españoles acantonados y cientos de indios auxiliares peruanos entregados al sueño; además, un barco anclado en la bahía de Coquimbo es saqueado. Esta resistencia indígena solo decayó con la captura de Michimalongo y Tangolongo y por la represión brutal ejercida por Francisco de Aguirre a los poblados indígenas.

Aunque no tenemos antecedentes que digan lo contrario,



al parecer, los diaguitas del Huasco no tuvieron participación en la incursión bélica efectuada en Copayapu, pero con respecto al segundo acontecimiento, el historiador Carlos María Sayago, en su obra *Historia de Copiapó*, menciona que el ataque a La Serena fue perpetrado por indígenas de Copayapu, Huasco, Coquimbo y Limarí.

Sin embargo, en general, el valle del Huasco permaneció en completa paz y así continuó debido a la baja presencia de europeos. Fue recién a partir de la refundación de La Serena en 1549 y la destrucción de las ciudades levantadas por los invasores al sur del río Biobío, que obligó a la población hispana a volver a concentrarse en la región central del país, lo que daría comienzo a la llegada de algunos españoles a trabajar en el campo y en las minas, asentándose en lugares ya conocidos en sus primeras incursiones hacia el sur, como es la zona comprendida entre Pallantume y Paitanasa.

Estos hombres se enfrentaban a un mundo completamente desconocido, en el que tanto la geografía montañosa como la presencia de una cultura absolutamente diferente serán fuente de discriminación racial y codicia.

El comportamiento de los europeos, sobre todo el trato con los lugareños, dependerá de su origen familiar, social, económico, de su educación, de su mayor o menor religiosidad, etcétera. Para unos, solo valía la conquista del territorio, no importando los métodos usados; para otros, tal vez los menos, la incorporación de nuevas tierras y pueblos desconocidos al reino de España era un reto que valía la pena experimentar. Pero indiscutiblemente primó el primer grupo, aquel que buscaba el enriquecimiento rápido por la adquisición de metales nobles. Además, con la imposición del sistema de encomiendas que vino a continuación, obtuvo grandes mercedes de tierra, trabajadas gratuitamente por mano de obra indígena. En ningún caso les interesó la cultura local, mucho menos conservarla.

Pensamos que esta experiencia de convivencia racial, muchas veces traumática, todavía se mantiene viva en la



memoria colectiva de algunos montañeses, expresado en su modo de permanecer aislados, algunos en un estado de huida permanente. En aquella época, esta actitud debió ser una muestra de sentido común: se trataba, ni más ni menos, de la mejor fórmula para permanecer libre.

Con el advenimiento de nuevas formas de producción introducidas por los ibéricos, los paisajes y la forma de vida en el valle cambiaron drásticamente. La rápida adaptación de plantas europeas, como el trigo, el garbanzo; árboles frutales como la vid, el olivo, la higuera, el durazno y el peral, junto a la cría de ganado vacuno, caprino, ovino y porcino, modificaron los sistemas de trabajo de nuestros comarcanos. Asimismo, la aceptación de los ritos cristianos como el bautismo y la edificación de las primeras iglesias, marcó el proceso de afincamiento español y el territorio diaguita se incorpora a la Corona española que nunca habló de ocupación territorial. Así, lo europeo se introduce en nuestro suelo, por la fuerza, por contagio y por adopción. Aquello llevó a que el sistema de economía tradicional, de respeto por la naturaleza, de protección de la flora y fauna nativas, comenzara a cambiar hacia una actividad agrosilvopastoril más intensiva y mercantil.

Fue el momento en que se rompe el delicado equilibrio de la sociedad diaguita, se trastocan sus hábitos de vida precedentes y se empieza a destruir su identidad ancestral. Unos pocos indígenas van olvidando desde los nombres de muchas especies del paisaje original hasta los vínculos mantenidos con ellas. Sin embargo, los más emigran al sector de Huasco Alto, convertido desde aquel momento en terreno de refugio, producto del emplazamiento geográfico absolutamente fuera de los dominios territoriales conocidos, alejado de las vías de comunicación utilizadas por los invasores que, longitudinalmente, atravesaban la depresión intermedia y los caminos de la costa. Sumado a lo ignoto del lugar, estaba la gran extensión de terreno que de ella cuenta, constituyéndose esta tierra en un confín, un más allá de lo

que alcanza la vista o de lo que se puede ver.

Nos queda aún considerar la estrategia defensiva indígena, para tratar de mantener libre el territorio de la presencia invasora. Esta consistió en crear un vacío poblacional, en la medida en que algún contingente foráneo avanzara por el fondo del valle. Si aquello ocurría, una importante cantidad de indígenas se retiraba a los cerros, donde no podían ser localizados; los que quedaban en la retaguardia cortaban el agua de las acequias y destruían u ocultaban el alimento que los intrusos podían necesitar en la incursión. Dicha maniobra, hábilmente concertada, provocó reiterados reclamos de los encomenderos, al ver frustradas sus posibilidades de apropiación de terrenos de cultivo, o de los curas, en su propósito de evangelización.

Testimonio de aquel plan de acción es la gran cantidad de piedras utilizadas para moler granos, conocidas desde tiempos inmemoriales como “chancuanas”, que observamos por doquier completamente destruidas, sin lugar a dudas, por los mismos indígenas para evitar su utilización por los invasores.

Estos trituradores pétreos están hechos de rodados más o menos ovalados, de variados tamaños, un poco planos y ahuecados por un lado, formando una amplia cavidad a manera de campana invertida que abarca casi todo el bloque rocoso, dejando un borde suficientemente grueso que le brinda resistencia y estabilidad. La molienda se efectúa por intermedio de otra piedra pesada, ovalada y un poco alargada hacia arriba para tomarla con las dos manos y balancearla en la cavidad de un lado a otro, triturando el grano por su propio peso. Los lugareños también las denominan “piedras de indios”.

Cabe hacer presente que no es de extrañar el hallazgo, también, de estos singulares morteros con el fondo muy gastado o simplemente perforado por el uso; otros, con dos, tres o más cavidades en un mismo bloque, una realidad muy diferente a lo expresado por los investigadores Niemeyer,



Cervellino y Castillo, en su libro *Culturas Prehistóricas de Copiapó*, publicado en 1998:

“...No se han encontrado, sin embargo, piedras tacitas o morteros en roca ni en Copiapó ni en el Huasco. Hay que llegar al interior de Elqui o Limarí para encontrar.....”.(p. 112)

Desconocemos el tenor de esta afirmación tan alejada de la realidad. Las personas que medianamente conocen el valle pueden dar testimonio de que su costra terrestre está sembrada de tales restos culturales, testigos irrecusables de su cuna; incluso, muchos descontextualizados de su lugar de origen adornan antejardines y patios de hogares, tanto del área urbana como rural.

Volviendo al tema que nos convoca, sumada a esta acción evasiva estaba la larga experiencia de fracasos en el sur del Reino de Chile, que hizo recelosos a los españoles en cuanto a territorio, concluyendo que los indígenas desnaturalizados rendían menos servicio; por tanto:

-¿De qué valía conquistar un valle fértil si no había indios para trabajar?

Esta decisión no permitió la llegada de indígenas cautivos de Arauco, como ocurrió en valles de más al sur, según cuenta la tradición y la historia oficial.

En el año 1696 se realiza una matrícula de lugareños, donde figuran apellidos que representan una interesante continuidad con las familias actuales. En Huasco Alto: Licuime, Campillay, Guanchicay, Cayo, Pallauta, Chilla y Tamblay. Mientras en Huasco Bajo los apellidos son: Zapatero, Lule, Montero, Marañón, Pílon, Quilquile, Atuntalla, Pelado,

Calabacero, Lanquintín, Normilla, Gallo, Chulantai, Chuspe y Discreto. En Paitanas: Guamanta, Quilpatai, Zentella, Carpintero, Mala Alma, Mulillo, Toco, Normilla, Mojado, Atacama, Chuño y Cojo. Claramente vemos que los apellidos están distribuidos geográficamente.

Para la cultura diaguita, los nombres posteriormente asumidos como apellidos, tenían su origen en las particularidades geográficas del lugar de nacimiento o donde se desarrollaban los individuos; asimismo, a las cualidades, peculiaridades y rasgos que denotaban. Por tanto, expresan un momento de desarrollo de la sociedad y se manifiestan permanentes cuando existe la continuidad histórica de la familia.

Por aquella misma época, pero en fecha indeterminada por falta de antecedentes que no sean la tradición oral, dos españoles no encomenderos, Villegas y Santibáñez, muy posiblemente, desertores del ejército realista, se acercan en Huasco Alto, transgrediendo la segregación de castas, es decir, indígenas y españoles debían residir en lugares diferentes.

Prueba de su arraigo a esta tierra, son sus descendientes, que figuran en un listado realizado en 1750. La tradición, además, cuenta que fueron los primeros ibéricos en quedar prendados de la belleza de la mujer diaguita y no existen dudas de que en aquel entonces se da comienzo a un incipiente mestizaje indígena con sangre europea.

Los nuevos comarcanos trajeron e incorporaron al trabajo agrícola el arado metálico, permitiendo poner en producción terrenos más amplios y con menos esfuerzo; pero, sin lugar a dudas, su mayor aporte fue la internación del caballo.

Para nosotros hoy día parece una situación trivial, pero el mayor número de indígenas de América, al momento del primer contacto con los europeos, quedó anonadado ante la presencia de este enorme animal. No así los diaguitas. Por la fluida comunicación con el área andina, estaban informados de todo cuanto sucedía en la zona de conflicto más al norte.



Más tarde, las crías de estas bestias retornaron a su estado natural y formaron grandes hordas, desplazándose libremente por las vegas ribereñas y humedales cordilleranos, siempre cubiertos de un abundante y nutritivo pasto, como ocurre hasta hoy en la quebrada Las Yeguas, a los pies del mítico “Cerros de Cantarito”.

Esta montaña tiene gran significado para el pueblo diaguita, al ser considerada el punto desde donde se irradia el poder ejercido por la naturaleza que protege al territorio y sus habitantes. Su hermoso aspecto, con cima redondeada y siempre brillante de nieve, atrae de inmediato la mirada de los viajeros. En noches de plenilunio, resalta su silueta contra el cielo estrellado y nadie que descienda por los contrafuertes cordilleranos la deja atrás sin darse vuelta para verla por última vez.

Reanudando el tema, producto del nuevo género de vida, sumado a los bruscos cambios de altitud y temperatura en esta tierra, la raza original se ha regenerado en vigor y en actividad, aunque ha perdido una parte de la belleza de sus formas. Los abuelos cuentan que aquellos primeros ejemplares eran más grandes, de color overo y pocas veces negro, pudiéndose reconocerlos muy bien por el gran tamaño de sus cabezas.

Desde el mismo momento de la llegada de los cuadrúpedos, los cazadores diaguitas aprendieron a reproducirlos, domesticarlos y cuidarlos, transformándose pronto en diestros jinetes; asimismo, sirvieron como vehículo de desplazamiento rápido al otro lado de la cordillera y aliviaron de modo considerable la pesada faena de las mujeres; en tanto, el burro y la mula sentaron sus ancas en la zona baja del Huasco.

Si durante milenios para los pueblos originarios locales el guanaco había sido el animal providencial en su existencia, tal calificación es superada largamente en lo que se refiere al caballo. Entonces, desde su adopción, pasó a ser determinante en la vida del diaguita. Por consiguiente, adaptaron la silla de montar española, haciéndola más sencilla y liviana mediante unos pequeños fustecillos de madera, amoldados al lomo del



animal con cojines de lana. La brida, riendas y cabezada las fabricaron de cuero; la embocadura y estribos, de madera. Naturalmente, no usaban herraduras.

Por otro lado, los mulares no dejan de ser menos interesantes. Está la mula propiamente tal y el macho, mucho más fuerte y ágil, llamados así por su sexo. Estos animales siempre estériles, por no poder tener descendencia, son el resultado del cruzamiento entre un asno macho (pollino) y una hembra de caballo (yegua). Se distinguen por heredar la resistencia, la docilidad y el paso seguro del asno; así, también, el tamaño, la fuerza y la velocidad del caballo, pero lo más destacado es el grado de inteligencia superior a las dos razas gestoras. Su relación con el amo es proverbial; le obedecen sin mirarlo siquiera. Una vez recorrido un camino, jamás lo olvidan, por muchos años que transcurran. Por todas partes, muestran el peculiar instinto que les marca los lugares con la fidelidad de un compás y el viajero extraviado no tiene mejor guía que esta admirable cualidad.

Por cierto, la topografía montañosa del valle no puede menos que desarrollar y avivar este instinto que los caracteriza. Ha sucedido muchas veces que mulas llevadas a otros lugares han vuelto a su tierra natal recorriendo grandes distancias, sin más guía que su instinto proverbial.

Se les ensilla con un aparejo, se les carga encima y están listas para caminar largas distancias. Salen por la mañana temprano y caminan frescas todo el día, no importándoles el calor, la montaña y el alimento, pero una vez entrado el sol es preciso descargarlas; en una actitud de terquedad absoluta no dan un paso más. Muchos de los nuevos arrieros prefieren al caballo sobre la mula. La razón consiste precisamente en que esta piensa y comprende demasiado para ser una esclava dócil y obediente del hombre.

Por cierto, los ibéricos quedaron admirados ante los nuevos animales que se presentaban ante sus ojos. Encaramados en las montañas, vicuñas y guanacos, mientras les sobrevolaba un ave jamás vista por europeos: el cóndor, fuerte, ligero, de



ala veloz y mirada certera, descendiendo en picada sobre toda clase de cadáveres, limpia las montañas de focos de infección.

Estos singulares inmigrantes comenzaron un interesante proceso de adaptación a su nuevo hogar, a través del empleo de aquellos nativos que, con o sin autorización, se ausentaban de sus pueblos para trabajar como hombres “libres”, muchos llegados de la provincia trasandina de Cuyo y en menor medida de migrantes venidos de Nueva Castilla. Se instalan en este pueblo al observar el nuevo proceso que se está llevando a efecto, manteniendo una vida comunitaria caracterizada por la igualdad entre todos los lugareños, tanto para el trabajo como en el comportamiento social y moral. Con sensatez piensan, si son parte de este nuevo orden, tendrán mayores posibilidades de llevar una vida independiente y que su acción productiva se centrará en sus propias fuerzas y recursos.

No debemos dejar de mencionar que, a fines del siglo XVIII, hubo una gran fuga de indígenas de las minas establecidas en la zona de San Francisco de la selva de Copiapó hacia esta tierra. Lo ocurrido fue una situación difícil de manejar para los empresarios mineros del valle vecino, quienes en julio de 1780 se presentan ante las autoridades, exigiendo que pongan fin a las fugas de peones mineros y castiguen a los que los acogen. Este hecho está muy bien documentado en la historia nacional.

A mitad del siglo XVIII, a este lugar de refugio indígena se habían sumado otros apellidos, como: Alquinta, Quilpatay, Guamanta, Ardiles, Riveros, González y Rangel. Posteriormente, en una matrícula de pago de tributos a la Corona realizada a finales del mismo siglo, consistente en una lista de 724 personas con 116 tributarios, se suman otros apellidos, como: Torres, Inga, Trigo, Liquitay, Pereyra, Araya, Yriarte, Espejo, Acevedo y Godoy. Incluso, un alto porcentaje de las familias lleva el apellido Campillay. Por demás, la mayoría de los nuevos apellidos corresponde a mujeres, lo que podría llevarnos a corroborar lo expuesto anteriormente como lugar de refugio o lo que dice la tradición oral sobre la

aplicación de la exogamia, es decir, la tendencia del hombre a buscar para casarse mujeres de otros pueblos y evitar así la consanguinidad.

En aquellos tiempos, la familia era amplia y compleja. En la casa del padre o jefe familiar convivían todos sus descendientes masculinos: abuelos, padres con sus esposas, hijos con sus esposas, nietos, etcétera. Las mujeres, al parecer, no llevaban a sus esposos a la choza paterna; el enlace o acuerdo matrimonial seguía reglas patrilocales, esto es, la mujer se cambiaba de casa adoptando la del marido. Sin embargo, ellas constituían un puntal fundamental en el trabajo de la comunidad, en la siembra y recolección de la cosecha; fueron creadoras de la alfarería y artífices del telar y la cestería. Aun más, participaban activamente en asambleas políticas por el devenir del grupo social. El cronista Pedro Mariño de Lobera lo documenta de muy buena manera con la actuación de Lainacacha, cuando interviene en un consejo indígena para salvar de la muerte a dos españoles que habían sido condenados en Copayapu. Este hecho también es narrado por Antonio de Herrera, llamando cacica a Lainacacha. Años más tarde sería cristianizada con el nombre de María.

Hoy, en los primeros años del siglo XXI, la directiva de la “Asociación Indígena del Pueblo Diaguita por la Biodiversidad Alimentaria Territorial y Patrimonial de la Provincia del Huasco” y la mayoría de los cargos directivos en las distintas comunidades diaguitas del valle del Huasco, es ejercida por mujeres.

Tomando en consideración antiguos antecedentes orales, podemos observar que algunos apellidos de origen indígena prácticamente desaparecieron en el transcurso del tiempo, presumiblemente producto de los padrinzos. Era común en la Colonia que los párvulos llevaran el apellido del padrino, muchos de ellos de origen español, como también hubo familias indígenas que prefirieron autodenominarse en el idioma oficial colonial por estatus o movilidad social. Existe también la posibilidad, mencionada en páginas anteriores, de



que los componentes de todo un tronco familiar hayan sido víctimas de las numerosas oleadas de epidemias traídas por los europeos.

A principios del siglo XVIII, a las tierras bajas llegan inmigrantes andaluces y vascos de oficio mineros, trapicheros y fundidores de metales, atraídos por las buenas expectativas de trabajo generadas en las minas de oro de Capote, Canutillo y las de cobre de Carrizal y San Juan. Esta situación determinó que las autoridades de Santiago de Nueva Extremadura, capital del Reino de Chile, le otorgaran a este sector del valle mayor atención y asistencia.

Imposible seguir avanzando en el tema, sin dejar de señalar que, en tiempos contemporáneos, la mayoría de los historiadores que se ha referido al valle del Huasco, cometa el error de exaltar a inmigrantes europeos o a sus descendientes, en el ámbito social, político e industrial, a la vez, denostando y dejando relegado al pueblo diaguita a una enigmática existencia, provocando que cada día transcurrido se vuelva más difícil su investigación, simplemente, por la falta de antecedentes y la pérdida cada vez más acentuada de referencias a períodos antiguos de los que no quedan, lógicamente, testigos vivos. Sin buscar demasiado, el historiador Luis Joaquín Morales, en su obra Historia del Huasco (1896), se refiere a nuestros indígenas en los siguientes términos:

“...sus nociones agrícolas eran completamente nulas, su civilización la más atrasada posible, por naturaleza apáticos, indolentes y desidiosos”.

Sin lugar a duda, expresiones recurrentes en aquel tiempo de un sector que se decía ilustrado en su orden social contra miembros de los pueblos originarios pintados de incultura. Y presumiblemente, como tantos otros historiadores, sin el criterio de lo “visto y lo vivido” jamás recorrió el Huasco Alto, menos conoció a los verdaderos diaguitas o compartió con



ellos, en un período de nuestra historia en que todavía se podía encontrar su esencia indígena poco contaminada por el modernismo. Además de todo aquello, la información presente en su obra referente al período prehispánico, en lo relativo a la influencia cultural inca, las actuales comunidades diaguitas no lo consideran válido, a la luz de informaciones aportadas por la propia tradición oral, que nunca han sido tomadas en cuenta por el mundo académico.

Hasta finales del siglo pasado, la sociedad burguesa consideraba al pueblo diaguita como una cuestión que se debía dejar atrás en este camino hacia el futuro. Sin embargo, a poco andar, la devastación del planeta, nuestro fracaso en las relaciones humanas, espirituales y morales, nos han hecho voltear la mirada y ver la tremenda riqueza que esta cultura guarda para nuestra propia sanación como sociedad.

Pero no siempre ha existido la idea de que los indígenas eran más bárbaros que los pueblos llamados modernos; por el contrario, en las tradiciones orientales, griegas y hasta en la edad media, se veía a las sociedades primitivas como viviendo en el paraíso, siendo puras y morales. En nuestro caso, no se trata de una relación mejor o peor a la actual, sino una organización social distinta, enfrentada a una naturaleza abundante en recursos, permitiéndole crecer en tamaño y desarrollar adecuadamente a su población.

Esta gente, a pesar de haber mantenido contacto con el invasor europeo, continuaba poseyendo la libertad del montañés, que no obedece a horarios ni días de trabajo. Como sus ancestros, continuaban viviendo no solamente en un sitio, sino utilizando otros pedazos de tierra, distantes entre sí, donde se desplazaban periódicamente en busca de recursos estacionales. Aquellos lugares eran asentamientos de paso ubicados en quebradas tributarias del río, aguadas en la serranía, vegas cordilleranas, playas de las lagunas andinas y terminaban en las pampas trasandinas para, a continuación, volver sobre sus pasos.

Las primeras incursiones “kaikas” al lugar de refugio, no



fueron obra de soldados asalariados por la Corona española, sino por mercaderes ibéricos primeramente, criollos a continuación y mestizos varias décadas más tarde. Aquel contacto comercial significó la incorporación del lucro como concepto intelectual novedoso en su vida económica y afectará al democratismo casi total que los caracterizaba. Las tareas de dirección en la toltería adquieren mayor importancia por el trato con los ocasionales comerciantes y su sistema igualitario se va desfigurando, van apareciendo los derechos de herencia cacical, por tanto, las castas de poder, surgiendo una jerarquía social y una centralización del poder antes inexistentes.

Anterior a la invasión ibérica, el cacicazgo, como fue mencionado en páginas anteriores, no se heredaba, sino que se accedía a él por mérito. Es el caso de los caciques Alonso Contulién (1612-1623), Victoriano Campillay (1668) y Juan Palo (1671). Posiblemente fue la acción de los misioneros jesuitas que buscaban dominar las cabezas de esta sociedad la que implantó el cacicazgo hereditario, con la obligación de contemporizar todo lo posible con los españoles. Los caciques, por su parte, vieron en ello una forma de asegurar su poder interno en la sociedad diaguita y también el camino hacia una mayor integración con el sistema administrativo colonial.

De los pocos antecedentes que existen a este respecto, fue el clan Licuime, señor del viento en lengua vernácula, el que ejerció el derecho de cacicazgo durante gran parte de la época colonial. Se le anteponía a su antropónimo el prefijo Paco (4), cuyo significado es jefe social y/o religioso, para distinguirlo entre sus parientes.

Posterior a 1688, el cargo de cacique en Huasco Alto lo ostentaba Juan Pacolicuime. Al parecer, elegido por méritos propios, no se tiene antecedentes de que fuera por herencia o

4.- El origen de Paco se remonta a San Francisco de Asís, fundador de la Orden Franciscana. Sus hermanos de hábito le llamaban Pater Comunitas (Padre de la Comunidad). Por tanto, Paco sería un acrónimo de PATER COMUNITAS.



impuesto por algún medio externo a la tradición de los clanes. Durante los últimos años de vida, a causa de su vejez, quien asume el cargo fue su hijo Francisco, tomando el título en propiedad tras su muerte en 1723. En 1769 recae el mando en su hijo Ramón, quien muere en 1779. A la muerte de este, ante la ausencia de un heredero presente, el cargo lo ejerció Gregorio Saguas, residente en Huasco Bajo.

Tras una larga ausencia del valle, Julián, primogénito de Ramón Pacolicuime, , vuelve en 1789 y realiza el correspondiente petitorio a la Real Audiencia del Reino por su derecho sobre el cargo cacical. Este es concedido y comienza a ejercerlo en el mismo año de la eliminación del sistema de encomiendas en Chile.

Con la abolición de este brutal sistema socioeconómico colonial, que cobraba un pago de tributo a la población indígena en nombre del rey de España para costear los servicios de los invasores, más bien dicho, prestar servicio a un encomendero, algunos autores sostienen que termina el período de esclavitud en los pueblos indígenas. No obstante, debían seguir pagando impuesto a la Gobernación de Chile y los encargados de la recaudación fueron las autoridades locales, corregidores de partido, subdelegados de valles, entre otros. Con ello, el apellido compuesto Pacolicuime pierde vigencia hasta su desaparición.

En la memoria del mundo indígena local, la causa de los años de ausencia del valle de este personaje que reclama el máximo cargo tribal, está dividida. Unos pocos aseguran razones familiares y de trabajo en la zona de Catamarca; los más mencionan haber formado parte de uno de los tantos viajes, siguiendo antiguas rutas andinas hacia el territorio altiplánico de los chibchas, en el centro de la actual República de Colombia.

Por consiguiente, en esta historia que no está escrita, se cumplen al menos dos constantes de un mismo patrón: por una parte, el característico ir y venir a través del macizo andino y, por otra, la dispersión comercial y social a grandes



distancias de que nos hablan los abuelos.

Avanzando en el tema, durante los casi trescientos años que duró el dominio español en suelo chileno, existió en el pueblo diaguita una compleja relación de resistencia y adaptación de sus tradiciones, llegando casi a identificarse con la manera de vivir propia de la gente rústica en la cultura de los “civilizados”. Aquello también lo vemos manifestado en algunas posesiones personales, por lo común, muy apreciadas, como espejos, peines y chucherías entre las mujeres; instrumentos musicales, naipes y dados, entre los hombres, muñecos y objetos lúdicos en los niños.

Junto a la transformación de sus viviendas, se fueron incorporando paulatinamente a su sencillo mobiliario otros elementos de origen ajeno, como mesas y asientos, pero siempre en un contexto de rústica simplicidad. En el caso particular del catre para dormir, estaba formado por un bastidor rectangular alargado, sostenido por estacas enterradas en el suelo que soportaban dos largueros entrelazados por correas de cuero; encima, a manera de colchón, un sencillo saco relleno con lana o paja, sábanas de algodón ordinario, un poncho tejido con lana de guanaco u oveja y una gruesa sobrecama tejida con los mismos materiales; la almohada era de tocuyo bordado. Debajo se podía encontrar un tiesto generalmente de cobre como orinal.

En el transcurso del tiempo, por lo dificultoso de la aplicación del adoctrinamiento religioso y al no poder en este lugar ser establecido un pueblo formal de indios, como ocurrió en Huasco Bajo o en el pueblo de San Fernando de Copayapu, los lugareños entraron en la categoría de indios de estancia. Esta clasificación de asentamiento indígena se refería a una pequeña propiedad individual que tenía cada comunero, más derecho sobre terrenos comunitarios llamados de “estancia”.

Si bien es cierto que el rey de España era señor de las tierras invadidas, no lo eran menos los caciques diaguitas que tenían también señorío derivado de un respetado título otorgado por sus pares, cual era la administración de la



antigua posesión en que se hallaban. Para conciliar ambos intereses, la doctrina colonial estimó que al rey de España le competía el dominio directo y al cacique indígena el dominio útil.

La imposición de un sistema social a través del adoctrinamiento religioso, la evangelización, significó un cambio en las prácticas más adentradas de la sociabilidad indígena. Los primeros misioneros católicos prefirieron para su conquista espiritual el uso de la lengua quechua, ya conocida en este territorio, más la imposición del idioma de los ocupantes.

En ese período temprano de la Colonia, la población era trilingüe, hablaba los dialectos cacán y quechua, además del idioma español, que desde 1634 toma el carácter de lengua administrativa, comenzando de esta manera, y sin mayor presión, la extinción de la lengua serrana. Fue recién en 1770 que el idioma español se establece como lengua obligatoria. Pero una vez que el contacto cultural entre españoles y diaguitas se dejó sentir, quedó en evidencia la incorporación de un considerable repertorio de voces locales al mundo criollo, especialmente en denominaciones geográficas.

De esta manera, los diaguitas también sellaron su presencia idiomática, aunque a esas alturas de la historia local habían adoptado una lengua foránea. Es un hecho conocido y comprobado históricamente que, en la lucha por la existencia entre dos o más lenguas, la más desarrollada generalmente vence, sobre todo cuando existen otros factores favorables y la otra va desapareciendo como cosa “fuera de moda”.

En consecuencia, tras no largos años, el tipo indígena y su lengua van tomando los aspectos y los rumbos de la raza invasora, que se impone a los influjos de la ineludible ley del perfeccionamiento humano.

Sin tomar en cuenta la tradición oral, solamente considerando que los indios de Jujuy y Catamarca traídos por los españoles en los primeros años de la invasión se

entendían de muy buena manera con sus similares de este hoy valle del Huasco, nos permite articular que utilizaban la misma jerga, en lo sustancial, aunque posiblemente no era homogénea o la pronunciación variara. Dicho de otra manera, hablaban el cacán, lengua común de los pueblos que formaban las provincias diaguitas trasandinas y que tiene muchas analogías, según Santa Cruz, con el idioma atacameño y puquino.

El famoso misionero jesuita y lingüista Alonso de Bárcena o Barzana, realizó en el siglo XVI un vocabulario, hoy perdido, de la lengua común de los pueblos que formaban aquellas provincias diaguitas, territorio que abarca lo conocido hoy como el suroeste de Salta, toda Catamarca, los valles occidentales de Tucumán, La Rioja, excepto su parte más meridional, la parte montañosa de San Juan y la región de Santiago del Estero que limita con Catamarca.

Siguiendo en este razonamiento, tres siglos más tarde, en 1894, Lafone Quevedo, en su trabajo titulado *Tesoro de catamarqueñismos*, expresa:

“Existe en Chile sangre y lenguaje de los pueblos orientales diaguitas”.

Ratificando lo que la tradición oral ha tenido siempre presente, en todos los tiempos, por ambas vertientes cordilleranas había asentamientos humanos emparentados, compartiendo lengua, identidad y tradición cultural, conformando la “nación diaguita”. Quizá una razón más para que, en tiempos de la Colonia, la región montañosa del norte de San Juan, correspondiente al territorio oriental diaguita, como fue mencionado anteriormente, perteneciera administrativamente a la Gobernación de Nueva Extremadura o Gobernación de Chile, también conocida de manera coloquial como Reino de Chile, a pesar de que nunca tuvo rey propio.

Los argentinos poseen abundante documentación



referente al pueblo diaguita de aquel lado; sin embargo, por el lado chileno existe gran carencia, a pesar de haber sido el pueblo con mayor desarrollo cultural en aquella época. En este sentido, el gran mérito de Lafone Quevedo es el de haber probado que no puede hablarse de identidad lingüística entre quechua y cacán, propuesta por variados historiadores. La lengua cacana no era la misma que la del Cuzco.

Algunos pocos investigadores, por este lado de los Andes, si bien han mencionado la existencia del habla cacán, no han logrado identificarla plenamente por la superficialidad de la información o bien por la poca amplitud y seriedad en las investigaciones. Más bien, han realizado especulaciones de gabinete y otros han carecido de dotes de observación y registro en los trabajos de campo. Posiblemente, su temprana extinción se debió sobre todo a lo que los investigadores trasandinos califican de “sobremanera difícil”, “por extremo reservada”, “extrañamente difícil”, acentuada, quizá también, por la falta de medio gráfico de representación en el momento del gran cambio fonético y fonológico al español.

Sin embargo, pretenciosamente podemos asegurar que en este lugar permaneció después del primer contacto europeo durante al menos dos o tres generaciones, aunque cada vez más confinada al entorno familiar, específicamente en el femenino.

Hoy su rastro lo encontramos en la toponimia, apellidos en el hábitat huasquino y palabras sueltas que han permanecido en la tradición oral como aporte cultural de la más larga data. Distinto a lo ocurrido con la lengua quechua. En nuestra tierra aún perviven en el léxico cotidiano los vocablos chacra, tambo, quincha, pirca, charqui, guagua, chinche, chuño, totora y muchos otros más, fenómeno común en todos los pueblos donde el caudal de voces de otros dialectos se impregna y coexisten.

Por otra parte, el aislamiento geográfico del territorio y su condición relativamente marginal respecto de los centros de mayor irradiación cultural, como la capital del Virreinato



del Perú o la capital del Reino de Chile, Santiago de Nueva Extremadura, no permitieron la llegada de algún personaje con mayor desarrollo intelectual, que a manera de agente de cultura general realizara alguna pequeña investigación o listado de palabras sueltas; para qué hablar de algo más elaborado como un diccionario.

Por el lado de la lengua española, esta misma situación restó fuerza a la influencia de un modelo de prestigio idiomático o culto, facilitando en cambio el desarrollo de usos propios del habla vulgar, que aún hoy se escucha en ciertos sectores poblacionales.

Considerando las nuevas circunstancias, principalmente en el área comercial, al ver la importancia de los tejidos, los cacharros de greda y la carne de animal como bienes transables con los ibéricos, los lugareños optaron por reformular algunos elementos de su cultura, lo que les permitió adaptarse e influir sobre las condiciones de aquella época. En 1789, el subdelegado Martín Gregorio del Villar lo deja muy bien expresado:

“... la principal ocupación de éstos es la labranza y poco a las minas, y sus cosechas abastecen a este partido (Paitanasa)... ”.

Al mismo tiempo, en el “Plano General del Reino de Chile en la América Meridional”, realizado en 1793 por orden del virrey del Perú, Francisco Gil y Lemos, según consta en la simbología del bosquejo, los habitantes de Huasco Alto son catalogados como “Indios estancieros fieles”.

Sus liderazgos, concepciones religiosas y relaciones con el nuevo estado también se fueron transformando, quizá veladamente, con el objeto de preservar sus costumbres, memoria y territorio. No hubo hasta ese tiempo destrucción de sus bases culturales, sí su silenciamiento y deslegitimación social.



A los ojos europeos, su forma de vida y vestimenta se encontraba relacionada con los conceptos de pobreza e incultura; por ello, la cultura aborígen no fue considerada, no correspondía al grado de complejidad presentado por el desarrollo europeo. Esencialmente, al producirse el mestizaje, el aporte cultural nativo tomó el carácter de folclore.

En consecuencia, desde los primeros tiempos históricos, nuestro desarrollo cultural ha estado controlado por el espíritu mercantil europeo y, desde mediados del siglo pasado, por la intromisión económica y cultural norteamericana. Pero, culturalmente, hoy no somos prolongación ni apéndice de ninguna de las dos, tampoco continuación de la cultura precolombina nativa. Ni una mezcla de esto con lo anterior, sino un mundo cultural nuevo, en formación, a expensas de todos esos ingredientes, como resultado de una síntesis dialéctica que nos hace un producto diferente, un mundo ecológico-social que se está expresando distintamente.

Volviendo a la vieja época, las curanderas y parteras se conocieron peyorativamente como brujas o hechiceras, de acuerdo a la concepción de la Iglesia Católica, en circunstancias de que eran mujeres sabias, herederas de la medicina ancestral, conocedoras de la interrelación que existe entre el cuerpo y la energía natural, expertas en el uso de las hierbas medicinales que tapizan la serranía y cumplían, como en los primeros tiempos, las funciones de líderes espirituales, consejeras y médicos asistentes. Afortunadamente, el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición no consideraba a los indígenas dignos de vigilancia, porque se les tenía por demasiado ignorantes para caer en la herejía; solo capaces de tener supersticiones infantiles, sujetos arraigados a su pasado que no podían asimilar nuevas costumbres y creencias.

En el ámbito social, considerando que el prejuicio imponía los esquemas matrimoniales, los españoles pobres se casaban con mujeres indígenas jóvenes; los criollos procuraban casarse con mujeres que tuvieran apariencia europea y las criollas de familias adineradas se esforzaban por desposar



españoles peninsulares. En contraste a lo que sucedió con los señores y oficiales en los primeros tiempos de invasión, estos trajeron a sus esposas de Europa, tan pronto como lo permitió el estado del país.

No obstante, la nueva población residente, criolla, mestiza e indígena, poco a poco se iría convirtiendo en la base de la población actual. A ellos se sumaban algunos pocos ibéricos, dado que no todos pertenecían a la clase respetable o, lo que es lo mismo decir, no todo el grupo social de españoles era rico y educado, porque el fenómeno migratorio no es un proceso que inequívocamente conduce al éxito material y la consecución de un estatus social deseado. En términos cuantitativos, la mayoría de los peninsulares en esta tierra no logró obtener los resultados esperados; fueron muchos los que solo pasaron una mediana subsistencia, y otros ni siquiera eso.

La abolición de las encomiendas que llegó por cédula real el 10 de junio de 1791, cuerpo legal donde se declara que los indígenas sometidos por la Corona quedasen en calidad de súbditos como los demás españoles, dio paso a que algunas pocas familias diaguitas, desde ese momento libres, se asentaran en la toldería San Francisco de Huasco Bajo, hacia la costa y a la iglesia, hoy El Tránsito, al interior, en mucha mayor cantidad. De tal modo, este último y singular pueblo se transformó en la mayor concentración de población diaguita.

Distinta fue la situación ocurrida años más tarde, cuando, producto de un gran sismo que sacudió la zona el 30 de mayo de 1796, muchas familias españolas de Paitanasa, tras perder sus hogares y pertenencias, se vieron en la necesidad de emigrar por ayuda a Santa Rosa del Huasco y al Río de Ramos, hoy Valle del Carmen, lugares donde residía la mayor cantidad de españoles a quienes se había concedido lotes de terreno, no así a la Iglesia, donde permaneció la pureza de la raza nativa.

Estos nuevos concesionarios se encontraron con un suelo regable, preparado desde tiempos remotos para siembra de



cereales. Solo tuvieron que limpiar el área que deseaban aprovechar y ensanchar las acequias, trabajo obligado para radicarse y ganar el sustento.

La llegada de un mayor contingente de ibéricos al Río de Ramos acentúa aún más la diferencia racial entre valles, identificándose desde ese momento como Río de los Españoles y al hoy valle de El Tránsito como Río de los Naturales, expresión que pretendió suavizar el despectivo término “indio”, utilizado por los invasores hasta ese momento para referirse al nombre propio de este río (Río de los Indios).

En los primeros tiempos de la invasión europea, el lugar de origen de la gente que pobló la quebrada Tatará y dio nombre al asentamiento, como lo veremos en el próximo capítulo, era conocido como Pueblo Bajo de Indios, posteriormente La Iglesia, a continuación La Plaza, hoy El Tránsito y era administrado por un cacique. Sin embargo, el valle vecino era conocido como Alto de Españoles, después Río de Ramos, más tarde Río de los Españoles, hoy del Carmen y lo gobernaba un hacendado español o juez territorial.

Esta interesante separación racial y territorial propició que, en el año 1800, el subdelegado Escudero y Román, sucesor de Martín Gregorio del Villar, lo dividiera administrativamente en distritos independientes. Aun más, en la primera mitad del siglo XIX, 1840, el sabio polaco Ignacio Domeyko señala:

“...entre las montañas, en una grieta continental permanece de los tiempos precolombinos el reducto indio Guasco Alto, cuyos habitantes conservan el color y las facciones de los americanos primitivos, aunque olvidaron ya el idioma y las costumbres antiguas”.

Por lo expuesto, podemos presumir que la población cordillerana controló su raíz indígena; por el contrario, los



grupos que permanecieron en la zona baja la fueron perdiendo progresivamente. Sin embargo, con la presencia de mitimaes traídos por los incas -porque sabido es que estos reclutaban sus ejércitos en diversas partes del imperio- algunos de cuyos miembros pudieron quedar instalados a perpetuidad en el lugar, sumados los indígenas de valles vecinos llegados en busca de refugio durante la época colonial y españoles empobrecidos, produjo en el tiempo un interesante mestizaje biológico, social y cultural. De manera similar, a consecuencia de la revolución independentista, debemos incluir unos pocos españoles desterrados en 1818, acusados de urdir planes de conspiración en Copiapó. De algunos sabemos solamente sus apellidos: Maldonado, Carmona, Escuti; con ellos también llegaron José Picón, Agustín Vallejo y un vecino de Vallenar, José Martínez.

El proceso de asimilación a un nuevo orden social que se venía desarrollando, que por ningún motivo ocurrió en pocos años o décadas, anuló el régimen de comunidad y los lugareños comenzaron a dividir la tierra en pedazos y muchos a apropiarse de ellos, a la manera europea. Entonces, los que quedaron sin tierra debieron trabajar para los otros, produciéndose una marcada división social, resultando la creación de un grupo de marginados o desposeídos, quedando el trabajo asalariado como el fundamento laboral de su vida. El desarraigo espacial y laboral llevó a este nuevo personaje a vivir el día, sin expectativas de porvenir, sin recuerdos de familia ni del lugar donde nació. Anda y anda, siempre en búsqueda de un nuevo trabajo que le proporcione, si no más salario, más descanso. De ahí que los agricultores de la época hayan visto en ellos solo focos de vicios y flojera.

Los indígenas encontraron el mercado español muy provechoso para sus necesidades y adoptaron su sistema de producción y venta, en donde también estuvo presente la ganadería mayor introducida por los invasores desde los primeros tiempos. De ella, fueron objetos de comercio los caballos, asnos, mulares, vacunos y sus productos derivados



como cebos, cueros para suelas de zapato; de los ovinos, lana y cueros para badanas. Igualmente, fruta seca, aguardiente, vino y chicha. Estos últimos productos fueron el resultado de haber reproducido, de muy buena manera, las semillas entregadas por Valdivia en Pallantume que, ayudadas por un clima admirable, prosperaron, se multiplicaron y mejoraron en calidad.

En aquellos tiempos había una economía de trueque. No debemos pensar que la negociación fuera cosa sencilla y breve; por el contrario, era larga y fastidiosa. Los mercaderes procuraban obtener los cotizados artículos indígenas al menor precio posible y la contraparte deseaba el mejor pago por sus productos.

Pero este precario intercambio comercial aceleró el proceso de transición para el establecimiento de una cultura foránea, fenómeno que venía ocurriendo desde el primer contacto con los europeos. Primero fue la alimentación, donde la harina tostada tomó un importante rol como alimento de los lugareños, en menor medida el mote de trigo, pero ambos productos alimenticios relegaron el uso de la harina de algarroba. El sistema de trabajo se vuelve cada vez más complejo; las necesidades de dinero se hacen más apremiantes en la población indígena y se comienzan a producir relaciones de subordinación en las tareas agrícolas, actividades que antes eran realizadas por cada grupo familiar. Muchos venden su fuerza de trabajo, alejándose del lugar por períodos cada vez más largos.

Las prendas de vestir se siguieron confeccionando con técnicas ancestrales, pero se cambia el vestir indígena por el hispano, en particular la mujer. No obstante, subsisten prendas como ponchos, mantas y otras ropas de abrigo para soportar el frío clima cordillerano; del mismo modo, siguieron utilizando prendas y accesorios en cuero. Las olleras o loceras continuaron la tradición ceramista; sin embargo, sus obras diferían en mucho de las prehispánicas, privilegiando las piezas de tipo funcional. Esto causó que la antigua alfarería



indígena, caracterizada por su rica decoración, comenzara a perder protagonismo.

Este proceso tiene un costo sociocultural enorme; se va debilitando el sistema de reciprocidad, las formas sustentables de convivencia con la naturaleza que limitaban la caza y la recolección a lo únicamente necesario para el mantenimiento familiar o comunal. Se van produciendo crecientes diferencias entre las familias en razón de sus vínculos con el mundo europeo, generando divisiones al interior de la comunidad, quedando cada vez más relegado su sistema de cooperación comunitario regido por los principios de igualdad y equidad social, que contribuían a fortalecer las relaciones asociativas basadas en la confianza y la solidaridad.





Capítulo **V**



El éxodo de Huasco Alto

Capítulo V

El éxodo de Huasco Alto

Mientras en Huasco Alto las cosas se daban como hemos intentado describir las en general, cuando llegó el aventurero, el buscador de oro y el misionero, kaikas de todas las intenciones; algunos buenos, sin duda, pero perversos, muy perversos los más y el diaguaita perdió el tejido de las dulces costumbres de su toldería, algunas familias, las más reaccionarias a la convivencia con el europeo y con el nuevo orden que se está imponiendo, en la época del año cuando se habían ido las noches frescas y las madrugadas con escarcha, en un esfuerzo por volver al seno de la naturaleza abandonan el pueblo rumbo a Paytepen. Lugar en donde aún están presentes añosas sendas, conformando una red de comunicación armónica entre las altas cumbres del macizo andino que conecta a los valles intermontanos orientales, la zona de los llanos, la costa y el valle vecino de Copiapó.

En aquel extraordinario escenario que nos da la geografía serrana, en donde el viento está presente con silbidos agudos, con llantos suaves o con roncos gritos y cuando sopla poderoso, lo que casi siempre hace, sus bramidos estridentes hacen estremecerse las montañas; se les unen otras familias con los mismos ideales procedentes de la quebrada de Colpe (5), voz desde luego cacana que en el lenguaje de hoy equivaldría decir “manantial de agua clara”.

Sintiéndose castigados por el destino, en conjunto, alzaron un resonante clamor de adiós a ese pedazo de tierra que los vio nacer. De modo que la sierra se llenó de sollozos y gemidos, como despedida doliente de gente que se refugia en medio de

5.- Existe una localidad con el mismo nombre al poniente de la Provincia de Catamarca, dentro del Departamento de Pomán.



las peñas. Lloraron los viejos y los hombres maduros se tragaron las lágrimas, increpando con voz mojada en llanto a sus mujeres y a sus hijos para que se callaran.

Más tarde, el crepúsculo cedió el paso a la noche y el murmullo del viento turbó la quietud. Reunidos a la luz de una llameante fogata que centelleaba en la oscuridad dibujando imprecisas formas sobre las roquerías, tuvieron la impresión que algo maravilloso les esperaba en los días por venir y, percibieron nuevamente, después de largo tiempo, aquella sensación de independencia que entrega la serranía huasquina, conocida simplemente como ¡libertad!

Habían estado mucho tiempo amargados, desesperanzados, creyendo ser lo que otros les habían dicho. Ahora, el reencuentro con el verdor de las vegas de altura, la fragancia balsámica de la salvia y el poleo, sumados a otros testimonios más de las fuerzas inconmensurables de la naturaleza presentes en ese enorme bastión montañoso, infundieron en sus corazones nuevos aires, haciéndoles levantar sus cabezas pletóricas de esperanza e invadidas sus almas de una extraña y dulce paz.

Con el transcurrir de los días, en uno de aquellos tantos hermosos amaneceres, cuando los serranos u hombres de las tierras altas despertaban de su letargo nocturno, silencioso y con paso mesurado, pero solemne, un cóndor de plumaje gris oscuro asomó de una condorera. Movi6 el cuello para probar sus músculos, abrió las alas en toda su amplitud, desparezándose de la inacción de la noche y sacudiendo con violencia la cabeza lanzó un poderoso graznido que se sobrepuso a los cánticos que de todos lugares surgían en honor al nuevo día.

Aquella señal enviada a las cumbres nevadas, era la voz del soberano de aquel espacio aéreo andino, señalando que iba a emprender vuelo por sus dominios. Sin embargo, permaneció largo rato de pie sobre una aislada roca con los ojos fijos sobre el improvisado campamento. Más de pronto, batió las alas, corrió un corto espacio hacia adelante y de un enérgico impulso remontó vigoroso ascenso, planeó tres vueltas en

círculo sobre el campamento y emprendió viaje rumbo hacia donde se pone el sol.

Los “tatay” del grupo interpretaron aquel magnífico vuelo como un mensaje enviado por los ancestros. Siempre generosos con sus hijos, les señalaban por intermedio de Candeí, tercer componente sagrado para el pueblo diaguita, el camino que debían seguir. Entonces, por el sendero que transitaron sus antepasados desde tiempos pretéritos, de no más de medio metro de ancho, flanqueado por ondulantes faldas de cerros y quebradas se movilizaron rumbo a lo que sería su nuevo hogar.

Así, aquel día fue sólo el primero de una larga serie de jornadas que vendrían a continuación, caminatas llenas de acontecimientos gratos, de acrecentado encanto y de olvido. Desgraciadamente, no tenemos información de la cantidad de familias o personas que formaron parte en aquella travesía hacia las tierras bajas del Huasco. Sin embargo, lo que hemos podido recoger de la tradición oral correspondiente al organizador y guía, este habría sido un cazador de cabeza cana y rostro surcado de arrugas, cuyo nombre está perdido en la memoria. No obstante, algunos aseguran que era del clan cazador, es decir, del linaje Campillay. Hombre avezado, su habilidad como jinete y como seguidor de huellas no tenía par, interpretaba con facilidad las más variadas manifestaciones del entorno natural, capaz, en alguna ocasión, de ver sucesos anticipadamente y medir intuitivamente el tiempo y las distancias.

El apelativo Campillay, de indudable origen diaguita, hoy apellido muy extendido a lo largo y ancho del valle del Huasco, equivaldría decir en su lengua “corazón o alma de guanaco”.

En esta peregrinación avanzan alegres hacia un destino incierto, pero libres, dejando atrás solamente las cenizas de un pasado esquivo. Las inclemencias de la pedrería en las quebradas, algunas pocas secas, se anulan al momento que alcanzan la falda de los cerros, marcando una particular línea irregular que salía de un extremo de la nada y se perdía en el



otro. Cabe señalar que en el mundo andino fueron conocidos como muy buenos caminadores, cosa que siempre asombró a los invasores.

Por otro lado, han dormido casi toda la vida en el suelo y, les consta que no hay mejor lugar para descansar. Entonces, al momento de acampar, imitando al guanaco excavan un poco el terreno formando un hueco para el cuerpo y se cubren con unos pocos cueros y mantas, los pies los mantienen siempre un poco más altos que la cabeza y defendidos contra el gélido viento nocturno. Así, nunca se resfriarán. Generalmente, despiertan bajo las pálidas estrellas del alba, reposados y con renovados ánimos. Si lloviera o nevara, terminan tapándose simplemente la cabeza y duermen profundamente.

A su paso, innumerables lagartijas se cruzan y huyen apresuradas hacia sus escondrijos; entre los arbustos ramosos se escucha de vez en cuando la crepitada fuga de una liebre; un zorro escapa furtivo entre los montes que cubren las laderas perseguido por los perros y sobre un lomaje cercano, en desesperada carrera, una pequeña manada de guanacos con sus crías huyen de una hembra de puma, a cada momento miran hacia atrás y conminan a los pequeños a que aceleren la carrera. El desenlace no es difícil de predecir, a cada minuto se acorta el intervalo entre ellos y el cansancio hace que se rezaguen cada vez más los chulengos. Antes de alcanzar unas peñas, en un remolino de colmillos descubiertos y poderosas zarpas, la leona andina derriba al más rezagado. En medio de un crujido de potentes quijadas, el balido aterrado del pequeño animal dejó súbitamente de oírse, cuando el imponente carnívoro le abrió la garganta. Un surtidor de sangre mojó el hocico de la cazadora cuadrúpeda y manchó de carmesí su piel dorada oscura. Las patas de la presa se agitaban espasmódicamente todavía, cuando la leona le abrió el estómago y le arrancó un bocado de carne roja y caliente que, sin lugar a dudas, servirá de alimento a sus crías. Más adelante, una vizcacha apresuradamente se esconde en su madriguera y desde el cielo un ave rapaz la

vigila con atención cazadora.

Vienen de todas las edades. Viejos, uno de ellos muy anciano de venerable aspecto y ayudado por una vara para caminar, jóvenes, adultos, niños, infantes de pecho. Mujeres, con su variedad de cargas, cueros, mantas, jaulas con gallinas y los infaltables perros. También, portan un sinnúmero de canastos hechos de caña en que han guardado herramientas, semillas y renuevos de árboles para la replantación en la nueva tierra.

Marchan, uno detrás del otro, en compás solemne entre los amarillos pajonales. Los hombres a caballo se mueven marginalmente en plan de caza, con intervalos de descanso y ayuda a las mujeres embarazadas o con niños a cuestas en los pasos difíciles, como portezuelos, vegas y pantanos.

Traen un gran rebaño de cabras. Van muy juntas, formando una compacta masa que avanza lenta pero invariablemente. De hecho, es sorprendente no ver ningún pastor que las guíe. Pero al frente del rebaño va un perro y detrás otro. Ellos son los que conducen ordenadamente el ható.

Por si fuera poco, traen una piara de mulares jóvenes, de orejas inquietas y de lomos nerviosos y sensibles al más leve cosquilleo. Caminan atadas entre sí por largas cuerdas, a ratos se atropellan o se rechazan a patadas que terminan en brutales sacudidas de las ataduras. Los gritos de sus cuidadores las aquietan.

-¿Quién ha sido el primer cazador en recorrer esta ruta?

Los más ancianos habían escuchado a sus abuelos que originalmente fue un sendero de guanacos, luego utilizado por los “antiguos” y en las últimas centurias cazadores diaguitas. Pero, para alguien que no es hijo de esta tierra pasa desapercibido, porque la arenilla llevada por el viento que sopla diariamente cubre toda huella. Si lo recio del viento no es capaz de borrarlo, la lluvia y la nieve lo harán sin ninguna duda.

Forma parte de los emigrantes un anciano de edad



indeterminada, portando gran surtido de hierbas medicinales. Tiene la reputación de ser un buen curandero y como en todos los tiempos, ignorado por los sanos y requerido por los enfermos. Sabía entablillar extremidades fracturadas o luxadas y componer dislocaduras. Unos cuantos tirones y masajes entre huesos y tendones descoyuntados eran suficientes para un efectivo tratamiento.

En los días de cacería, a la hora del crepúsculo, los guanaqueros alcanzaban la caravana trayendo alimento cárneo obtenido por la caza de animales de manadas sin crías, momento en que las mujeres cocían papas para acompañar la sabrosa carne. Así, muy pronto, el aire se llenaba del aroma a carne asada, ese manjar tan apreciado en la serranía. Además, mientras las familias dormían, los cazadores vigilaban el campamento por turnos de media noche, no permitiendo que el fuego se extinguiera hasta pasada la primera comida del día y continuaran viaje.

También hubo noches en que fuertes ráfagas de viento animaban intermitentemente la hoguera. Unas veces rugía y chisporroteaba, iluminando las inmóviles figuras de los que estaban cerca, mientras a otras las dejaba sumidas en la mayor oscuridad. No obstante, sin preocupación alguna, los contertulios continuaban sus animadas chácharas, sus alegres cantos y sus frecuentes carcajadas. Había también parejas de jóvenes enamorados paseando bajo la esplendorosa luz centelleante de las estrellas y, cuando se calmaba el viento, se podía escuchar sus conversaciones amorosas como un dulce murmullo.

Los cazadores no eran la única fuente de aporte de alimentos para las familias. Con frecuencia, las mujeres, a pesar de ir cargadas, recolectaban montes, frutos o raíces y lo hacían con tal eficiencia que apenas retrasaban la marcha. Una mata de pacul, chañar o algarrobo a la vera del camino era prontamente despojada de sus carnosos frutos. El berro, arraigado en las vegas pantanosas era todavía más fácil de obtener.

Hubo una noche clara y estrellada con el aire cargado de misterio, en que se escuchó el rugido de un animal a lo lejos, el ganado cabrió y las mulas se inquietaron, los perros emitían gruñidos amenazadores y su postura pasaba de una actitud defensiva a otra más bien agresiva, preparados para atacar. Los cazadores se pusieron en tensión sosteniendo sus armas, mientras sus fantasmagóricas siluetas se desdibujaban entre los montes.

-¿El puma? Preguntó alguien en voz baja.

Otro rugido como respuesta, luego silencio y volvía la quietud, solo el susurro de la brisa impedía que aquel silencio fuese absoluto.

Los días eran bastante cálidos, pero los vientos nocturnos todavía solían traer el gélido soplo del hielo de las cumbres. Era la época del pasto nuevo, entonces, fue frecuente encontrar manadas de guanacos apacentando en los rústicos pastos de altura. Cuando el grueso del grupo se acercaba, sin manifestar mucha sorpresa los animales se movían hacia adelante o hacia atrás al trote y luego de pasar los serranos regresaban al mismo lugar para continuar pastando. Sin embargo, el macho que no conoce aún al hombre, hace gala de valentía: se adelanta fieramente, solo, erguido, soberbio, dando ciertos gruñidos de desafío y cólera, listo para entrar en pelea o sufrir el primer choque del atacante, como era su característica.

Durante el día, los cóndores venían a posar de centinelas en las rocas vecinas al camino o describían vastos círculos y lentos espirales, cuyo centro era el grupo errante. Sin lugar a dudas, marcando con énfasis el camino al nuevo hogar.

En las noches, antes de conciliar el sueño, contemplaban extasiados las estrellas. Para el diaguita, cada una es una joya admirable, es más, sostienen que manos divinas han querido que el hombre las pueda contemplar todas juntas, para que sienta de mejor manera su generosa magnificencia y que goce de su luz misteriosa, sin atreverse a escudriñar sus



secretos. Puede ser que sean la morada de las almas que han dejado el valle o, bien, mundos en formación destinados a reemplazar a los que desaparezcan. ¡Misterio! Lo único cierto es que son una fuente inagotable de poéticos ensueños para su alma sencilla, que las mira con amor y admiración. A decir verdad, agradecido por su fidelidad inquebrantable al guiarlo por las montañas.

Pocos días después llegaron a una quebrada que en el presente se le conoce como Chancoquín o La Totora -en donde discurría rápido un riachuelo sobre el lecho salpicado de cantos rodados- y el grupo siguió el curso del agua. La temperatura era más agradable que en la serranía, porque en la amplia garganta continuamente soplabla una brisa fresca que atemperaba los ardientes rayos del sol.

La persona que enfrente por primera vez esta torrentera, hoy seca, puede sentir diversas emociones, pero nunca indiferencia. La magnificencia del paisaje sobre el que quedaron grabadas las cicatrices de una turbulenta historia geológica, estalla en una gama infinita de colores que, desde el ocre al amarillo se multiplica en marrones y grises, donde hoy el verde es el gran ausente a los ojos.

Es más, el hombre primordial también había dejado su impronta. A medio camino se encuentra un prominente bloque rocoso aislado, conocido por los lugareños como “Piedra del Gato”, con motivos de gran finura artística grabados en todas sus caras, copitas de variados tamaños y unos pocos trazos de pintura roja de difícil observación. El móvil que dio el particular nombre a la roca, es la aparente figura de un felino (gato) grabado en la cara que mira quebrada abajo.

Siguiendo el curso de las aguas, a la vera de un sendero que remonta la quebrada conocida hoy como Amolanas, de manera semejante, se localiza uno de los núcleos de arte rupestre más conocidos en la provincia, tanto por sus representaciones como por el marco de belleza natural. Singular unión que provoca en el visitante una mitigación a su nociva soberbia intelectual.

Para los diaguitas contemporáneos estas excelsas manifestaciones culturales no tienen significado y su factura simplemente la atribuyen, como dicta la tradición oral a los “antiguos”. De todas maneras, desde nuestra perspectiva actual, en cada roca culturizada hay una dialéctica entre lo que se ve y lo que se cree ver, sobre todo lo que se infiere e interpreta a partir de lo que se cree ver, porque como el tema es arqueológico, el registro que tenemos no es completo. El tiempo, el agua, el viento, los animales, los insectos y diversos factores de alteración antrópica han contribuido para que el significado de la obra se torne indescifrable.

Muy abajo, subiendo por una empinada quebradilla que discurría por el lado poniente, abandonaron el rumoroso cañón.

Como había sido en los tiempos anteriores a la invasión, las doncellas disfrutaban los días de travesía con juegos, cánticos y danzas, proporcionando regocijo al grupo. Alegre y tierna era la expresión de sus facciones, negros sus ojos como la noche y sobre sus espaldas caían en perfumadas trenzas los cabellos de aquel mismo color. Los senos desnudos ostentaban orbes voluptuosos, una especie de falda cubría en parte sus agraciadas formas, que partiendo de la cintura terminaba a media pierna, cuyos suaves contornos se ofrecían a la vista como se ve alrededor de nube cenicienta la claridad de la luna. Con igual encanto, del lóbulo de sus orejas pendían primorosas figuras en cobre, brazaletes del mismo metal ceñían sus torneados brazos o tobillos y ornaban su garganta largos collares compuestos de diminutos anillos de malaquita.

Una muchacha que todavía no era mujer, pero que transportaba la misma carga como una más caminaba detrás de las doncellas; de vez en cuando, volvía la mirada hacia un mozo que casi era un hombre y avanzaba detrás del grupo de mujeres llevando una regordeta liebre al hombro, abatida por una certera pedrada de su honda. Con gran ingenio se las arreglaba para dejar entre ellas y él la suficiente distancia para que pareciera formar parte de los cazadores que constituían



la retaguardia, protegiendo, como era su costumbre, al grupo de niños.

Como lo mencionamos en un capítulo anterior, tenían la mayor consideración con los niños. Los bebés eran mimados por hombres y mujeres por igual y, cuando crecían, los criaban con afecto y cariño, pero también con disciplina que se iba haciendo gradualmente más severa a medida que crecían. Su castigo era, simplemente, la indiferencia.

Cuando la languidez de la tarde envolvía el campamento, los viejos agradecían la jornada cumplida y esperaban con ansiedad la próxima. Los días que dejaban detrás parecían cada vez más lejanos y los malos recuerdos se desvanecían por igual. Para los niños había llegado el momento de adquirir conciencia de su deber y de prestar atención a la gran labor que sus padres se habían impuesto realizar.

También, en cada mañana al comenzar a alborear el día, cuando el silencio de la noche aún imperaba sobre las montañas, las familias entonaban un solemne himno. Comenzaba muy suave, como el melodioso murmullo que brinda un pequeño arroyo y, al subir la intensidad de voz, cambiaba también a un ritmo más alegre. Era el alma del diaguita surgido de la noche, agradeciendo la luz mañanera.

Día tras día marcaron su huella sobre la falda de los cerros, las horas pasaban de prisa, cada día subsiguiente se asemejaba a su predecesor, pero más rico en emociones y la distancia recorrida parecía siempre la misma. De igual manera, la serranía no cambiaba como conjunto total, más vista de cerca, mudaba constantemente y, como territorio bravío, en numerosas ocasiones vieron a hembras de guanaco con sus crías huir a protegerse en parajes rocosos, llenos de obstáculos y cóndores que caídos del cielo en círculos de muerte las azotaban al pasar con furiosos aletazos para atemorizarlas y ahuyentarlas de su refugio. Sin embargo, temblorosas, inmóviles, cobijando con el cuerpo a cada hijuelo soportaban las embestidas, hasta que frustradas en su táctica las aves se alejaban.

Es posible que un viajero actual imagine la imposibilidad de sobrevivir en un ambiente tan particular, donde las piedras y el viento parecen dueños absolutos del espacio y el tiempo. Sin embargo, si recorre las protegidas quebradas o los fértiles bolsones escondidos entre cerros, observará que su primera impresión es errónea. Descubrirá que allí, donde existen pequeños cursos de agua y vertientes como una maravilla más de la naturaleza, brotan extensos manchones de pastos verdes que los diaguitas tienen en la mayor consideración, por ser gran sustento para sus animales.

A pesar que caminaban cuesta abajo, no llegaron a la hoy llamada quebrada San Antonio antes de veinte amaneceres, en horas de la tarde, cuando el sol había sido empujado hacia los cerros del lado poniente, tras los cuales parece ir a pasar la noche. Acamparon en un lugar en que la parte despejada del terreno y algunos troncos desgajados mostraban que había sido utilizado con el mismo fin anteriormente, las hojas de los árboles estaban medio desarrolladas, la hierba era verde, las flores de intenso color azul se inclinaban con gracia al extremo de unos largos tallos, mientras la brisa murmuraba suavemente al pie de los montes.

En aquel hermoso rincón serrano, el ganado permaneció quieto y silencioso; no se escuchaba sonido alguno, salvo el chasquear de las ramas de chilca al quemarse en la fogata. A causa de sus entretenidas conversaciones las doncellas no se dieron cuenta del transcurso del tiempo hasta cuando, a través de los árboles, observaron una radiación plateada mostrando que la luna había salido por los contrafuertes cordilleranos. Y mientras continuaban animosamente parlotando y riendo, el luminoso disco de la luna en su fase llena se apareció a sus ojos, cruzado por las oscuras ramas de los árboles.

Dos días más de camino, cuando el sol estaba todavía bajo, divisaron la extensa planicie conocida hoy como Llano de Marañón, aparentemente del todo horizontal. Sin prisa, entraron a la llanada tapizada de flores que contrastaban al mediodía la violencia del sol adueñado de toda la amplitud del



cielo azul. No se veía la mínima mancha de nube, su tiranía era completa. En horas de la tarde, con la vista puesta en el horizonte, el rosado crepúsculo los invitó a descansar de la jornada y disfrutar del suave viento que atravesaba la pradera barriendo las hojas secas.

Al siguiente día, se sintieron maravillados al ver la brisa mansa y suave de la mañana producir graciosas ondulaciones en aquel manto de colores, formando un cuadro que supera la concepción humana que se tiene sobre la belleza, la potencialidad imitativa del artista y toda noción de estética, para elevar el espíritu a reflexionar sobre la grandeza creadora de la Mamu Ashpa. En sus límites, una jornada más tarde, se encontraron frente a los cerros de Yatara, hoy Guatemé.

La bajada por la quebrada conocida en el presente como Las Ventanas, terminó a la vera del río gratamente sombreado de sauces y maitenes.

Embargados de tanto esplendor natural, muchos dejaron caer sus cuerpos extendidos en el terreno fragante, fresco y de intenso color verde por la chéptica, otros bebían a mano alzada el refrescante líquido, algunas mujeres lavaban sus cabellos con zumo de salvia, los más, mojaban el rostro para enfriar la piel castigada por el implacable sol y el aire seco de la serranía que los había acompañado durante aquellos días de aventura. Las doncellas que estaban donde el río cubría sus piernas hasta las rodillas comenzaron a jugar y, pronto, el lugar se llenó de risas, cantos y gritos de euforia juvenil, aumentando aún más el júbilo en los viajeros.

Debemos hacer presente que en aquel tiempo, en esta zona en particular, existían muy pocos habitantes, como lo mencionamos en un capítulo anterior, la mayoría de los diaguitas habían emigrado a la zona de refugio, al valle oculto tras las montañas, separado por completo del mundo invasor.

Continuando con el viaje, horas más tarde tomaron camino por una de las márgenes del río, siguiendo el rumoroso cauce. Una brisa fresca y amable acariciaba los rostros, mientras

las ramas de los árboles cernían la potente luz de un cielo pristino. El paisaje les parecía sublime, la arboleda estaba bulliciosa y soñadora, impregnada de una suave fragancia a flores silvestres que adornaban la espesura.

Las aves depositaron muy pronto su confianza en los recién llegados. Viendo que nada debían temer, se acercaron y los llenaron de alegría con la suave tonalidad de su belleza de colores y voces insolentes; cien voces resuenan en los matorrales. Asimismo, se hizo presente como un cántico de reconocimiento el graznido de los patos silvestres, el silbido de las taguas y los pidenes ocultos en las matas de totora, colas de zorro y cañaverales junto al río.

Después de caminar por terreno cenagoso, sombrío debido a la vegetación robusta y no talada, evitando los pantanos que caracterizan el lugar conocido posteriormente como fundo Paraíso de Ánimas hoy Quebrada Alday, se presentó una garganta que estrecha el cauce. El promontorio del lado izquierdo perfilaba el cielo brillante y en el piedemonte el río ocupaba gran espacio. Era la desembocadura de una singular quebrada conocida desde remotos tiempos como Tatara.

Envueltos en la bella y frágil luminosidad del atardecer y de la emoción bullente en el pecho de todos, observaron que un centenar de metros antes se presentaba un remanso del río de gran extensión y en ambas riberas había garzas de plumaje tan blanco como de esbelta figura buscando su alimento. El vado pertenecía al cono de deyección de la quebrada misma, que ha esterilizado en las crecidas de los inviernos rigurosos extensiones de vegas en gran proporción.

La ribera se llenó de voces y gritos de niños jugando, doncellas cantando, hombres y mujeres sentían el rebosar de un cúmulo de emociones y desordenados pensamientos. Más luego, aprovechando las bondades de aquel paso de río correspondiente a la época del año, lo vadearon por donde la corriente levantaba espuma alrededor de las rocas que sobresalían del agua poco profunda.





Panorámica de la quebrada Tatara.

Los cazadores abrían paso al núcleo de mujeres y niños, flanqueados por los hombres mayores. Los varones jóvenes formaban la retaguardia, llevando en sus brazos uno a uno al ganado cabrío, volviendo una y otra vez, hasta lograr pasar todo el rebaño, mientras las mulas hacen lo propio con su carga. Una mujer, más o menos a mediados de su embarazo, avanza delante de las demás que llevan bultos atados detrás, colgando y amontonados encima. La carga que transportaba no se había visto aligerada porque estuviera embarazada, llevaba, al igual que las otras, un gran canasto sujeto a sus espaldas.

En seguida, continuaron abriendo camino por un terreno de abundante vegetación en donde predominaban chañares, molles, breas y colas de zorro, haciendo el caminar dificultoso, hasta alcanzar unos añosos túmulos funerarios pertenecientes a la raza vieja. Con respeto y veneración, como era su manera de honrar a sus ancestros, clavaron al suelo una caña con una pluma de ave pintada de color rojo atada a una hoja de totora y continuaron.

Era el ocaso del día, el sol enviaba sus últimos rayos. Cantos melódicos, trinos delicados, agudos silbidos, murmullos ligeros, mil rumores y grandes cuchicheos llenaban de vida el embrollado follaje de la quebrada. Una pared del cañón se oscurecía con sombras juguetonas, mientras la otra brillaba aún con un áureo tinte. A poco caminar desapareció el sol y el cañón perdió el reflejo tornasolado que lo había acompañado



Panorámica de la segunda terraza llano Tataro.

minutos antes. Pronto llegó el crepúsculo y en seguida la noche.

Aquella vez no montaron campamento, a medida que se adentraban por el lecho de la quebrada el cazador Campillay los instaba a continuar. El nuevo hogar estaba muy cerca, les insistía. La luna menguada aun no salía por los contrafuertes cordilleranos, no obstante, la luz estelar era suficiente para no dar tropezones. Desde el lado del río llegaba el profundo gañido de un zorro y una lechuzca posada en un algarrobo emitía su característico ulular, más parecido a un quejido lamentable.

En compañía de aquellos sonidos nocturnos alcanzaron un lugar donde nada ni nadie había y, en el transcurso de los días que vinieron a continuación formaron ranchos dispersos de carácter rústico, sin orden ni simetría, sólo obedeciendo a la más elemental comodidad de cada familia.

Así nació el caserío Tataro y su gente se autodenominó Comunidad Chipasse Ta Tataro. Como lo mencionamos en las primeras páginas, en lengua cacán quiere decir “hijos de Tataro”, nombre asumido con un gran sentido de agradecimiento al pedazo de terreno que los acogería con generosidad desde aquel mismo momento. No obstante, debemos señalar que jurídicamente se estableció como Comunidad en el año 2011, cuando se realiza la inscripción





Panorámica sector comunitario terraza llano Tatará.

como tal en la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (Conadi).

Como eran desde donde vinieron, las chozas fueron construidas en medio de la copiosa y arborescente geografía, expresando un modelo de sabiduría sobre cómo habitar la tierra. La altura era de tamaño más bien baja y se componían de dos ambientes, uno que hace de dormitorio y el otro de sala. Puede decirse que la casa estaba reducida a este último cuarto, en donde se observan generalmente labores de cestería y una muy simple ornamentación en madera. Mientras el umbral al otro solo se utilizaba dos veces en el día: a la hora de entrar a dormir y a la hora de salir a trabajar. Las paredes eran de palos enterrados en el suelo, a trechos; en los intervalos brea, churqui o caña entretejida y en los intersticios barro; la estructura de la techumbre se sostenía por medio de vigas de madera apoyadas en los muros perimetrales, sobre las que se extendían costaneras para dar soporte al techo de totora o caña cubierto con una gruesa capa de barro seco, de una o dos aguas; las puertas y ventanas eran de madera sin ornamentación orientadas hacia la salida del sol o “guanchoi”, como se conocía al astro rey en lenguaje vernáculo. El piso está casi siempre bien nivelado y es simplemente tierra húmeda apisonada.

Este sistema constructivo tradicional en el valle del Huasco es conocido como quincha, muy eficaz como material

antisísmico a causa de la elasticidad del entramado, el cual absorbe las vibraciones evitando que se propaguen por el resto de la estructura. Además, su ligereza facilita la construcción y tiene un razonable aislamiento termal, debido a su mediana inercia térmica, cualidad que es proporcionada por el total recubrimiento de barro y pequeña dimensión de las ventanas.

No obstante, implícito a un aparente desorden habitacional, primaba una lógica ocupacional, procurando sacar el máximo provecho de los recursos materiales disponibles: leña, agua y tierras de labranza. Del mismo modo, el área habitable estaba surcada por senderos estratégicos, donde prevalecía el ancestral criterio de evacuar con facilidad a la población en la serranía, a consecuencia de algún evento de carácter invasivo o catastrófico natural.

El camino principal estaba tendido a lo largo de la quebrada, a un centenar de metros del caserío y en los años que vinieron a continuación lo prolongaron hacia la escarpadura del portezuelo del cerro Nisñiles, que formaba un hito gris en el horizonte, extendiendo más al sur su dominio territorial.

Al respecto, debemos insistir en manifestar que eran diaguítas y, como tales, hacían lo que sus antepasados les legaron y lo supieron hacer muy bien: desplazarse y explorar, con la finalidad de encontrar un mejor lugar para vivir, pero también, saber qué había más allá. Interesante característica, no aceptada en el mundo académico por no estar escrita en un estudio clásico. Por supuesto, el que escribe es descendiente de aquel pueblo originario, por lo tanto, no es imparcial en sus apreciaciones, pero lucha pretendiendo lograr el encuentro de la ciencia con la tradición.

En esta singular nueva tierra; por la mañana, el espléndido sol lucía sobre la floresta su deslumbrante disco esparciendo sus rayos sobre la naturaleza aun dormida. Más tarde, la fragante y fresca brisa de la costa hacía ondear la ropa tendida en los colgaderos; con el bochorno del mediodía, una quietud lánguida y placentera invitaba a la siesta que tan característica ha sido hasta nuestros días. Por la tarde, el sol



en su ocaso enviaba sus postreros rayos pintando la toldería de luz dorada.

El fogón se levantaba a ras de suelo, tres o cuatro piedras grandes teñidas de negro por el hollín sostenían las ollas de barro cocido en donde humeaba el puchero. En torno a él se reunía la familia al término de la jornada, a comer y conversar, antes de la llegada de la hora de dormir. Era el momento esperado para que los historiadores o cazadores ancianos de la toldería narraran las aventuras y peligros que habían corrido sus antepasados, junto a sus observaciones guardadas en el rincón de los recuerdos, como resultado de sus propias experiencias.

Como era todavía de uso común descansar en el suelo en cuclillas, pocos comuneros tenían asientos de madera de una sola pieza y muy bajos; los más se sentaban en el suelo sobre mantas o cueros curtidos. En casi ninguna casa hay mesa para comer, los platos se reciben directamente de la cocinera cuando están servidos y se mantienen a pulso mientras se apura el contenido.

Cada familia tenía en torno del quincho un pedazo de terreno para cultivar lo que sería el sustento de cada hogar. De igual manera, derecho en común a todo el pasto y leña de los cerros que se encuentren en torno al caserío. A esto se debe que cada familia tenga la posibilidad de mantener bien forrajeados varios animales de carga. No obstante, su ancestral tradición cazadora continuaba presente, los animales de caza esta vez serían simplemente los presentes en la fauna silvestre del sector: guanacos, liebres, perdices, distintas variedades de patos, bandurrias y otras aves en general.

No existe morada por pobre que ella parezca, donde no se encuentren con frecuencia suspendido a un costado de la entrada gordos cuartos de guanaco o cabro a disposición del que lo requiera. Era tenido por hombre “mal criado”, aquel que procura sacar alguna ventaja en particular con el alimento que generosamente se le ofrece. Por otra parte, las

casas mantenían corrales con gallinas, lo que aseguraba el abastecimiento permanente de carne de ave y huevos. Estos últimos eran de consumo extensivo, ya fueran duros, fritos, como complemento de los guisos o en forma de tortilla. Para los días de fiesta o cuando hay invitados, nada más sencillo que estirar la mano hacia el “chiquero” de las gallinas, hacia los nidos con huevos o a los cabritos del corral. Toda una variedad de alimento está a su alcance.

En cuanto al agua necesaria para que los hombres y las bestias abreen, el caserío está surcado por dos acequias: una que nace de una aromosa vega con menta, toronjil, hierbabuena y culén, un centenar de metros de la última choza quebrada arriba y la otra viene del cordón montañoso más al sur. Ambas de caudal muy límpido, hoy ninguna está presente.

Si pudiéramos viajar a ese tiempo de ensueño, veríamos algunos hombres preparando herramientas de labranza cuidadosamente, cuyos diseños, proporciones y ejecución son una fina obra de carpintería realizada en madera seca y fuerte; sobre los fogones, trozos de carne tostándose lentamente y las ollas de cerámica humeando con el hervido de chuchoca, espesa, sustanciosa y sazónada con un poco de sal; los niños tampoco estarían ociosos, seguramente se encontrarían en los campos pastoreando el rebaño de cabras y las niñas, quizás, ayudando en el hilado y torcido de lana; unos perros saliendo de la sombra se acercan a oler los bultos descargados de una tropa de mulas recién llegada del cerro.

En uno que otro patio, sobre una lienza tendida de poste a poste, veríamos secarse carne cortada en tiras delgadas, desgrasada y preparada con sal común. El color de las tiras tratadas irá tornándose oscuro a medida que el sol las endurece y toman la textura semejante a la del cartón e incluso a la del cuero. Es el charqui, una ventajosa conserva prehispánica y singular alimento que ha acompañado en el vientre de las alforjas a los diaguitas en todas las épocas. En los primeros tiempos correspondió a carne de guanaco o



vicuña y a partir de la época histórica se les sumó la de cabro, vacuno y asno.

En el costado de afuera de un rancho, una pareja de mujeres pone a punto el horno excavado en el suelo, donde se cocerán las utilitarias y bellas piezas de cerámica. Sin asomo de sorpresa, levantan la cabeza y saludan efusivamente a un hombre que se acerca trayendo sobre el lomo de un burro la carga de leña para comenzar la “quemá”.

También, una mujer de edad mayor sentada en el suelo, tendiendo el cuero de un chivato sobre la falda lo adoba con las manos como si amasara pan, hasta que adquiriera la suavidad necesaria. Cuando el cuero requiere dureza, no se soba ni se quita el pelo. Los que se destinan para calzado se amoldan a los pies y se les da la forma en que han de quedar, teniendo cuidado de dejarlos un poco más grandes de lo necesario; en seguida se perforan las orillas con los ojetes precisos para pasar los correones que los sujetan. Para hacerlos más resistentes e impermeables, era frecuente ahumar los cueros sobre fuego de leña verde o estiércol de guanaco. Frente a ella, una mujer joven de pelo largo y suelto sentada en el suelo tiene en sus brazos una guagua amamantando, y sobre su falda, otro pequeño niño entre sus piernas.

Más allá, un anciano cazador trenza un lazo de cuero tratado con aceite de animal, dejándolo suave y flexible, mientras narra a un grupo de niños historias sobre el mundo andino, también, enseña técnicas para orientarse en las montañas. Como llamado de magia ancestral, en aquel momento de las herbáceas lomas que rodean el caserío surge el relincho de un arrogante guanaco macho.

Bajo la sombra de una ramada, otra mujer, ya madura, en un encatrado de madera que da cuerpo a un particular telar teje un primoroso poncho para el invierno. El color moreno de su rostro muestra un leve matiz dorado, está peinada con dos trenzas, largas pestañas velan sus ojos y lleva una falda abierta a un costado por cuya abertura se ve su piel menos tostada que la de su rostro. Tiene un collar compuesto de



pequeños discos de malaquita, de dos vueltas alrededor del cuello, que juguetonamente sigue el movimiento del telar.

A campo abierto vemos seis mujeres adultas descalzas, tres parecen pisar alguna gramínea, mientras que las otras tres ordenan la paja en el suelo. Al ser mujeres de edad similar, con seguridad forman parte de familias diferentes y realizan una actividad comunitaria.

¡Oh!..., por cierto, sentadas en las trancas de un corral, tres doncellas en las que se advierte el virtuoso desarrollo que proporciona la vida natural: hermosos y firmes pechos, cintura diminuta y torneadas piernas de piel morena, conversan animadamente, mientras transcurre su parloteo, levantan las manos en señal de saludo a un mocetón, fuerte y arrogante, que a la distancia lleva dos mulas de tiro. Es uno de los tantos comuneros dedicados a recoger leña para una fundición no lejana.

Por supuesto, nuestra imaginación puede habernos jugado una mala pasada. Sin embargo, estas peculiaridades sirven para darnos una pequeña idea de la sencilla pero rica vida cotidiana de los primeros habitantes del lugar.

Los hombres de las tierras altas se quedaron a vivir en este lugar, nuevo en su geológica vejez, sin lugar a dudas, por las condiciones naturales propicias. Principalmente la relativa lejanía del curso del río o ruta de tránsito frecuente de los europeos. Y, como era su tradición, no vivían solamente en la quebrada, también usaban pedazos de tierra distantes donde se desplazaban periódicamente en busca de pastos estacionales, formando asentamientos de paso que les permitían la utilización de todos los recursos naturales y, que aun hoy son utilizadas como majadas. Sitios conocidos hoy como La Gallina, Pozo Seco, Aguadita, Ñisñiles, Ramaditas, Perdices y Punta Alcalde...

Debemos hacer presente que majada, según la lengua española, quiere decir lugar donde se recoge de noche el ganado y se albergan los pastores.



Es en estos lugares en donde, año tras año, en la época cuando el sol calienta con mayor intensidad el suelo, el silencio serrano es interrumpido por el balido de las cabras ansiosas de “tirar al monte”, cuando se despiden de sus chivitos o viceversa. Mientras los hombres buscan leña, fabrican carbón o llenan sacos con guano para fertilizar los campos, las mujeres a cargo del “ruco” y pastoreo de los animales, entre alguna que otra pedrada y profundos gritos guturales, repetidos, imagino a través de siglos, ponen orden en el rebaño caprino.

Como hemos dicho, desde mucho antes de su salida de Huasco Alto, los diaguitas habían sustituido la crianza de guanacos por el pastoreo y cría de ganado cabrío, animal introducido de gran sobriedad, manso y fácil de criar. Se alimentan de cualquier arbusto, trepan por las rocas sacando de las grietas las aromáticas hierbas secas; acuden por la tarde al encierro sin necesitar de mayor vigilancia. Además de todas aquellas bondades, son tan prolíficos que un hábil criador puede llevar una vida cómoda e independiente.

Su leche es exquisita, mejor que la de vaca y sin olor; los quesos producidos son muy apreciados. El cuero era destinado para la confección de pergaminos que hacía frecuentemente las veces de papel entre los primeros invasores, posteriormente, de la grasosa carne fundían el sebo para la fabricación de velas, muy solicitadas por los mineros para iluminar los oscuros socavones, igualmente, el cuero para fabricar odres o sacos de agua.

En esta etapa histórica del Huasco desapareció la crianza de vicuñas y el guanaco tuvo que retirarse a la serranía. Pero, como en tiempos pasados, la actividad pastoril continuó siendo una fuente permanente de carne, cuero, queso y leche, obviamente caprina. Además, por la amplitud geográfica del lugar y la tradición de su gente, no descartamos la idea que desde sus orígenes, el trabajo de la tierra se desarrolló según las condiciones del entorno, riqueza de saberes y tradiciones, como rotación de cultivos, aplicación de fertilizantes naturales

a los suelos y descanso de los mismos. Hombre y paisaje constituyen una unidad indisoluble, para comprender al uno debemos entender al otro, en un paraje agrícola-ganadero, donde el cazador domina la serranía y el labriego ve salir el sol antes que nadie, trabaja, luego duerme, para despertar a repetir el día y las noches y los días a lo largo del tiempo.

La agricultura, aunque muy rudimentaria todavía no era una actividad de subsistencia, estaba relacionada principalmente con costumbres y hábitos alimentarios, que a su vez le permitieron a este asentamiento indígena desarrollar múltiples redes de comercialización en el incipiente entorno minero de la época, ocupación preferente de otros nuevos invasores.

Los descendientes de aquellos primeros soldados, ya criollos, con mayor quietud y conocimiento del terreno en donde nacieron, dieron comienzo a la invasión de los campos con la agricultura y la ganadería. Otros, decepcionados quizás por los mezquinos rendimientos de los lavaderos de oro en la zona central, porque para entonces habían perdido los terrenos auríferos al sur del Biobío, tornaron sus actividades a los veneros de plata y posterior cobre, surgiendo así, a la codicia y admiración desde el primer siglo colonial, yacimientos mineros que la memoria local aun recuerda como Quebradita, Labrar, Aguadita, Arenillas, Fragüita y el mineral aurífero de Canutillo.

Por cierto, solamente nos referimos a los grupos de minas y la población que se formó con los trabajos en las vetas que atraviesan sus pertenencias, con los cuales los comuneros de Chipasse Ta Tatará mantenían contacto comercial, lugares situados en parajes montañosos al suroeste de sus dominios.

Por otro lado, el riego mediante acequias les posibilitaba realizar cultivos de alto rendimiento y la guarda de semillas para su utilización en próximas temporadas, les permitió tener la posibilidad de abastecer los núcleos familiares de manera segura en todos los tiempos y lugares de asentamiento.



Para mantener una familia de diez o quince personas, era suficiente un terreno de media hectárea. Haciendo cultivos rotativos de productos el suelo podía descansar más que hoy y dar mejores cosechas. Los sembrados más comunes eran el maíz, poroto, zapallo y papa, con un trabajo agrícola realizado por todo el grupo familiar y medios de labranza sencillos. También cultivaban algodón, quínoa, de la uva de mollaca que tiene un sabor dulce hacían una chicha de color café que es un deleite al paladar y, como en todos los tiempos, recolectaban frutos de chañar y algarrobo.

La importancia de este último componente arbóreo en la vida indígena y su relativa abundancia a lo largo del valle no ha sido bien reconocida y merece una profunda reconsideración. Desde su frondosidad, se elevaban al cielo los cantos de cientos de pájaros de hermosos colores y la sombra espesa protegía a los rebaños contra los ardores del sol. Era un verdadero maná para los indígenas, proporcionaba madera, leña, tinta para colorear telas, una bebida refrescante elaborada con agua y especias llamada aloja. Asimismo, una pasta seca y rica en proteínas conocida como patay, también llamada “pan diaguita” y, cuando estaba viejo y seco, era alegre y candente alimentando las fogatas hogareñas que regocijan el corazón al calentar el cuerpo en las noches frías.

Lo consideraban árbol sagrado, sin temor a equivocarnos, por las bondades expuestas. Pero, hay más, bajo su sombra generosa, sentados en el espeso lecho de hojas secas, los diaguitas pasaban largas horas escuchando con el alma los mil murmullos de la naturaleza, tomando pleno contacto con la Mamu Ashpa y el mundo que les rodeaba se convertía en ellos. De igual manera, los ancianos o tatay, para arreglar diferencias en base a leyes no escritas que siguen de generación en generación o discutir decisiones importantes para la comunidad. Estas últimas particularidades llevaron a los invasores en los primeros años a talarlos y que utilizaran aquel tiempo “ocioso” trabajando para ellos.

Habría que mencionar también que los diaguitas conocían



a este árbol por tacu o taco. Los invasores lo llamaron algarrobo, un nombre de origen árabe con el que designaban en Europa a un árbol cuyos frutos son muy parecidos a los del nuestro. Los guaraníes le conocen como ibope-para, que en su lengua quiere decir “árbol puesto en el camino para comer”. Hoy, los lugareños llaman taco a su fruto o vaina.

Como hemos dicho antes, era notable la independencia de productos alimenticios que tenía este caserío y la ancestral tarea del cuidado y preservación de las semillas hoy toma máximo valor. Esta práctica nos permite reconocer que fueron conservadores en el estricto sentido de la palabra, debido a que sus métodos de trabajo estaban destinados a conservar y no a destruir. Esta sentida apreciación podríamos decir que es testimoniada por Mariño de Lobera en su crónica, donde da cuenta de la incursión de tres españoles que se adelantaron a la invasión de Almagro en 1535 y consiguieron que los indígenas pudieran en corto tiempo reunir gran cantidad de alimento para abastecer la horda invasora que venía en camino:

“...Juntaron cuatro mil fanegas de maíz, mataron otros tantos guanacos de los cuales hicieron charqui y 15.000 perdices, de las cuales hicieron cecinas, etc...”

Lo anterior nos permite conjeturar que, desde el primer asentamiento humano hasta hoy, ha existido un numeroso contingente de gente anónima que ha recolectado, seleccionado, mezclado, domesticado semillas y plantas. Prueba de aquello son los sitios arqueológicos próximos a Tatara, conocidos como El Salto, en la quebrada Las Vizcachas y Las Lajas, este último ubicado en el borde de la quebrada donde muere el cordón montañoso La Escondida.

En el primer sitio, personal del Museo Arqueológico de La Serena rescató una bolsa de piel con semillas de poroto



y zapallo en su interior y en el segundo, un pirquinero que buscaba vetas de minerales encontró en el interior de un cacharro de greda -tipo jarrón- semillas de algarrobilla y olivillo. Por si fuera poco, en el año 2015, cuando la población mundial de las últimas décadas se ha visto invadida de productos sucedáneos o sustitutos funcionales producidos por biotecnología, emerge en este lugar un compendio que rescata la biodiversidad agrícola con valor alimentario y patrimonial de las comunidades diaguitas y campesinas del valle del Huasco, del cual hablaremos más adelante.

Avanzando con el tema, en una época difícil de precisar, la población europea en las zonas de Paitanas y Pallantume había seguido aumentando por inmigrantes españoles sin recursos económicos venidos del Perú, lugar donde no encontraron las oportunidades que habían imaginado. Los más se emplearon en las explotaciones mineras y predios agrícolas de propiedad de sus connacionales asentados en esta tierra muchas décadas antes, otros trabajaron como zapateros, sastres y peluqueros y, aquellos con cierta capacidad de emprendimiento, instalaron pequeños talleres artesanales de herrería, carpintería y comercios varios.

Fueron escasos los inmigrantes que habían traído sus familias, la mayoría eran hombres solos, quienes una vez establecidos en esta tierra se casaron con mujeres indígenas jóvenes, como había ocurrido anteriormente y formaron familias de gran estabilidad.

En aquellos tiempos, los minerales del Huasco fueron limitadamente trabajados y no existe mención especial de ellos. En general, este proceso fue protagonizado por españoles pobres y mestizos, quienes se amparaban en una legislación minera que autorizaba la explotación de las minas por cualquier vasallo que procediera a su denuncia e inscripción y las mantuviese “pobladas”. La legislación española atribuía al Rey, es decir, al Estado, la propiedad de las minas y la facultad de conceder la explotación y goce en la forma y bajo las condiciones que establecieran las leyes.

Probablemente, la pobreza del lugar en aquella época fue la razón que no existan registros oficiales, los pocos mineros de la zona optaban por vender sus metales en forma clandestina en vez de llevarlos a la Real Casa de Moneda -establecida desde 1743- y pagar el impuesto correspondiente al soberano, también llamado “quinto real”. Otro factor pudo ser el carácter periférico del Huasco con respecto al núcleo central del país, tanto en términos geográficos como en la distribución del poder político y social. También, puede obedecer al escaso desarrollo, al menos hasta la segunda mitad del siglo XX, de la historiografía económica y social. Aun hoy día, el común de los chilenos desconoce la historia y la realidad interna de la vida y la economía minera, a pesar de estar conscientes del enorme peso que esa actividad ejerce sobre los destinos del país.

Por cierto, la Sociedad Nacional de Minería, en su Boletín N° 175 de 1911, hace referencia que el mineral y la fundición más antigua de la zona, fue la mina de cobre en Huasco Bajo del Sargento Mayor Diego de Morales, antes de 1600. Según el historiador Luis Joaquín Morales, en 1608 el corregidor y justicia mayor de este partido le había cedido terrenos desde el cerro Chancoquín, que está a los pies de Paitanas hasta Bodeguilla, comprendiendo lo que es hoy Paona, Bodega y el lugar que nos ocupa. Por ser los títulos más antiguos que registran los archivos, puede asegurarse que estos terrenos fueron los primeros cedidos a un español. También, debemos hacer presente que este funesto encomendero pagaba menos que ningún otro a los naturales trabajando a su servicio. En su testamento de 1621 declara: “*Les debo tres años de vestuario*”, como era su obligación proveerlos.

Años más tarde, se avecindó en el Huasco el capitán Juan Fernández del Castillo. Había estado sirviendo a la Corona algunos años en Potosí y, naturalmente, estaba familiarizado con la explotación minera, no solo de plata, también de cobre. Trajo las herramientas necesarias para fundir minerales en hornos llamados de manga o de soplete, con tan buena



disposición para sus connacionales de la zona, que las facilitó a los que las requirieran.

Hemos llegado a una época histórica donde las formas de vida en la sociedad diaguita cambian. En buena medida, relacionadas con la transformación que el ambiente natural sufrió en este período. Un verdadero trauma social que habría de precipitar el quiebre de la vida tradicional y dar paso a una reestructuración en el plano productivo y laboral. Los senderos por donde transitó la vieja raza fueron reutilizados por la minería, tomando esta zona baja del valle nuevos rumbos. Como lo anticipamos, se comienzan a establecer asentamientos de población española sin respetar la propiedad indígena constituida sobre la base de la legislación colonial. Así también, muchos españoles se quedaron a vivir, a gusto o no, entre las familias diaguitas y fragmentos de ambas culturas se mezclaron en el transcurso de los años que vinieron a continuación. No obstante, dentro del contexto de la época es posible comprender con mayor amplitud los cambios y adaptaciones a la nueva realidad. Consecuentemente, se intensifica el variopinto color del mestizaje y la singular mezcla cultural del Huasco, porque se generaliza una activa fluidez intermatrimonial que termina por derribar las fronteras interétnicas.

Esto parece un corto período de tiempo, sin embargo los ecos de aquella historia aún tienen repercusión en la vida actual del hombre de Chipasse Ta Tatara, en sus costumbres y tradiciones. Es decir, en la misma esencia de su identidad cultural.

A mediados del siglo XVIII, ya creado el Departamento del Huasco a consecuencia de un mineral llamado Santa Rosa, se establecen algunos españoles en los conos de deyección de unas quebradillas formando un caserío de aspecto irregular, callejuelas estrechas y senderos, cierros precarios, ranchos y algunas pocas casas de adobe. Asentamiento humano que el conde de poblaciones, título otorgado por el rey Fernando VI al gobernador Domingo Ortiz de Rozas, lo declara “Asiento de

Santa Rosa del Huasco”, con un corregidor representando el poder de la corona y la justicia. Años más tarde, el gobernador Ambrosio O’Higgins, en carta enviada a don Antonio Valdés el 24 de enero de 1789 lo menciona como Asiento o Real de Minas de Santa Rosa. En 1814, el viajero francés Jurrier Mellet lo describe como un pueblo de “indios tributarios” y, en 1824, fue elevada de su condición de asiento a la categoría de villa con el nombre de Freirina, en honor al Director Supremo Ramón Freire, autoridad máxima del Chile republicano en esos años.

Dicho esto, debemos recordar lo mencionado en un capítulo anterior. Producto del gran sismo que sacudió la zona el 30 de mayo de 1796, y tras perder sus hogares y pertenencias, muchas familias españolas de Paitanas se vieron en la necesidad de emigrar por ayuda de compatriotas radicados en este asiento.

Con la llegada a Santa Rosa del Huasco de un gran contingente humano en busca del enriquecimiento rápido y la distancia relativa al caserío, aquella característica evasiva traída por los comuneros desde Huasco Alto les resultó de gran ayuda para permanecer ocultos en la serranía, huyendo la mayoría de las veces ante la presencia de ibéricos primeramente y criollos después, en busca de información sobre yacimientos mineros.

No obstante, los escondidos senderos, las ásperas rocas, los arbustos del lugar, hacían difícil a los nuevos invasores ponerse en contacto con los indígenas de la Comunidad Chipasse Ta Tatara. Así también, cualquier incursión de un extraño al lugar era delatado por el fuerte graznido de los quehueses cuidando el nido y los polluelos y el relincho del guanaco macho que vigila la serranía mientras la tropilla duerme o pasta. Este último da la señal de alarma estertórea, estridente, como un clarín guerrero y se repite en las quebradas por el eco delator que magnifica cualquier sonido, por muy débil que sea, como también se rinden al dulce y melodioso canto del pastor.



La imagen del diaguita como cateador de minerales era conocida desde antes de que los españoles se quedaran en los vericuetos mineros a excavar su destino. En general, la zona del Huasco contaba en su haber con una tradición minera vernácula. Las minas de oro y cobre venían siendo trabajadas desde tiempos remotos, cuyo origen se pierde con el pasado indígena. Ahora bien, las evidencias de aquellos laboreos hoy son nulas debido, entre otras razones, a que las minas fueron reocupadas por los invasores con la consiguiente destrucción de las herramientas elementales. Vestigios de cuya civilización fueron completamente desdeñados y aun mirados por el vulgo como cosas del demonio.

En virtud de lo anterior, la historia de la humanidad nos señala que más de dos mil años antes de nuestra era, en Sudamérica, más exactamente en Los Andes centrales, el poblador andino logró el dominio de las más sofisticadas técnicas para fundir, alear y laminar metales. Este proceso de “domesticación” de los minerales estaba ligado a un “corpus” de conocimiento y técnicas, como el uso de los pequeños hornos de barro llamados “guairas” en que los fundían, aprovechando la fuerza del viento o el soplo al unísono de varios indígenas por medio de largos canutos de caña.

Cerca nuestro, en el sector conocido como Punta del Viento, promontorio que se alza a la vera del camino que corre por la ribera norte del río frente a Freirina, a ojos de buen observador, aun es posible apreciar vestigios de una construcción de muy antigua data. Según antiguas voces, se trataría de los restos de uno de estos singulares hornos de fundición. Sin duda, emplazado en este sitio para obtener del viento que caracteriza y da nombre al lugar, el aire y tiraje natural necesario que permita al combustible dispuesto en la cámara central la temperatura requerida para la fusión del mineral.

En este contexto, para dejar mejor establecido el dominio ancestral minero, nos parece pertinente mencionar que en un desolado paraje de Chuquicamata, en una estrecha grieta colapsada de una pequeña mina, fue encontrado en 1899



el cuerpo momificado de un indígena que murió aplastado por un derrumbe en el socavón donde extraía cobre, en las primeras centurias de nuestra era.

El estado de conservación del longevo cuerpo pigmentado de verde y sus rudimentarias herramientas, casi intactas, despertó el interés de los pobladores y mineros de entonces. Según el antropólogo norteamericano Junius Bird, su cuerpo, músculos y tejidos pudieron disecarse y conservarse gracias a la acción de las sales de atacamita, un hidroxiclورو de cobre de un color verde muy característico, lo que explica el tono verdoso de su piel y que dio pie a su bautizo como el “Hombre de Cobre”. También es conocido como “el minero más antiguo de Chile” o primer minero accidentado en el territorio nacional.

Desgraciadamente, su historia posterior es la de un largo peregrinaje entre fraudes y peleas legales que no es tema nuestro precisar. Sin embargo, debemos hacer presente que a partir de 1905, el Hombre de Cobre se exhibe en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York. Desde entonces, lejos de las tierras que lo vieron nacer.

Todavía cabe señalar, que los análisis respectivos al individuo momificado naturalmente, el cual forma parte del Museo Provincial del Huasco “Alfonso Sanguinetti Mulet”, tienden a sugerir que también murió a causa del derrumbe ocurrido al interior de una mina.

De acuerdo a la inspección del cuerpo realizada por los arqueólogos Ivo Kuzmanic y Julio Sanhueza, se trata de un individuo de sexo masculino, en el cual se observa el pene y escroto con vello pubiano no muy abundante. Posee un rango de edad de adulto maduro. En relación a su estatura, tiene un promedio estimativo de 162.37 cm, con una desviación estándar de 159.38-165.36 cm. Además, le asignan un parámetro cronológico relativo entre 500 y 1000 años de nuestra era.

Las observaciones radiológicas realizadas permitieron



definir a un individuo politraumatizado. Tiene una gran fractura expuesta en la pierna izquierda; esta herida es de bordes limpios, lo que implica que la muerte se debió producir poco después de que el individuo se traumatizara, ya que no se percibe regeneración ósea. En una vértebra dorsal baja se registra un grave aplastamiento del cuerpo vertebral, seguramente a consecuencia de una compresión axial muy fuerte. Se observa una gran luxación a nivel de una vértebra dorsal superior. Además, se suman múltiples fracturas en diversas secciones de las costillas.

El fardo funerario con su ajuar: cinco bolsitas de cuero con piedras turquesa en su interior, trozos de charqui, pata de camélido y otros elementos, procede de un lugar al nororiente del cerro Indio Muerto, fue donado al Museo a comienzos de 1971 por sus descubridores, la familia Carmona García, quienes en ese tiempo residían en dicho campamento minero. El descubrimiento se realizó incidentalmente a fines de 1970, específicamente en la quebrada Las Turquesas, en lo que hoy es el mineral de El Salvador, en un pequeño foso vertical de sedimento calcáreo asentado sobre un sustrato rocoso de escasa profundidad; entre la base rocosa y el cuerpo había una manta o poncho bicolor, en tanto, el fardo estaba atado dentro de una red de cordeles de lana que lo rodeaban completamente y, el cuerpo del individuo estaba cubierto con una túnica sobrepuesta, dejando al descubierto solamente la cabeza.

Según el arqueólogo Jorge Iribarren, el sitio del hallazgo correspondería a un cementerio indígena saqueado, con alrededor de 30 excavaciones. Es muy posible, de acuerdo a las referencias consignadas, que el fardo en cuestión proceda de aquella profusa necrópolis.

No quiero dejar pasar esta oportunidad para hacer presente la gran tristeza e impotencia existente en la comunidad vallerina, provocada por la acción inconsulta de la Dibam al entregar dicha momia, diversos objetos etnohistóricos y arqueológicos, de los cuales no existe registro, al Museo

Regional de Atacama. En los medios de prensa se publicó como un hallazgo arqueológico, sin embargo, los componentes culturales estaban guardados en el subterráneo del edificio de la Gobernación Provincial, hasta cuando el museo tuviera una sala con las condiciones adecuadas para su exhibición.

El término empleado “hallazgo” dista mucho de la realidad, ello quiere decir algo nuevo, hecho que no es cierto. También, se habla de desmantelamiento del Museo del Huasco y, en el Boletín del Museo Regional de Atacama N° 04, del año 2013 se expresa:

“...las cuales formaron parte de la colección del ex Museo del Huasco...”

Nada de lo expuesto corresponde a la verdad, a pesar de que la colección museológica -aporte de la comunidad huasquina, en particular de entusiastas miembros del desaparecido Grupo Cultural “Horacio Canales Guzmán”- ha tenido enormes problemas para encontrar una sede definitiva y ha estado durante las últimas décadas en lugares “no adecuados” para exponer y difundir el material con que cuenta. Sin embargo, desde su creación oficial el 28 de septiembre de 1968, cinco años antes que el Museo Regional de Atacama, nunca ha cerrado sus puertas. Además, como lo cita este mismo organismo en un boletín del año 1978:

“...afiliado al Consejo Internacional de Museos (ICOM), organismo reconocido por UNESCO, con sede en París...”

Esperamos que a corto plazo, estos componentes patrimoniales vuelvan al valle del Huasco, de donde nunca debieron salir.



Reanudando el tema, a consecuencia de la poca relación dispensada por los diaguitas de Chipasse Ta Tatara hacia los europeos, estos generaron una serie de prejuicios en su contra, asignándoles una suerte de inferioridad innata, tratándolos de bárbaros, salvajes e infieles. Todos estos conceptos aún persisten en la actualidad, a base de la información dada en los textos escritos por historiadores capitalinos y no pocos educadores contemporáneos que continúan pasivamente repitiendo.

Con el transcurrir del tiempo, los descendientes de aquellos desadaptados de la sociedad dominante, continuaron ocupando con sus ganados de cabras las aguadas próximas. Sin lugar a dudas, hubo un gran período de prosperidad económica en que los animales caprinos llegaron a ser varios miles, sin contar caballos, mulares y porcinos. El rendimiento forrajero debió ser óptimo, puesto que ecológicamente se estima, bajo condiciones de agua permanente y lluvias sobre lo normal, el ecosistema serrano puede soportar una gran densidad de ganado caprino.

Para evitar la sobreexplotación de aquellas zonas de pastoreo, como en los tiempos idos, los rediles se desplazan por la serranía en busca de otros pastos y aguadas sin que las primeras queden completamente despobladas. También lo hacen algunos comuneros hacia el litoral, comenzando a ocupar de manera transitoria ensenadas que servían de caletas como Sarco, Peña Blanca, Los Bronces, Punta Alcalde y Chapaco.

De todas maneras, el grupo socio-económico básico sigue siendo la familia nuclear. En este género de vida, cuidan el rebaño tanto el hombre como la mujer y los niños, también parientes consanguíneos o políticos. Cuando el año se presentaba en extremo seco la familia se disgrega, hombres y mujeres viven separados durante los meses críticos, dedicados los primeros a la pesca y ellas, ocupadas en apacentar sus cabras; moviéndose continuamente de un lugar a otro, según encuentran pasto y agua. Los hijos quedan con las madres y



en el caso particular de los varones, hasta cuando alcancen la suficiente edad para sumarse a los trabajos del padre.

Con el transcurso de los años, un nuevo contingente de inmigrantes se hace presente en el Huasco. Llegan comerciantes y artesanos vascos, en menor grado catalanes y aragoneses, formando una clase social orientada a la vida urbana, lo que contrastaba con los castellanos que tenían una fuerte orientación a la guerra y la agricultura, únicos afanes que nutrieron a los viejos invasores en los primeros tiempos históricos. Así también, mujeres que han cruzado el Atlántico y bajado por el Pacífico para hacer “vida maridable” con sus compatriotas. Por otra parte, cada vez fue menor el número de indígenas que se mezcló con los “coños”, estos últimos se unieron con mestizas, por tanto, la población se fue “blanqueando”.

Acorde con la convivencia diaria, es un apodo corriente para el varón español llamarlo “*coño*”, del latín *cunus*, partes genitales de la mujer. Ello se debió a que estos, por lo general, iletrados y de baja condición social, empleaban mucho como interjección la palabra aludida. En el caso de las mujeres, se las llamaba *madama*, voz españolizada de la francesa *madame*, usándose como fórmula vulgar de cortesía, equivalente a señora, o mejor dicho “señora mía”.

De todas maneras, para los diaguitas eran “kaika”, a quienes se les miraba con recelo y desconfianza, porque muchos se hacían los que no comprendían las costumbres para sacar provecho de alguna situación o prescindir de responsabilidad.

Desde aquel momento, producto de la imprevisión, ignorancia y ambición desmedida de los hombres, pretendiendo satisfacer las exigencias del mercado nacional, peruano, rioplatense y español, los hornos de fundición de minerales exigieron más y más combustible, comenzando a producir en esta tierra uno de los mayores daños ecológicos de que se tiene registro, efecto devastador dejando como secuela desierto y sequedad.



En 1803, don Juan Egaña, secretario del Real Tribunal de Minería, destacado precursor de la independencia nacional y participante del Cabildo de Santiago en 1810, tuvo una visionaria y certera preocupación ecológica. Presentó a las autoridades realistas de la época un Informe de Minas en que hacía un llamado de urgencia por la indiscriminada tala de la cubierta vegetal boscosa silvestre de las montañas y de los matorrales en las laderas y quebradas, utilizadas como único combustible en los “ingenios” de cobre. Constituyéndose más tarde en una de las mayores causas de la desertificación de la zona, privando a los animales del abrigo y sombra que necesitan, sin darles lugar a que las tantas aves útiles puedan construir sus nidos en las partes frondosas de las ramas de los árboles. Con el concepto aves útiles, nos referimos a que sirven para controlar insectos y animalitos perjudiciales a la agricultura, contribuyendo de este modo a hacer las cosechas más fructíferas.

En referencia a la lengua serrana, desde antes que se produjera el autoexilio dejó de hablarse y fue olvidada por su baja valoración otorgada por los invasores. Sin embargo, abuelas y madres la hablaban cuando los hijos no estaban presentes, con la intención que dominaran el otro idioma, porque el propio debe ser hablado en contexto natural, en el espacio abierto que brinda la serranía. También, la veían como objeto de discriminación (lengua de “indios”, signo de falta de “civilización”, sinónimo de “atraso”, etc.) y el español como herramienta capaz de entregar más oportunidades en el nuevo sistema social que se gestaba en las entrañas del Huasco.

En consecuencia, la identidad local emprendería paulatinamente una intensa reconfiguración que se vería retroalimentada por el mestizaje y el sincretismo religioso. Paralelo a ello, muchos jóvenes indígenas, buscando satisfacciones pasajeras de vanidades y seducidos por un modo de vida ajeno, que quizás juzgaran superior al propio -hipótesis en la que pudo hallarse tanta gente en



circunstancias semejantes-, dejan la quebrada para migrar a Santa Rosa del Huasco, donde se mestizaron y más tarde muchos de ellos olvidaron las obligaciones con su tierra.

En principio, este cambio habría consistido en la desfiguración de su imagen personal, es decir, se habrían cortado el cabello, vestido a la manera española y adoptaron su lenguaje, con la pretensión de confundirse con los mestizos en este mayor asentamiento y con ello entrar en una época social, cultural y económica distinta. Este proceso social marcó un después, comenzando a perderse el respeto por el equilibrio ecológico que había caracterizado al pueblo diaguita y que nosotros hasta hoy en día aún no hemos sabido entender ni apreciar, mientras para ellos era parte fundamental en su modo de vida.

Mientras, en este apartado lugar la vida serrana transcurría sin mayores sobresaltos, y a nivel general del Reino de Chile se aproximaban grandes cambios políticos, sociales y económicos.



Capítulo VI



**La larga noche
histórica**

Capítulo VI

La larga noche histórica

Debemos hacer presente que los aires de emancipación nacional, proceso histórico complejo y multicausal, no fueron conocidos en este lugar. La razón evidente fue el predominio en el sentir diaguita de una identidad localista, no suscitaba interés conocer por qué peleaban entre sí los kaikas. Hay que mencionar también, que el escenario independentista había sido generado en la zona central del Reino de Chile, un lugar muy lejano para los comuneros de Chipasse Ta Tatara. En general, Atacama no tuvo un papel protagónico en el movimiento que condujo a la formación de una Junta o Gobierno Nacional, en lugar del Gobernador.

La invasión de España por los ejércitos napoleónicos, la prisión del rey Fernando VII y el nombramiento de una junta que cautelara los intereses del monarca mientras estuviera cautivo por los franceses, sirvió de pretexto para iniciar en las colonias el movimiento separatista. De hecho, el deseo de autogobierno que en aquellos momentos se venía gestando en toda América, se vio incrementado por intereses económicos de comerciantes, mineros y terratenientes, al sentirse perjudicados por el Decreto de Libre Comercio establecido por el rey Carlos III en 1778 y criollos, al estar estos últimos privados de los favores en la administración real y eclesiástica, por el solo hecho de haber nacido en esta tierra. En el caso de los grupos económicos mencionados, su estrategia consistía en tomar el control político y desde aquella posición eliminar la imposición que les obstaculizaba la apertura a otros mercados diferentes de los controlados por la Corona.

Los términos de este trabajo no me permiten abarcar más el tema, del que existen numerosas y muy bien documentadas obras y tema obligado en nuestra educación básica. Para lo que



nos compete, bastará anotar que en febrero de 1817, después de una larga y paciente preparación detrás del macizo andino, se presenta en el territorio nacional un ejército comandado por los generales San Martín y O’Higgins. El éxito de sus armas fue completo, con la gloriosa carga en Chacabuco y el histórico abrazo de Maipú entre ambos generales el 5 de abril del año siguiente, se inicia en Chile una nueva era.

Durante aquella convulsionada etapa histórica nacional, los lugareños de Chipasse Ta Tatara gozaban de entera libertad comercial con los asentos mineros emplazados al suroeste de la quebrada, llevando leña, carbón, charqui, carne fresca de cabro, quesos, caballos, asnos y mulares. De hecho, con el puerto Peña Blanca, donde se efectuaban los embarques de los minerales de San Juan para Lota, abasteciendo a su población y a los buques que arribaban. Poco o nada con los puertos de Sarco y Huasco, abastecidos por otros sectores del Huasco.

Como fue en aquel tiempo, los hombres dedicados a la minería constituían un grupo pequeño y marginal a la élite de sucesores de encomenderos y militares. Como lo mencionamos en el capítulo anterior, eran de cultura muy limitada y no tuvieron voz en los asuntos públicos, distinto al grupo empresarial minero de la segunda mitad del siglo XIX, una emergente burguesía nacional que amagó a la tradicional élite terrateniente, comercial y aristocrática de Santiago, que por más de un siglo y medio manejó el país.

Un puñado de años más tarde, la obra “Geografía Náutica” del capitán de fragata Francisco Vidal, nos da cuenta que en 1880 el caserío del puerto de Peña Blanca contaba con 130 habitantes, un edificio fiscal que sirve de aduana, siete casas, una bodega, multitud de ramadas y grandes canchas para el acopio de metales. Las autoridades consistían en un subdelegado civil y un teniente administrador de aduana dependiente de Carrizal Bajo. Este último también cumplía el cargo de subdelegado marítimo.

Antes de esta publicación, no tenemos mayores antece-



dentes, solamente que en 1838 se embarcaban minerales de cobre provenientes de la subdelegación San Juan y recién en 1870 fue habilitado para el comercio del cabotaje. En el censo de 1907, nos encontramos con una población disminuida a tan solo 81 habitantes, 44 hombres y 37 mujeres. En 1920, la población aumenta, 175 habitantes, 114 hombres y 61 mujeres. En 1930, la población vuelve a bajar, 27 habitantes, 7 hombres y 20 mujeres y en 1952 existe solamente una familia compuesta de 1 hombre y 3 mujeres. Debemos mencionar anticipadamente que, a esa fecha, la quebrada Tatara había sido abandonada por sus pocos moradores.

Volviendo a los años de intenso tráfico comercial en esta acotada zona del Huasco, es bastante conocido por la tradición oral que también venían huascoaltinos con recuas de mulas cargadas con costales (6) y cuarterolas (7), trayendo variados productos como: harina tostada de trigo, chuchoca, higos, nueces, huesillos, arropo, pajarete, fruta y algunas verduras frescas. Utilizaban una caja subdividida en su interior para medir los productos en fanega y almud. Unidades de medidas de capacidad para granos y líquidos en la metrología tradicional española, anterior al establecimiento e implantación del sistema métrico decimal (29 de enero de 1848). En cuanto a la moneda, esta solo servía para tasar de manera simbólica los productos que se intercambiaban. De esta forma, realizaban un tipo de equivalencia entre sus bienes y los obtenidos en la costa.

En este fluido tráfico comercial se reflejaba un carácter de complementariedad económica, reminiscencia de un pasado no tan remoto a esa fecha. Regularmente, a los huascoaltinos les interesaban colleras (8) de pescado ahumado, sartas de mariscos secos, luche en panes y atados de cochayuyo. A

6.- Recipiente confeccionado con cuero de vaca. Generalmente cada animal era cargado con dos.

7.- Recipiente de madera para acarrear agua dulce o bebidas alcohólicas.

8.- Conjunto de 12 o más moluscos unidos con totora. Generalmente, la collera y la sarta eran comercializadas como unidades individuales.



diferencia del cuero y aceite de lobo marino, productos muy solicitados por los mineros locales. El cuero para confeccionar calzados y capachos, que son bolsones con arciales usados para transportar minerales en la espalda por el apir (9) y el aceite como combustible para las lámparas mineras o “chonchones”, en menor proporción para ser bebido como “golpe vitamínico” por la población minera.

La caza de lobos marinos la realizaban los costinos principalmente en verano, época en que las hembras difícilmente abandonan a sus crías recién nacidas (pupos). Los animales eran descuerados y las pieles estiradas en estacas de madera para secarlas por el período de una semana. Al mismo tiempo, la grasa era picada en trozos pequeños y frita en tarros para convertirla en aceite.

La tradición oral también nos cuenta, como lo mencionamos anteriormente, que muchos comuneros, además de tener majadas con ganado caprino y pequeños huertos en la quebrada, solían trabajar en ciertas épocas del año como pescadores y buceadores de orilla. En este tiempo aún se utilizaban las balsas de cuero de lobo marino inflado para traer de las islas el estiércol de las aves depositado en las rocas, con el cual abonaban sus maizales y demás cultivos, también, choro zapato y erizos extraídos a resuello, más una gran variedad de pescados como jerguilla, rollizo, pejeperro y cabinza, entre otros más, capturados con pequeñas redes de 3 a 5 metros de alto y de 15 a 30 metros de largo.

Nos parece interesante mencionar que los pescadores prehispánicos de nuestro litoral tenían por costumbre pintar sus lienzas de pesca con una tintura de color rojizo encendido extraída del churque. Sin lugar a dudas, este color debió jugar un papel muy importante en nuestros ancestros. Lo vemos recorriendo el valle desde los tiempos más remotos: en la alfarería, tejidos y como el pigmento utilizado con mayor

(9) Peón o minero que se dedica a la extracción de los minerales o agua desde el pique.



proporción en las pictografías. Es más, una variedad de arcilla rica en hematita u óxido de hierro, el cual le aporta el color característico, era utilizada por los curanderos en tratamientos curativos como ayuda para cauterizar.

No menos interesante es la utilización del antiguo sistema de comunicación diaguita, mencionado en capítulos anteriores. Antes de regresar a puerto, los pescadores encendían fogatas para avisar a las familias que los esperaran y estas hacían lo mismo en respuesta.

Los moluscos, entre ellos la lapa, eran extraídos de la zona intermareal rocosa y reunidos en chinguillos, red de carga tipo recipientes que normalmente se sujeta a la cintura. Antes de secarlos se les daba una sancochada o hervor, después se les pasaba de un extremo a otro una aguja enhebrada con totora y se colgaban expuestos al sol por un período variable de días. En el caso de los pescados, primero se los desvicera, se les esparcía un poco de sal por la superficie y posteriormente se ahumaban.

Lo expuesto anteriormente podría considerarse de gran valor cultural, por la situación de trabajo actual de algunos miembros de la comunidad Chipasse Ta Tata que llevan una vida de pastores, arrieros y pescadores eventuales en la favorecida franja litoral, comprendida entre los sectores Peña Blanca y Punta Alcalde. Pequeños lugares de abrigo sujetos a las rocas, que nunca llegaron a formarse en caletas y, hoy, son utilizados como varadero de algas por algunos comuneros y otras personas de piel curtida por el aire salino. Tal vez, los últimos descendientes de esos changos del pasado....

Antes de continuar, me gustaría dejar algunas apreciaciones sobre el lugar llamado Punta Alcalde. Se trata de un promontorio roqueño y prominente al sur del puerto de Huasco, formado por la proyección de un cordón de cerros que descienden hacia el poniente. Se halla cubierto de arena, pero asoman algunos peñascos, uno de los cuales es muy visible desde el Sur, por ser el más alto de todos.



La importancia de esta elevación rocosa radica en su alto valor arqueológico. De hecho, existen figuras impresas en bloques rocosos planos mirando el mar de indudable factura indígena; sepultados por la arena de las dunas que caracterizan el lugar encontramos gran cantidad de conchas marinas, fragmentos de cerámica monocroma y percutores; en el paredón rocoso se observan aleros naturales, algunos con sus techos fuertemente impactados por fuego y desperdicios modernos en el piso: huesos, latas de conserva, botellas de vidrio y más. Es más, en el portezuelo del cerro El Águila que domina la bahía, se observa un cementerio de la raza vieja.

Durante aquellos largos años de contacto comercial con los españoles y a posterior con el empresariado minero chileno, un alto número de comuneros Chipasse Ta Tatara trabajaba más que sus necesidades. Había despertado en ellos el deseo de adquirir las comodidades que estos gozaban, otros, vestirse con los mismos ropajes y se empeñaban en comprarlos. Pero aun así, continuó existiendo el género de vida del criancero de ganado caprino, explotando el ecosistema de las aguadas y pastos naturales en los faldeos y piedemontes, siempre lejos de los poblados.



Vista de la costa, sector Punta Alcalde.



No obstante, cuando el gobierno celestial envió un invierno duro que además de apagar temprano la luz del sol y de prenderla tarde, paralizó la vegetación hasta no dejar suficiente pasto para los rebaños, unos pocos comuneros retomaron el antiguo oficio de cateador de minerales, conocimiento aquilatado durante siglos, a buscar riquezas que no podía ser otra cosa que un yacimiento medio oculto, una veta o un derrumbadero de piedras promisorias. Esta vez, con una orientación distinta a los tiempos de sus abuelos. Pero, aun así, no ambicionando riqueza, sino soñando con la prosperidad. Porque el diaguita no fue ambicioso sino soñador; no lo alentó el deseo de ser rico, sino el placer de descubrir o ser el primero. Por tanto, el momento más peculiar de su vida es aquel cuando sus golpes de martillo dejan a la vista una ancha faja de brillante metal. Razón por la cual pasa largo tiempo recorriendo la serranía soñando distancias, porque allá, detrás del cerro, está esa veta que le llenará el corazón de alegría. Nada más que el corazón. No por nada, fueron cateadores indígenas quienes descubrieron importantes yacimientos mineros como Capote, Agua Amarga, Camarones, Veta de Varas, Calavera, El Orito y muchos otros más.

Siguiendo este razonamiento parece estar el origen de la pequeña minería en el Huasco, actividad aventurada realizada entre las fronteras de la existencia humana. En el caso del lugar del que hablamos, también hay comuneros de manos y espalda callosa de tanto barrenar y apiriar, con pantalones reforzados en el trasero y rodillas, algunos también usaban culeros (10) y aquella faja que los caracterizaba, hecha en los primeros tiempos de buena lana tejida y más tarde simplemente de saco harinero. Esta última prenda era utilizada para evitar la hernia y tapar los ojos del burro o la mula al cargarlos. Por otro lado, durante el transcurso de los años, los tiestos de barro cocido fueron reemplazados por tachos metálicos, en

(10) Cuero o paño usado por los mineros, que cuelga de la cintura y cubre la parte posterior del cuerpo hasta la altura de las corvas.



que el de mayor tamaño servía de tetera y otro más pequeño como jarro “choquero”, al que se le adosaba un alambre que servía de “oreja”.

Debemos hacer presente, que no es éste el lugar de bosquejar ni aún en sus rasgos más generales la historia de la industria minera en la zona. Ese sería el tema de un escrito especial, el cual no podría reducirse a unas estrechas páginas. Lo expresado de manera breve sobre este campo en particular, es con la finalidad de entender el desarrollo cultural de una época en este acotado sector de la Provincia del Huasco.

La consolidación del orden republicano del país dominada por concepciones liberales, su crítica a los títulos de nobleza, defensa de la ciudadanía jurídica, el impulso igualitario de O’Higgins eximiendo del tributo a los indígenas y otorgándoles ciudadanía en el año 1819, llevó a eliminar los cacicazgos diaguitas. Así también, se pierden las huellas filiativas y el sistema de clasificación étnica que había imperado hasta entonces, basado en privilegios estamentales y señoriales de la aristocracia terrateniente. Además, junto con la aparición de románticos idealismos, se desarrolla el fortalecimiento de las estructuras racionales del pasado siglo, una de las más destacadas expresiones de esta racionalidad es la importancia que adquieren los procesos productivos.

Es necesario destacar que Chile como país soberano se benefició con esta transformación política, en efecto, lo llevó a una consolidación temprana de las instituciones republicanas y a disponer de la inmensa herencia dejada por sus progenitores. Pero, la contraparte fue la exclusión y negación del pasado indígena.

Al repudiar a España la nueva sociedad chilena se imaginó ligada a la cultura francesa, que ejercía una poderosa influencia en gran parte del mundo, y trató de establecer barreras con sus raíces nativas. Esta cultura alternativa fue vista como un obstáculo contra el progreso por las elites del siglo XIX y la propaganda contra los habitantes originarios perpetuó su



imagen de flojos, ladrones y pendencieros. Los intelectuales del siguiente siglo, emulando a sus predecesores en su peculiar forma de narrar la historia continuaron marginando, ignorando y denostando a nuestra gente y a la vez exaltando al europeo.

Antes, los dogmáticos invasores denigraron y despreciaron al pueblo diaguita por sus restos materiales, por su música y danza que ocupaban un destacado lugar dentro de su desarrollo espiritual y las múltiples variantes del erotismo, que no era considerado pecaminoso, sino una relación más entre los humanos. Ahora, la injusticia de los hombres y los desencantos del patriotismo inexperto, el Chile independiente le daba la espalda a su herencia indígena, juzgándola como algo “bárbaro”. A decir verdad, no tan solo al indígena, también estaban incluidos los chilenos.

Benjamín Vicuña Mackenna en su obra “El libro del cobre y del carbón en Chile” publicado en 1883, precisa con determinado énfasis la desventaja comercial que afectaría por la condición de chileno a don Enrique Sewell Gana, dueño en 1853 de los hornos de fundición en Bodega de Perales, sitio al poniente de Vallenar, conocido hoy simplemente como Bodega:

“...habría tal vez ganado mucho suprimiendo su segundo apellido, por ser este chileno...”

Peor aún, desde el primer tercio del siglo XX, algunos núcleos mineros, obreros y artesanos, definidos por ideologías revolucionarias ateas como el anarquismo y el marxismo, que buscaban mitigar los efectos del capitalismo mientras se preparaban para destruirlo, mediante la denominada “cuestión social”, también reprodujeron el desprecio elitista hacia los pobladores indígenas, a quienes veían inmersos en un mundo rural, tradicional y religioso católico.

Continuando con el asunto, el comunero de Chipasse Ta



Tatara había oído hablar de godos y patriotas, que los unos y los otros se hicieron la guerra, pero no tenía ninguna idea, ni interés, respecto a quiénes eran o por qué pelearon. Él era indígena de su tierra y si fuera transportado a un lugar lejano y allí interrogado por el país de su nacimiento, no nombraría a Chile, sino a Tatara.

En realidad, a mediados del siglo XIX, gran parte de esta población aún no se reconocía a sí misma como chilena, predominando una identidad localista y provinciana, por sobre una idea de identidad nacional chilena. Es así como la población sigue visualizándose con la única identidad que conoce, la local, no se catalogan a sí mismos en algo que no les representa y que no comprenden. Ese algo era la chilenidad.

En los años que vinieron a continuación, el Huasco fue adquiriendo cada vez mayor protagonismo a nivel nacional. Fértil y depositario de ricos yacimientos auríferos y argentíferos, con la ventaja de tener cobre además.

En la época colonial, este mineral era considerado de tercer orden, solía tener un precio tres veces menos que el hierro importado de Vizcaya. Era usado simplemente para fabricar implementos de uso casero como tachos, candeleros, braseros, en la fundición de unas pocas baterías de cañones para defender al virreinato de los piratas ingleses y holandeses que pululaban por la costa del Pacífico o forjar ciertas campanas de argentífero sonido para los curas, también empleado como lastre para los buques que regresaban vacíos a España o Perú y, lo más común, pailas destinadas a la elaboración de dulces y mermeladas. El tiempo que vino después dijo lo contrario, dando razón al pueblo diaguista que lo consideraba un metal precioso, como los chinos, japoneses y otras naciones adelantadas del lejano oriente.

En el caso de nuestros indígenas del Huasco, las cualidades físicas y químicas de este metal fueron aprovechadas para elaborar, como lo expresamos en capítulos anteriores, instrumentos utilitarios y piezas ornamentales, tanto por repujado de chapas o por colado en moldes. Así también, los



encontrados en estado nativo, como venas o planchas entre las rocas.

Ahora bien, la vida económica de la zona se comienza a desenvolver según las fluctuaciones de la minería. Aparecen y desaparecen asientos mineros y se habilitan puertos que después caen en desuso. Esta situación tiene repercusiones profundas en las actividades de este villorrio. Con el auge minero aumenta enormemente la demanda de animales mulares y asnales, grasa para velas y carne de cabro para satisfacer la alimentación de las nuevas poblaciones o placillas.

Los comuneros de Chipasse Ta Tatara, herederos de la ancestral actividad de arriería, fueron los carreteros que abrieron las huellas por donde correría la vida comercial, industrial o simplemente viajera. Conduciendo carretas para acceder a los centros mineros y fundiciones con menesteres y leña; bajando los metales a los centros de venta o puertos de embarque por parajes silenciosos, muertos, como las osamentas insepultas que las recuas dejan en los senderos y en todo su trayecto. También, realizaban la labor de “herramienteros”, llevando desde las faenas mineras a la fragua las herramientas en mal estado para su reparación.

El modesto comercio establecido por los comuneros ya no era una pauta económica tradicional de reciprocidad como en los tiempos viejos, sino una economía mercantil, en base al dinero como medio de cambio. El trueque ya no era válido para estos nuevos tiempos, de igual manera, los pescadores habían dejado de usar materiales autóctonos en sus faenas de mar. Su relato queda fuera de los alcances de nuestra historia, pero no podemos dejar de mencionar que, la “chalupa”, embarcación sin diferencia entre proa y popa sustituyó la balsa de cuero de lobo, que les permitió tener mayor capacidad de carga, pescar el congrio colorado usando espineles en dos caladas (11), pernoctar durante la noche

11.- “Calar” es el término utilizado por los pescadores para referirse a la acción de colocar las redes o espineles en el mar.



en la misma embarcación y en sitios alejados, saliendo y regresando en ocasiones en el mismo día, como también, se evitaban los cansadores viajes remando de rodillas. Décadas más tarde hizo aparición el bote, que tiene por característica ser de pequeña eslora y presentar la popa ancha y cerrada. En tiempos más recientes, se usa como embarcación de pesca el “falucho” con motor a petróleo, de mayor eslora que las anteriores. Los anzuelos, antes de hueso y concha fueron fabricados de cobre o bronce, la lienza de “pita” y más tarde de material plástico sustituyó la fibra vegetal sacada del chagual o de los intestinos de los lobos marinos, el corcho como flotador reemplazó la vejiga o estómago de este animal y la calabaza traída desde Huasco Alto.

Hasta 1824, la explotación de los minerales por fundición había sido tan moderada que no se notó el agotamiento de los bosques que ostentaba el Valle del Huasco; los renuevos, gracias a la humedad constante, formaban árboles en corto tiempo y se reponía lo consumido. Cubierto de bosques el suelo en su mayor parte, las lluvias caían periódicamente y las hojas y raíces del arbolado mantenían bastante humedad a una vegetación lujuriosa, de verano a verano.

No conocemos ningún estudio de los pasados siglos sobre la composición arbórea que caracterizaba el lugar. Ahora bien, la tradición oral nos cuenta que los bisabuelos conocieron el bosque que llegaba hasta el límite de las nieves y era frondoso y tupido; la falda de los cerros estaba cubierta de pimiento, algarrobo, molle, maitén, espino, chañar, algarrobilla y otros arbustos de amplio y arrastrado ramaje que amparaban con sombra algunos metros cuadrados de superficie, manteniendo con ello en el subsuelo frescura suficiente para el crecimiento constante de las yerbas forrajeras o de mero adorno; a orillas del río había espesos bosques de sauce cimarrón, algarrobo, chañar y romero silvestre. Gran variedad de quiscos cubrían los lomajes suaves, en estos y los llanos, las más variadas y lindas flores.

Con la introducción del horno de reverbero del empresario



Carlos Lambert y el proceso de fundición conocido como “método galés”, pasada la segunda mitad del siglo XIX fue posible fundir los abundantes sulfuros de cobre que caracterizan a nuestra geología, hasta entonces presentes en los desmontes mineros como compuesto cuproso inservible desde la Colonia.

Sucedía que los primitivos hornos de manga fabricados en barro solo fundían los llamados “cobres de color”, compuestos fundamentalmente por carbonatos, sulfatos y silicatos de cobre, correspondiente a la “zona oxidada” de los yacimientos, a menudo ubicados en la parte superficial. Cuando las minas llegaban a los llamados “bronces amarillos, morados o negros”, que corresponden a sulfuros de ese metal, las minas se consideraban “broceadas” o “bronceadas”, perdiendo todo valor económico.

Fue aquel proceso nuevo de fundición que llevó a la deforestación de la zona, por la necesidad de mayor cantidad de combustible. Asimismo, la entrada en producción de yacimientos cupríferos de baja ley y otras minas consideradas anteriormente agotadas. Entonces, el renuevo de los viejos bosques apenas alcanzaba a satisfacer las necesidades del consumo de leña. Vicuña Mackenna fue bastante explícito cuando escribió:

“...los antiguos hornos de manga o fuele necesitaban casi la misma cantidad de leña que las panaderías, mientras que las hogueras de la reverberación requerían arrasar los montes más lozanos...”

Para cumplir las nuevas demandas, los leñadores arrancaban desde su base, aun sus raíces, árboles de todas edades, de todas dimensiones, hasta los quiscos de la costa, sin cuidado o sin miramiento de conservación. La leña estaba al lado de los minerales; ninguna ley prohibía la tala de los



bosques; por el contrario, existía la servidumbre de leña. Se estableció libremente en cada mineral de cierta importancia una serie de hornos alimentados con leña, únicamente leña.

Así talaron el pimiento, noble árbol que proporcionó el fuego para cocer la greda de la elaborada y hermosa cerámica diaguita; el algarrobo que brindaba sombra, calor y sustento alimenticio a los hogares diaguita. Al espino lo hacharon despiadadamente, al chañar y al sauce también. No obstante, en la actualidad, el pasto para el ganado cabrió aún resiste a las sequías, lo que da a entender que las especies forrajeras locales son muy vigorosas.

En 1838, la primera Sociedad de Agricultura que se formó en el país, presentó un proyecto de ley sobre la corta de bosques, pero los intereses de la minería primaron entonces sobre los agrícolas y aquel intento fracasó. Igual suerte cupo más tarde a la moción presentada por el senador Irrarázabal sobre el mismo asunto. Fue en 1873, cuando se dictó un decreto de prohibición sobre corta de árboles en terrenos planos y que estuvieran a menos de 200 metros de distancia de manantiales. La prohibición también incluía la vegetación que cubre la falda de los cerros desde la medianía hasta la cima y las rozas a fuego al norte del Biobío; más al sur se debía contar con un permiso del gobernador respectivo.

A fin de cuentas, el hombre mismo arrancó el vestido modesto que cubría esta tierra, le quitó la cornucopia y la entregó a la desertificación para que la esconda y la tape. No solo en este acotado sector, sino en todo el valle, prolongándose esta acción depredadora hasta cuando se comenzó a utilizar como combustible el carbón proveniente de Arauco. Todo aquel que recorra hoy la serranía de este acotado territorio, encontrará montones de escorias abandonadas a orillas de antiguos caminos y muy cerca unos de otros.

Desaparecieron desde luego las lluvias normales y la humedad permanente del suelo, el caudal de aguas del río se hizo inestable. Por aquel entonces, comenzó el fenómeno de periodos de años sin lluvias invernales y sin caídas de nieve



en la cordillera, que duraban un lustro, para luego seguir con años llamados lluviosos que, siendo efectivamente abundantes en precipitaciones no producían crecidas extraordinarias del río.

Estos períodos de años secos vienen repitiéndose de manera cíclica, con la curiosa recurrencia de que va aumentando el número de años secos y aumentando también las aguas caídas por corto tiempo en los pocos años lluviosos que le siguen. Según fuentes orales, hacia comienzos del siglo XX disminuyó el agua progresivamente hasta desaparecer en las quebradas Agua Salada, Nisñiles, Maitencillo, El Chorro, La Higuera, El Berraco, Juica (conocida también como La Cuica) y Tatara propiamente tal. También, la pérdida de muchos abrevaderos naturales de la zona en cuestión, tanto al norte como al sur del río. No descartamos que otra causa pudo ser un fenómeno de cambio climático desfavorable, del cual hay iguales testimonios en otros lugares con menos impacto minero como Huascoalto, en las quebradas La Totora, Las Pircas, La Plaza, Pinte, Colpe, La Plata, El Corral, Conay y demás aguadas.

En aquel tiempo, también vino el acoso sistemático hasta casi el exterminio de la chinchilla. En los tiempos prehispánicos, los indígenas cazaban estos roedores por medio de trampas realizadas con lazos de corredera de crin que aprisionaba la pata del animal. Ingenioso dispositivo colocado a la entrada de las madrigueras. Su pelo era utilizado para hacer prendas finas y su carne era muy apetecida. En su aspecto general este animalito tiene la cabeza gruesa; los bigotes largos, algo tiesos; las orejas grandes, anchas, redondeadas y casi peladas; los ojos negros y grandes; la cola es larga y arqueada hacia arriba. El pelo es muy suave, sedoso, tupido y fino. Su color varía mucho, desde tintes cenicientos, blanquicos, amarillentos y plateados, al parecer a causa de la estación del año y el paraje que habita. Los lugares utilizados para establecer madrigueras son terrenos áridos, pedregosos y rocallosos, como la falda de los cerros



donde el terreno tiene grietas o se presta para abrir cuevas y de preferencia lugares donde crece la algarrobilla, cuya vaina es su alimento preferido.

A finales del siglo XIX sus cueros fueron muy requeridos por la industria peletera. Los primeros tramperos las cazaban principalmente con armas de fuego, pero producto de la gran demanda que vino a continuación, los intermediarios pagaron a indígenas y mestizos por su captura y así poder dar cumplimiento a los contratos pactados con las casas comerciales que les obligaban la entrega de cierto número de pieles en un plazo determinado. Los resultados no pudieron ser más desastrosos para la supervivencia de estos singulares roedores, porque la persecución se hizo implacable, en vista de los excelentes precios que por ellas se pagaban. Además de los tramperos habituales, muchos lugareños abandonaron las faenas agrícolas y otros las minas para “chinchillar”.

Los medios de los que se valían para su captura eran muy variados: perros, quema de madrigueras, humo, pólvora o dinamita, métodos muy bárbaros y crueles. Menos cruel fue la trampa ratonera que se hacía más grande que las comunes, ya fueran con piedras o tablones pesados. En muy contadas ocasiones se utilizaron trampas para cazarlas vivas, así estaba la posibilidad de poner a salvo los animalitos pequeños o hembras preñadas.

En el año 1916 se prohíbe su caza, pero ya era tarde. Hoy podemos decir que en la Provincia del Huasco estos pequeños animales están casi extinguidos. Su piel fue la más solicitada por la admiración que su finura causaba en todo el mundo. Situación similar ocurrió con la caza indiscriminada del zorro y el exterminio sistemático de la algarrobilla.

Por otro lado, durante el día resonaban los disparos de armas de fuego a uno u otro lado de la quebrada, cual si se estuviera librando una batalla. Los guanacos heridos por certeros impactos de bala cojeaban por el campo con la lengua afuera, en busca de la maleza más alta para ocultarse y morir. A su vez, en los rostros de los cazadores se dibujaba una



expresión de satisfacción y crueldad. La naturaleza con sus animales nada les representaba, matarían todos los animales de la serranía que se pusieran a tiro de fusil, aunque sólo fuese por una botella de aguardiente. Por el contrario, los diaguitas pensaban que la Mamu Ashpa había creado a los guanacos para proporcionar carne y lana, tanto a indígenas como a kaikas y, no para condenarlos a desaparecer de la faz de la tierra por el afán de lucro de unos pocos desalmados.

Como fue mencionado anteriormente, de aquel primer contingente que pobló la quebrada, no tenemos antecedente de la cantidad y quiénes participaron en el éxodo de Huasco Alto, dignos de un eterno recuerdo, pese a que la tradición oral los envió al pozo del olvido. A pesar de cualquier investigación, los resultados demográficos serán confusos para un período de inmigración caprichosa, sin registros, de fuerte migración interna, de fuerte mortalidad, de natalidad abundante en algunos sectores y deficitaria en otros. Las matrículas de los obispados y corregimientos tampoco son exactas, debido a que la composición social de la Colonia permitía una gran población sin filiación, específicamente la indígena.

Ahora bien, aquel estado de animadversión generado en el pueblo diaguita hacia cualquier intruso que pisara su tierra, no permitió a la Corona y al Gobierno chileno -en el primer siglo como nación- tener conocimiento de la real cantidad de habitantes en el lugar. Así también, la deficiencia de los primeros censos establecidos por la República, que únicamente empadronaba a los indígenas residentes en ciudades. Es más, no debemos dejar de mencionar la ineficiencia administrativa presentada por los diversos personeros de gobierno de la época.

Ahí tenemos el censo realizado el 28 de septiembre de 1813, cuya Junta Cívica estaba formada por José Ignacio Ureta, Vicente García y José Ignacio de Hodar. Devuelto en el mes de noviembre de aquel mismo año para reformarse y volver a repetir, a consecuencia de ser el peor empadronamiento realizado a nivel del reino. No tenemos antecedentes si aquella



orden se cumplió.

En época republicana, el primer censo oficial se realizó en 1835. En cuanto a lo que nos compete, solo hace referencia a Vallenar y Freirina, cuando estos incipientes centros poblados eran departamentos pertenecientes a la Provincia de Coquimbo, que se extendía en aquellos años desde el despoblado de Atacama hasta el río Choapa.

De los censos que vinieron a continuación, en los años 1843 y 1854, no se cuenta con antecedentes, ambos fueron desestimados de manera oficial por falta de preparación, poca información y baja participación en el proceso.

En los censos realizados a partir de la segunda mitad del siglo XIX, Tatara figura como distrito perteneciente a la subdelegación Freirina Oriente, el cual comprendía los fundos Bodeguilla, Maitencillo y El Peñón, la estación Maitencillo y este caserío propiamente tal. El recuento de 1865 nos informa de una población de 172 habitantes, 122 hombres y 50 mujeres. El de 1875, 19 habitantes, 7 hombres y 12 mujeres. El de 1885, 155 habitantes, 78 hombres y 77 mujeres. El de 1907 nos da cuenta de un total de 386 habitantes, 184 hombres y 202 mujeres.

Desgraciadamente, los respectivos censos no informan la cantidad de habitantes por localidad, pero el censo de 1920 es más específico. Este caserío está compuesto de cuatro viviendas con una población de 15 habitantes, 8 hombres y 7 mujeres. El de 1930 es similar al anterior. En el de 1940 no se menciona el lugar, pero tenemos información que las cifras originales de aquel año fueron ajustadas por los estadísticos de la Dirección sin que se publicaran los datos efectivamente empadronados.

Así llegamos al censo de 1952, cuando se precisa el caserío Tatara, pero es declarado sin habitantes, de igual manera la estación Nicolasa. Por primera vez aparecen el fundo Tatara, compuesto de 3 viviendas con 13 habitantes, 9 hombres y 4 mujeres y el caserío Maitencillo, conformado por 9 viviendas



con 68 habitantes, 36 hombres y 32 mujeres.

A pesar de la información recopilada, dudamos de la veracidad de los datos entregados por los respectivos censos. Las razones serían principalmente la poca rigurosidad por parte de los empadronadores; la mala preparación de la ciudadanía para el proceso, muchos lugareños huían por atribuirle fines militares o de presión económica; los hábitos aventureros y nómadas de buena parte de la población que hace en muchos casos incierta la residencia y en especial la ausencia de familias completas de arrieros y cabreros, al ser realizado los empadronamientos a partir de 1885 en el mes de noviembre, período del año cuando los comuneros van con sus animales camino a los pastos de altura, en aquel tiempo una cantidad no menor. También, por desplazamiento estacional en años de sequía, lo que implicaba viajar a majadas geográficamente distantes y desconocidas para el común de las autoridades y encuestadores propiamente tales.

Si consideramos el cultivo de forrajeras como el hilo conductor para seguir los cambios en la zona baja del Huasco, podemos distinguir en su producción dos grandes etapas situadas en la primera mitad del siglo XIX. La primera correspondió a la necesidad de mantener con prioridad el ganado mular y asnal que trabajaba en las faenas mineras. La segunda, a la engorda de los vacunos que se traían desde Huasco Alto para el consumo de carne y leche en la población.

En este contexto, son los empresarios mineros los que necesitaban asegurar el tráfico regular de las tropas de animales, a fin de mantener el trabajo extractivo y acarrear los minerales a los puertos de embarque, para lo cual se debe garantizar su alimentación. Como realmente el éxito de una empresa depende de la otra, estos deciden, además, incursionar en la agricultura. Es así que entre 1823 y 1850 se forman sociedades que solicitan la venta de los terrenos fiscales en los “llanos” comprendidos entre Vallenar y Freirina.

En ambos lados del río, desde Vallenar hasta la costa, el valle se ensancha y presenta sobre modestas formas aluviales



una serie de terrazas de gran amplitud y hermosas formas, que se alzan a 40, 80 y 120 metros sobre el lecho del río. Sobre las tierras baldías de la más baja de ellas se hacen las primeras demandas de tierra, provocando una transformación profunda en el paisaje.

Se amplía a casi el doble el área cultivada. Las terrazas, anteriormente yermas se habilitan y se cultivan. Para ello, se construyen canales de decenas de kilómetros de largo y “tranques de noche”, pequeños embalses dentro de los terrenos particulares que tienen por objeto regar mayores extensiones de tierra; se imponen turnos para el usufructo del agua, ya que ésta se hace insuficiente para regar los nuevos predios. El cuadro de la estructura de tenencia agrícola se altera, irrumpiendo en la configuración tradicional de los antiguos dueños una nueva categoría: propietarios acaudalados, surgidos de las ganancias obtenidas en la minería e invertidas en la tierra. Así nacen las grandes haciendas, hoy parceladas y en una deplorable inactividad agrícola.

La segunda parte del siglo XIX fue un período de grandes oportunidades para la zona baja del Huasco, la minería en su fase expansiva marcó a Freirina con el sino del crecimiento y de los sueños. Llegaron cientos de trabajadores en busca del filón o la veta que revirtiera la situación de pobreza que marcaba la existencia de la mayoría de la población del país. Esta verdadera avalancha demográfica aumentó con el arribo de contingentes poblacionales provenientes de países limítrofes y de ultramar, que se avecindaron para desempeñarse en la minería o en alguna de las etapas de la cadena económica implementada para satisfacer las múltiples demandas asociadas a dicha actividad. Esta prosperidad económica la vemos reflejada en la construcción de la iglesia en honor a Santa Rosa, patrona de la villa; el inmueble cívico “Casa de Gobierno” conocido hoy como “Los Portales” y la declaración de ciudad establecida el 17 de enero de 1874. Alguna vez escuché decir: Freirina es hija del cobre, como Vallenar de la plata.



La evidente baja densidad poblacional registrada a mitad del siglo XX, la desaparición de las construcciones habitacionales junto a los terrenos de cultivos en la quebrada, se deberían a la declinación minera, paulatina, pero inexorable, después de casi media centuria de bonanza. Este nuevo panorama no acabó del todo con la actividad minera, quedando su explotación minimizada en manos de pirquineros.

Al respecto, la minería indígena había mutado. La tecnología artesanal nativa se apropió de un novedoso material introducido por los invasores: el hierro, que poco a poco desplazó el palo, las piedras y el cuero en la construcción de los utensilios propios del oficio. Con todo, salvo por la incorporación de este nuevo material, no significó nuevos cambios ni en las herramientas ni en las técnicas de explotación, cuya continuidad se observa en las piezas que vemos esparcidas por el suelo en los socavones abandonados de reconocida labor indígena, en particular, la angostura de su entrada, puesto que entonces, a diferencia de cómo se trabaja hoy, solamente el nativo entraba en él.

Esta modalidad de trabajo perduró en el tiempo conviviendo con la forma tradicional autónoma, acompañado a lo más de su núcleo familiar y valiéndose solo de sus fuerzas y herramientas básicas. Hoy, esta actividad económica se conoce como pequeña minería, minería artesanal o pirquinería. No obstante, aun siendo más antiguo que la propia república, el oficio de pirquinero no fue reconocido en la ley chilena sino hasta la década de 1990.

La caída de la actividad minera en la zona se debió, sin lugar a dudas, al agotamiento de las vetas o porque su explotación se hizo antieconómica por la hondura y dificultad para extraer los metales a la superficie. Otra causa de la mayor importancia sería la baja del precio en los metales, situación que desalienta a los industriales mineros, resolviendo suspender los trabajos antes de exponerse a perder sus haberes. Por cierto, incidió en ello el ingreso de nuevos actores a la oferta mundial de cobre provenientes de Australia, Estados Unidos y España,



explotaciones que sumadas contribuyeron a hacer cada vez más marginal la oferta de cobre chileno.

En consecuencia, los pobladores de las diversas placillas instaladas en los yacimientos quedan sin fuente laboral y deben buscar el sustento familiar en las haciendas. Como lo hemos dicho, establecidas en los terraplenes que se despliegan en alturas correspondientes por ambos lados del valle, a trabajar en una actividad que aunque les ofrecía menores perspectivas económicas (salarios bajos), brindaba mejores condiciones de vida.

En el caso del costino, antes de la época de bonanza minera había sido un pescador o mariscador de humilde origen. Pero, después pasó a ser un *botero* o un *lanchero* o un *estibador* o un *guachimán* o un *pontonero* o *patrón*, con buena remuneración. Y cuando los apremios de aquellos tiempos le lanzaron marejadas de pobreza, volvió a sus raíces.

Como mencionamos antes, el censo de 1952 nos arroja una lapidaria información del lugar que nos ocupa. Este se encuentra sin moradores. En lo que respecta a las placillas vecinas con las cuales los tatarinos mantuvieron un fluido comercio y que un día estuvieron llenas de actividad, les sucede lo mismo. Hoy son parajes con abandonados socavones mineros en donde se ocultan las huellas de la seducción por el enriquecimiento rápido. Asentamientos humanos que murieron después de haberlo dado todo.

Por otro lado, a manera de reflexión, en algún momento la historia nacional debe reconocer que la explotación minera del Huasco en general, permitió el financiamiento de la revolución independentista, el regadío del Valle Central, la extracción del carbón de Lota y la instalación de las primeras industrias nacionales.

La otrora Subdelegación minera de San Juan, sembrada de caseríos prestigiosos que -cuando vivían- rivalizaron con los más escogidos escenarios de la aventura y la fortuna, apenas ha podido conservar el nombre. En este nuevo siglo solo son



montones de piedras correspondientes a hogares que ya no son y el tiempo los convirtió en algo así como ruinas con un encanto especial.

Aquí está Quebradita, según el XII Censo Nacional de Población y Vivienda, estaba reducida a 8 viviendas con 55 habitantes, 30 hombres y 25 mujeres. Hoy, de su larga y característica calle, donde la mayoría de las casas estaban construidas en madera, solamente queda en ruinoso estado la singular escuela pública, de aspecto irreal, por ser un típico edificio urbano de dos pisos construido sobre la pendiente fuerte de un cerro. Así también, el cementerio del pueblo desaparecido, en donde los zorros acompañan a los muertos en las noches de plenilunio, ubicado en el empalme de la quebrada con el camino que en aquellos años conducía a la provincia de más al sur.

Algo similar ocurre con el asiento de Labrar, 3 viviendas con 12 habitantes, 6 hombres y 6 mujeres. En aquella época del censo la actividad minera estaba paralizada desde hacía bastante tiempo antes. Hoy encontramos solamente ruinas del poblado que habitó en el área, vastos campos de escoria simplemente revueltos y pallaqueados y de la antigua fundición de cobre, tres chimeneas manteniéndose en pie todavía, únicas de este tipo que se conservan en el país y de las cuales dos fueron declaradas Monumento Histórico.

Cosa parecida encontramos en Fraguita: 3 viviendas con 27 habitantes, 15 hombres y 12 mujeres, pequeño oasis verde en la bajada del portezuelo Arco Molle. Quien lo conoció en sus años de esplendor no lo podrá olvidar, hoy está muerto, atado a muros derruidos y pircas de rocas naturales.

De igual modo, Aguadita, 1 vivienda con 5 habitantes, 2 hombres y 3 mujeres; hoy solamente se observa en la falda del cerro la veta de cuarzo ferruginoso coloreado débilmente por carbonato de cobre y el desmonte que solo muestra rocas sin valor comercial porque ya ha sido pallaqueado varias veces.

A continuación, Canutillo, 4 viviendas con 27 habitantes,



12 hombres y 15 mujeres. Hoy existen unas pocas familias asentadas cerca de un añoso maray. También, aun podemos identificar en su característica geografía los niveles que ocupó un establecimiento minero en 1897. En el superior estaba la cancha de almacenamiento y un molino de bolas que realizaba la molienda del mineral por vía húmeda. En el segundo, el caldero, el motor a vapor y un recinto con ciertas medidas de seguridad en donde se realizaba la amalgamación, permitiendo el envío de una barra de oro a Valparaíso todas las semanas. En el tercero, los depósitos de relaves.

En cuanto al otrora puerto de Peña Blanca, 1 vivienda con 4 habitantes, 1 hombre y 3 mujeres. Hoy, se observan diversas estructuras de metal adosadas a los roqueríos, parte, seguramente, de los soportes del muelle; una minúscula población transitoria de recolectores de orilla, algueros, buzos apnea y el espacio geográfico donde estuvo alguna vez su población, bodegas, ramadas y canchas para el acopio de mineral se encuentra cubierto por dunas.



Sector habitacional histórico en Aguadita.



Todos estos lugares de escombros revelan una opulencia ya pasada, una riqueza metalífera que en su mayor parte ha desaparecido con el transcurso del tiempo, que todo destruye y aniquila. Aunque no es este el lugar para entrar en detalles, en manos de vecinos en Freirina podemos encontrar fichas mineras que circularon como moneda privada en los centros de producción en la época aludida, fabricadas unas pocas en níquel y las más de ebonita (un derivado del caucho), utilizadas para pagar salarios respectivamente y otros usos, como la regulación de algunos intercambios comerciales.

Tatara no cuenta con materiales que testifiquen aquellos tiempos. Los objetos textiles elaborados con fibras animales, la madera, el cuero y otros más no han podido resistir el paso del tiempo, el clima o una u otra bajada de quebrada. Lo mismo puede decirse de las viviendas, al ser construidas con la técnica del “enquinchado” tampoco han sobrevivido hasta nuestros días.

No obstante, en los sectores Perdices y Ramaditas, penosamente y en pleno estado de abandono, todavía podemos observar algunas obras de este tipo de inmueble. A pesar de haber sido construidas en tiempos relativamente recientes, sus constructores mantuvieron algunos aspectos de aquella singular arquitectura, no así la altura. De igual manera, como en los tiempos más remotos, los comuneros actuales ocasionalmente emplean para dormir aleros rocosos en Punta Alcalde y Casa de Piedra en el sector de Guantemé, que alguna vez, en un tiempo perdido en la memoria, sirvió de refugio a la raza vieja, imperecedera, aquella que mientras más sabemos de ella, más nos impresiona.

Pero los habitantes de hoy, que repoblaron por segunda o quizá por tercera vez el lugar, pese a toda interculturización ocurrida en este primer cuarto de siglo, forman una sociedad que continúa siendo una fusión de lo indígena con lo criollo, a la cual se le han sumado con el tiempo diversas influencias externas que constituyen en conjunto lo que son hoy en día. Más allá de los conflictos del pasado, debemos ser capaces



de asumir que su cultura no es superior, tampoco inferior a la de otra sociedad cualquiera y su historia y herencia es tan valiosa como la de todas.

Como fue mencionado en las primeras páginas, ya no es posible encontrar un rincón de nuestra tierra donde se conserve, en lo sustancial, la vida indígena, con sus espacios, creencias, ritos, sus modos de vida, que no sean los que reconocemos como propio de los chilenos. Sin embargo, los comuneros actuales, muchos cabreros o crianceros representan una forma de vida serrana única, costumbre mantenida desde los tiempos más remotos, trabajo lleno de naturaleza viva. Oficio que delata los vestigios trashumantes del indígena que grita en la sangre de sus venas por libertad, viviendo una existencia propia y dejando huella en la tierra que ama. Sumado, el apego que tiene a su tierra, a sus animales y voluntad de permanecer en la misma actividad. Por ello, este hombre es recio y generoso, camarada del sol y la soledad, porque hacia donde mire encuentra inmensidad que rechaza la blancura y la perspectiva mezquina, imponiéndole un comportamiento realista y fantástico, y al mismo tiempo, un diálogo permanente con su yo.

Además, según lo mencionamos en páginas anteriores, en una que otra majada aún existen obras arquitectónicas en tierra cruda, es el caso de la pirca, algunas relativamente recientes, pero realizadas con materiales locales que recuerdan el origen de un estilo propio y las narraciones familiares son las encargadas de sustentar los recuerdos que asocian el pasado con el mundo diaguita a manera de argumento identitario.

De igual manera, la comunidad mantiene presente como legado ancestral la celebración del año nuevo indígena a finales del mes de junio en el sector de Pozo Seco o en algunos años en particular, compartiendo con otras comunidades indígenas en el suelo inmortal de los antepasados, lugares como Pinte o La Arena. Algo semejante ocurre con la festividad de la challa en el sector El Chorro, celebración de indudable raigambre diaguita, mencionada en uno de los primeros capítulos, que



representa el espíritu creador en forma de agua depositada en las montañas, fiesta de las frutas, de las flores y de los amores nuevos.

En cuanto al trabajo textil, como ha sido en la tradición diaguita, es la mujer quien se ocupa de este oficio con alto valor patrimonial. Mientras los componentes del “ruco” están descansando de sus labores, ella se queda trabajando en el telar con un fin utilitario, para el diario vivir de su familia. Este singular arte tiene una íntima relación con la visión de la mujer como tejedora de los símbolos de la vida, del pensamiento y de la relación madre mujer-madre naturaleza, donde se conecta con sus más profundos sentires para comenzar a crear la trama de la pieza que realizará de manera amorosa. En consecuencia, muchos tejidos son utilizados para otros fines, como sanación o protección. Pongamos por caso, la vilcha ceremonial, las pulseras de color rojo de los bebés o el cinturón del mismo color usado por las mujeres durante el período menstrual. Entonces, trasciende por mucho lo estético y está íntimamente ligado a la tradición. Por ello es tan importante cuando una prenda tejida pasa de mano en mano o como dote, pues se transforma en patrimonio familiar.

Las tejedoras crean un modelo mental del tejido que les sirve de referencia en las diferentes etapas del trabajo. Este ejercicio se sustenta en una tradición ancestral muy propia que actúa en la memoria de cada mujer diaguita, porque en los diversos pasos del proceso la lana pierde su condición de estado “natural” y se convierte en un objeto cultural de notable valor. Así pues, debe ser manipulada por manos delicadas que no dañen su valor simbólico y material.

En el caso particular de esta comunidad, Avelina Cortés Chávez y Nicole Donoso Lemus, son las artesanas textiles que conocen y dominan las complejas técnicas y formas en la producción de tejidos, así también los usos, colores, prendas domésticas como fajas, chales y mantas. También, se hacen presente alforjas y otros aperos para caballo con el fin de amortiguar la rigidez de la montura y el peso del jinete.





Recinto pircado ubicado en la falda del cerro El Carbón.

Los telares indígenas son de construcción sencilla, pues se trata de palos atados entre sí en formatos variados y versátiles. Sin embargo, en la actualidad ambas comuneras trabajan el telar María, conocido también como “telar de mesa”, sin olvidar el “telar de palo plantado”, artefacto de indudable reminiscencia prehispánica y que permite un trabajo textil intenso, generando piezas densas y regulares como el característico poncho que, por su cualidad impermeable, protege al arriero de los aguaceros y las frías noches en la serranía. En cuanto al telar de cintura, de los tiempos primordiales, está prácticamente olvidado en el Valle del Huasco. Al respecto, en una zona alta y selvática del estado de Chiapas en México, el autor tuvo la fortuna de observar trabajar en el telar aludido a una joven de la comunidad indígena Tzotziles.

Para las tejedoras mencionadas, una obra textil implica considerar saberes procedentes de sus antepasados diaguitas de Huasco Alto. Nicole, de la quebrada de Colpe y Avelina del sector El Corral. Aquellos pasos consagrados por la tradición serían: la lana esquilada se somete a un largo proceso de



Escena de tejido a telar con doña Avelina Cortés.

limpieza manual, lavado con frutos del tomatillo y enjuague en agua corriente; luego se seca y se escarmena (abrir la lana); una vez que el vellón está limpio y cardado viene el hilado con huso de madera de palo nativo (algarrobo o chañar). Para el teñido de las madejas utilizan productos naturales que proveerán los diversos tintes de color. Pongamos por caso, raíz de pacul tiñe café, mollaca tiñe amarillo, uvilla de palqui tiñe de azul morado, cáscara de nuez tiñe café, tola de sauce tiñe café claro y otros más.

Cosa parecida sucede en la fabricación de un pan muy propio, similar al “patay” o pan diaguita que, antes de la invasión cada familia indígena elaboraba en su hogar por expertas manos, con mínimos ingredientes y era cocido simplemente sobre brasas o la parrilla del tradicional brasero doméstico.

Su origen, según cuenta la tradición, se remonta al tiempo de los “antiguos”. Una mujer dejó calentando en el fuego una



olla con papilla de granos de algarroba triturados, mezclados con agua caliente y olvidó quitarla de las llamas a su debido tiempo. Cuando volvió encontró una torta granulada seca y aplastada, y al retirarla del recipiente tenía el aspecto de una galleta, fácil de cortar con la mano, de comer y más sabrosa de lo que era antes. Igualmente, era capaz de durar semanas sin descomponerse y aunque estuviera dura se podía comer remojándola con un poco de agua o leche.

Dicho lo anterior, fue la mujer quien desempeñó esta ocupación desde la época más remota y también fue el primer molinero. Entre sus quehaceres tenía que atender, mientras molía en una piedra el grano de algarroba o maíz, al niño cargado en sus brazos y a los demás pequeños que la rodeaban y que le impedían la buena ejecución de su trabajo, ya fuera porque aquél lloraba al verse condenado por su madre a una posición incómoda, ya porque los otros exponían sus dedos a los golpes que el grano debía recibir.

Debido a su rápida elaboración se configura como un alimento típico del lugar, por igual, en ferias costumbristas, eventos varios o reuniones de comunidades indígenas. Como en los tiempos idos, las especialistas en el arte del amasijo son mujeres, hijas de la comunera Robertina Campillay Santibáñez: Uberlinda, Georgina, Isabel y Cecilia, amasanderas que mantienen la tradición de este alimento básico diaguita. Hoy, la harina utilizada en la masa es de trigo y se le conoce con el nombre de “churrasca”.

Por otro lado, existe la convicción generalizada en el mundo diaguita actual, que lo hecho en casa se valora por sobre lo fabricado de manera industrial, que recibe diversos aditivos. De manera puntual nos referimos al pan común de panadería, que en sus primeros tiempos, por la cantidad de manteca que los panaderos españoles utilizaban en su elaboración, era pesado y se endurecía rápidamente. Digamos también, que al ser un alimento portador de costumbres ancestrales, no sólo provoca un agradable momento al compartirlo en familia, igualmente, transmite el legado de todo un pueblo originario.



Tomando en consideración los oficios anteriores referidos, es importante asegurar que el conocimiento vernáculo trascienda, que continúe circulando entre las familias de generación en generación. Los saberes originarios de la mujer diaguita son patrimonio del Valle del Huasco y estamos orgullosos de poder contarlos.

En otro orden de cosas, a consecuencia del cierre de las labores mineras y la poca consideración que los empresarios le atribuían al burro, estos fueron desestimados quedando libres a su suerte, reproduciéndose y creciendo salvajes entre llanos y quebradas, convirtiéndose con el paso de los años en una verdadera explosión de manada. Tal situación dio origen a la creación de una actividad tradicional que se realiza cada primavera en los sectores de Carrizalillo, Estancia La Arena y Agua del Medio, conocida como rodeo de burros salvajes.

Esta curiosa faena, poco conocida, pero no por ello menos interesante, es un espectáculo montaraz, donde durante dos o tres días, los jinetes previamente organizados y dirigidos por un capataz de campo salen de madrugada en busca de los asnos que viven asilvestrados en las zonas mencionadas, formando un gran abanico que se va cerrando hasta dejar cautivos a los animales en los corrales dispuestos para el caso. En concreto, una versión moderna del rodeo de guanacos realizado por cazadores diaguitas en los contrafuertes cordilleranos en los tiempos más remotos, ancestral tarea referida en un capítulo anterior.

Es más, cuando cae la hora que facilita el descanso a la dura jornada, al calor de una fogata mientras se forrajean los animales, en una animada fiesta con vino y cerveza los jinetes degustan empanadas, cazuela de ave y asado de carne de los propios animales capturados, previamente preparados por sus muy bien organizadas mujeres. No obstante, la carne equina, ahora tan de moda en Europa, desde su arribo al Valle del Huasco no ha sido consumida por el pueblo diaguita, ya que por ser el caballo un animal muy noble ha sido apreciado y respetado. Pero no deja de



ser el plato preferido por los pumas, que lanzándose de las ramas de los algarrobos y pimientos se montan sobre el lomo, le hunden las garras en el cuello hasta estrangularlos y lo comen íntegramente. Los asnos, con mayor razón, sufren igual suerte.

Volviendo a la singular fiesta, en los últimos años también mutó, tendiendo a ser un espectáculo de atractivo turístico. Los visitantes llegan en variados tipos de vehículos motorizados a disfrutar la presencia de centenares de burros al galope; ver a los raudos, ágiles y audaces jinetes que no erran jamás al tirar el lazo o su admirable forma de dominar al caballo. Asimismo, como los crianceros que una vez también fueron pirquineros del oro y del cobre, reconocen, marcan, tusan y comercializan sus asnos. En caso de confusión, como sucede comúnmente con las crías no marcadas, se hacen arreglos de “palabra”, a semejanza de los tiempos más remotos.

Llegados a este punto, debemos reconocer que el suelo que vemos es diferente al encontrado por los primeros pobladores. Parece mentira que hubieran podido ser, alguna vez, praderas alegres cubiertas con hierbas, árboles o huertas con plantaciones de estación en las que los frutos se ofrecían generosos. Hoy se halla compuesto de capas de guijarros rodados que aparecen a través de la escasa tierra vegetal, mostrándose de este modo en la superficie, dando la impresión de un terreno muy pedregoso, carente de recursos, que no produce más que hierbas y pastos. Tampoco existen las antiguas fuentes de agua corriendo por la quebrada. Sin embargo, como el Huasco es de los pocos valles cuyos campos pueden regarse sin mucha dificultad, el uso consuntivo de agua del canal Nicolasa que corre por la segunda terraza, -abierto entre 1902 al 1908 por el empresario minero José Tomás Marambio para regar la hacienda homónima-, le otorga una fertilidad extraordinaria al lugar, debido no solo a la calidad de su tierra, sino también a la influencia benéfica del clima, permitiendo la existencia de huertos con árboles



frutales y pequeños espacios con siembras de alfalfa.

Algo semejante ocurre en los faldeos pedregosos y en la tierra simplemente llana, en donde el clima ofrece poca variación anual dentro de una sequía muy estable, suelos pardos y blanquizcos que parecen escaldados por el sol. Una lluvia desganada de cinco o seis horas parece traer violentamente el pasado y se queda un par de meses para reverdecer la serranía. Así mismo, cada cierto número de años (cinco, siete o diez), cuando se producen lluvias invernales inusualmente abundantes, asociadas por lo general al Fenómeno del Niño, precipitaciones con un mínimo de 15 mm de agua caída, en la fecha adecuada y con la temperatura y humedad ideal, resulta fundamental para la floración masiva de un gran banco de semillas escondidas bajo tierra. El feraz suelo se cubre de un tapiz multicolor de flores creciendo en afortunada confusión. Azulillos, patas de guanaco, lirios de cuatro pétalos, garra de león y añañucas de largas y delgadas hojas con flores blancas o color sangre se balancean a impulsos de “Liu”, por la carga de ávidos insectos o mimadas por las abejas fabricantes de la más deliciosa de las mieles. En los trechos desnudos, aislados, recibiendo los rayos del sol con toda su potencia, flamean los capullos blanco-anaranjados de los cactus. Hay que mencionar, además, el esquivo chagual, un brazo que emerge de la tierra seca con su manojo de florecillas delicadas, ofreciéndole al ardiente sol el color esperanza de su candelabro de embrujos.

Hoy, la bella añañuca, al ser publicitada como la flor representativa de la provincia lo está pagando caro, porque cualquier transeúnte que deambule por la serranía sencillamente edénica, arranca de cuajo sus delicados tallos, con mayor vehemencia los floristas improvisados que la comercializan fuera de la provincia.

Ahora bien, no es esta la oportunidad para anotar la enorme variedad de flores que dan a la serranía el aspecto de tan maravillosa belleza, de tan amplia fecundidad y de tan variada e intensa gama de colores, como no podrá soñarlo



jamás el que no la ha visto. Singular fenómeno natural que hace realidad los inspirados versos de nuestro himno nacional:

*“...Y ese campo de flores bordado
es la copia feliz del Edén...”*



Vista del “desierto florido”.

Muchos se preguntarán, ¿cómo llegaron las semillas al lugar? Si bien no existe una explicación oficial, se cree que esta manifestación del muy bien llamado “desierto florido” ocurre hace miles de años. Desde entonces, estas semillas que no germinan todas a la vez, aun en eventos de lluvias extremas, dan paso a que aquellas llamativas flores produzcan cientos y miles de semillas que caen alrededor de la planta madre y continúan almacenándose en el suelo, en espera de una lluvia pródiga para volver a producir aquel milagro de la naturaleza.

Al igual que estas singulares plantas, con semillas u órganos subterráneos resistentes, que pueden esperar muchos años bajo tierra las condiciones favorables para germinar y brotar, el pueblo diaguita ha debido esperar durante largo tiempo



las mejores condiciones para resurgir, florecer y continuar su ciclo de existencia. De hecho, el descenso de los grandes espíritus tutelares de la Mamu Ashpa, guardianes del suelo huasquino, augura la realización de importantes acontecimientos durante este siglo de luz que se está gestando en las entrañas de la provincia. Este despertar se produce por las sublimes vibraciones que se manifiestan sobre toda la zona, razón por la cual Chipasse Ta Tatara está llamada a ser la comunidad diaguita que oriente e ilumine el renacer del pueblo originario, clamando por reencontrar el valor de su pasado, sus raíces y su cultura, despertando de la larga noche que le impuso la historia.

En este contexto, en el año 2015 la comunidad Chipasse Ta Tatara, junto a otras comunidades diaguitas del Huasco, tuvieron la sensata idea de rescatar, valorar, difundir y establecer como dominio público el patrimonio biocultural del valle, dando a conocer al mundo la extraordinaria abundancia alimentaria que posee el valle del Huasco, incuestionable riqueza fitogenética milenaria y sin precedente. Se trata de un trabajo que quedó documentado en el libro “Biodiversidad de la Provincia del Huasco” (12), realizado por los ingenieros agrónomos Esteban Órdenes Abarca y Nicole Aguayo Georges, a los que se sumó posteriormente Tamar Sepúlveda Cuevas y de la cual tengo por orgullo haber sido invitado por sus autores a escribir el primer capítulo. La obra contempla 500 páginas, donde se describen más de 250 variedades tradicionales, entre hortalizas, cultivos y frutales de la provincia. También la historia agrícola del siglo pasado y actual, con relatos de habitantes de la zona quienes han actuado como personajes activos en la construcción de su realidad agraria.

Este escrito es una invaluable herencia para las próximas generaciones, al poner a disposición de la sociedad contemporánea, enfrentada a la urgente necesidad de

12. Véase: Biodiversidad de la Provincia del Huasco. Ocho Libros Editores.



establecer relaciones más equilibradas con la naturaleza, la enorme diversidad de semillas, plantas, técnicas y saberes de la agricultura ancestral. Habría que decir también, sobreponer la herencia biocultural, fundada en las bases del conocimiento tradicional sobre la agricultura industrial actual, sustentada en el monocultivo, semillas híbridas, transgénicas y la dependencia de insumos petroquímicos.

Habría que decir también, que se implementó un semillero pasivo o banco de germoplasma inaugurado el año 2016, en la tercera terraza de este mismo lugar, en el cual se mantienen al día de hoy más de 900 variedades tradicionales, con la finalidad de asegurar el uso gratuito de ellas y procesos agrícolas, evitando injustas privatizaciones de carácter legal. Asimismo, demostrar que los mejoramientos que estos requieren para enfrentar los desafíos productivos existen y se encuentran de manera natural en las mismas zonas o comunidades que las enfrentan.

Podemos condensar lo dicho hasta aquí, señalando que Chipasse Ta Tatara es un buen ejemplo para exhibir la relevancia y el poder que posee un lugar, capaz de rescatar del olvido realidades sociales negadas por el poder de la administración territorial centralista. Son las narrativas, las creencias y las prácticas ancestrales de su gente las que han sido capaces de permanecer en el tiempo y re-emergir. Aquí, el hombre perdido y olvidado en la serranía del Huasco levanta su verdad histórica y cultural, en donde el “saber” y “saber hacer” no son productos de la instrucción tradicional, sino del aprendizaje vicario del niño que sigue al padre por las huellas del quehacer diario y la niña que observa atentamente a la madre en las labores domésticas, a la abuela en el trabajo de hilado, teñido y tejido en un añoso telar.

El viejo fantasma de gente originaria, denostado primeramente durante la Colonia y a continuación por la República, se encarna en un pueblo que reconoce con orgullo su pasado indígena y levanta su narrativa histórica que hace



diverso el sentido del espacio habitado, donde los lugares de memoria, muchos de ellos mencionados en el transcurso de esta, fueron piedra angular para la emergencia y presencia actual.

Hoy, Chipasse Ta Tatara conforma un asentamiento rural estable, el buen nivel de suministro de infraestructura se logró mediante un notable proceso de movilización comunitario, en el buen sentido de la palabra. Las familias ya no habitan quinchos, sino en viviendas fabricadas con materiales de construcción moderna, cuentan con agua potable rural y energía eléctrica. Ahora bien, su desarrollo no se limita únicamente a la instalación de servicios públicos básicos, sino que también incluye infraestructura social, como son una sede comunitaria de muy buena factura y una bien implementada multicancha.

A raíz de que algunos historiadores contemporáneos han asentado la premisa de que los indios diaguitas desaparecieron por el mestizaje cultural y racial o fueron dispersos por el desarraigo, conviene hacer alguna reflexión al respecto. Como fue mencionado en los primeros capítulos, la adopción de apellidos españoles por algunos pocos, su incorporación a la sociedad colonial y republicana los más, no significó la desaparición de este pueblo originario. Más aun, su presencia independiente del aparataje administrador colonial, hasta más allá de la Revolución Emancipadora, nos hace suponer que los mestizos como los indios racialmente puros se plegaron sencillamente a la nacionalidad chilena, donde perduramos aún como ciudadanos de raigambre indígena, con mayor o menor grado de mestización. Profundo cataclismo social, origen querido o no, aceptado o rechazado, de todos nosotros, los chilenos y los indígenas.

Terminando con este razonamiento, toda la tradición cultural que hoy admiramos, a través de la cerámica, las costumbres funerarias, los objetos que alguna vez formaron parte o adornaron un hogar y que con creciente interés atesoramos, se esfumó. Lo propio aconteció con la lengua,





*Sede social de la Comunidad
Indígena Chipasse Ta Tatara.*

muchas costumbres y usos sociales, la religión, las vestiduras y las creencias, resultantes de un proceso compartido de una u otra manera con otros pueblos andinos. Ahora bien, todo este patrimonio cultural perdió su validez, para bien o para mal, cuando llegaron los europeos y con ellos la “civilización occidental”.

No obstante, para minimizar la pérdida cultural como pueblo originario, debemos escuchar lo poco que nos queda de su tradición oral, sabiduría lentamente acumulada y casi innata, rescatarla y atesorarla. En la medida que dignifiquemos nuestro pasado, dignificaremos el presente y el futuro. Por esto, no existe molestia en la comunidad si se les llama indios, indígenas u originarios, porque el sentido que se pone en juego es que el otro pueda repensar el significado de los términos empleados, como sujetos políticos activos, sociales, del presente y no como objetos de estudio del pasado.

Así, para un diaguaita contemporáneo, la fascinación que pudo provocarle esta obra con la menguada historia de los



“desadaptados de la sociedad dominante” en los primeros tiempos históricos, también deberá enriquecer su espíritu con un sentimiento de enlace ancestral a sus verdaderas raíces, y al mismo tiempo, aceptar ser heredero y portador de las tradiciones agrícola, arriera y minera.



Multicancha de la localidad.







Este libro, **“CHIPASSE TA TATARA. El renacer de un pueblo”**, escrito por Jorge Cruz Campillay, se terminó de imprimir en el verano del año 2022, por la Empresa Periodística “El Observador” y en conjunto con la Comunidad Indígena Diaguita, Chipasse Ta Tatara.



CHIPASSE TA TATARA



Esta publicación da cuenta del cumplimiento ambiental del compromiso de la RCA 1608/2015 "Plan de Expansión Chile LT 2x500 KV Cardones-Polpaico", establecido en el considerando 15.4 "Elaboración y edición de un libro sobre la cultura diaguita en la Quebrada Tatará, comuna de Freirina".

Editorial
EL OBSERVADOR

isa
INTERCHILE


COMUNIDAD INDÍGENA DIAGUITA
CHIPASSE TA TATARA